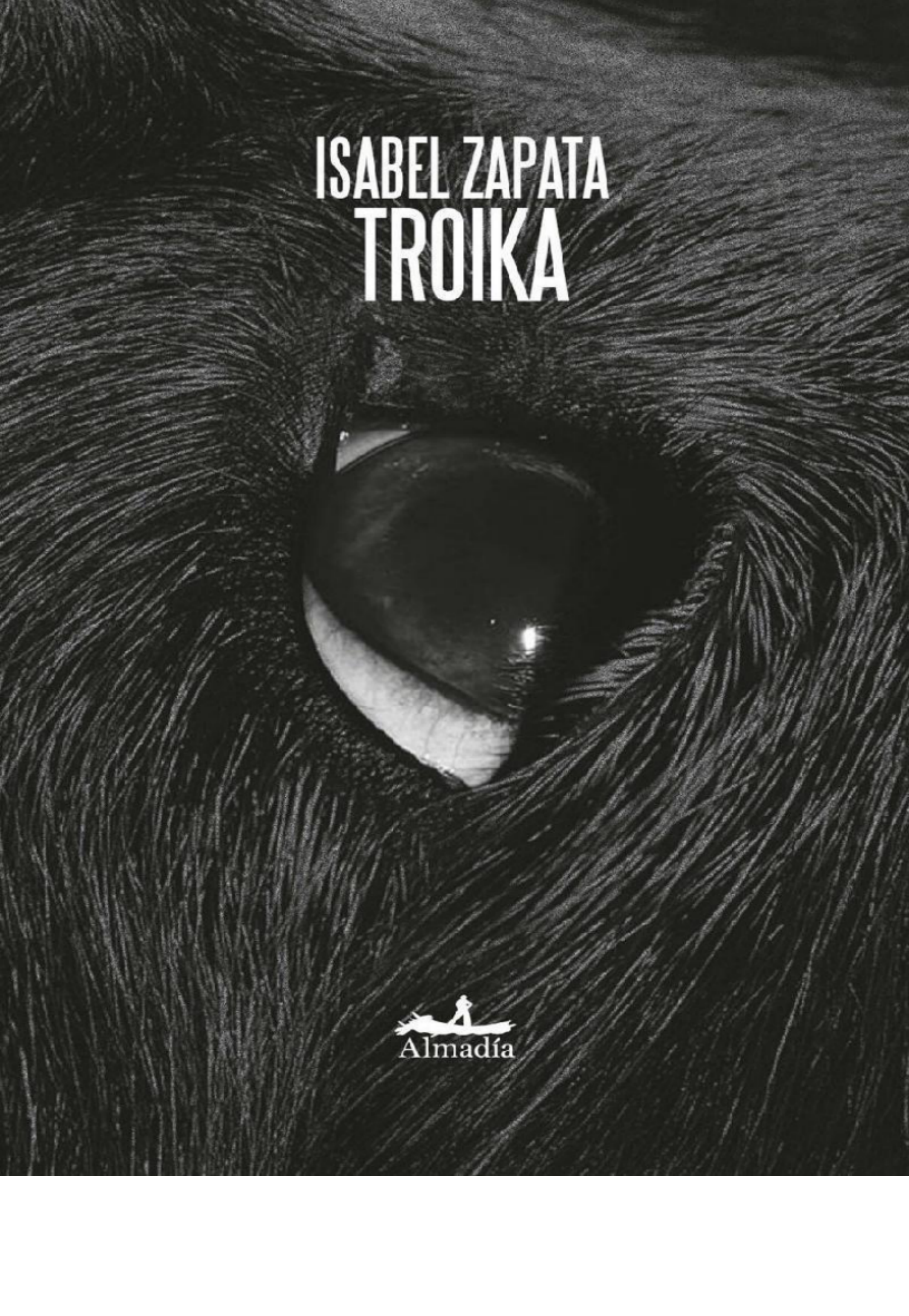

ISABEL ZAPATA
TROIKA
Almadía



www.almadiaeditorial.com

www.facebook.com/editorialalmadia

@Almadia_Edit

Edición digital: 2024

eISBN: 978-607-8851-64-5

Hecho en México.

Para las perras de mi vida,

de este lado del río

y del otro

[…] hacían al difunto llevar consigo un perrito de pelo bermejo, y al pescuezo le ponían hilo flojo de algodón; decían que los difuntos nadaban encima del perrillo cuando pasaban un río del infierno que se nombra Chiconahuapan […] Dicen que el difunto que llega a la ribera del río arriba dicho, luego mira el perro, y si conoce a su amo luego se echa nadando al río, hacia la otra parte donde está su amo, y le pasa a cuestas. Y más dicen que después de haber amortajado al difunto con los dichos aparejos de papeles y otras cosas, luego mataban al perro del difunto, y entrambos los llevaban a un lugar donde había de ser quemado con el perro juntamente.

BERNARDINO DE SAHAGÚN,

HISTORIA GENERAL DE LAS COSAS DE LA NUEVA ESPAÑA

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Este lado a los ojos

Miramos el mundo una sola vez, en la infancia.

El resto es memoria.

LOUISE GLÜCK

Llevo colgados de mi corazón

los ojos de una perra.

ANTONIO GAMONEDA

1.

Transcurría el año de 1995 en el Distrito Federal, pero ahora sé que da igual: esta historia pudo haber sucedido en cualquier año y en cualquier país, pues en todos lados hay perros, madres y fantasmas.

Era primero de noviembre de 1995 y Francisca terminaba de empanizar las milanesas de pollo. La recuerdo cansada esa mañana –para entonces las ojeras de tantas noches sin dormir empezaban a hacerse evidentes–, aunque igual se las arregló para acabar puntual su trabajo: batió huevos con salchicha y preparó licuados de plátano, tendió su cama y las nuestras, barrió y trapeó pisos, sacudió cuatro mesitas de noche, metió ropa a la lavadora y subió los treinta escalones que conducían al tendedero de la azotea con los brazos cargados de sábanas centrifugadas.

Aunque era muy rápida en lo demás, Francisca se tomaba su tiempo cuando tendía la ropa al sol. En un día despejado, desde aquel espacio abierto que deslumbraba los ojos de tan blanco alcanzaban a verse las copas de los árboles de la colonia, y a lo lejos, el contorno del Iztaccíhuatl y el Popocatépetl. Nunca me lo dijo, pero incluso a mis ocho años me daba cuenta de que ella disfrutaba la vista, que le hacían bien esos minutos de estar lejos de la casa sin salir de ella, el olor a cloro de las sábanas recién lavadas.

Lo tenía todo calculado: a la una seguramente habrá sonado la alarma de su reloj y ella se apresuraría a bajar la escalera, rumbo a la cocina, para sacar las papas de la cacerola de agua hirviendo y pelarlas con habilidad atropellada, la nube de vapor golpeándole la cara. Una vez machacado el puré, solo quedaría empanizar y freír las milanesas, quitarles el exceso de aceite con un montón de servitoallas y escoger la fruta más madura para el agua fresca.

Francisca habrá escuchado el motor del camión escolar hacia las dos y media, luego el claxon que avisaba que habíamos llegado, seguido por nuestras voces. Como casi todos los días, mi hermano Eduardo y yo entramos aventando mochilas y preguntando qué había de comer.

Minutos después llegó mi madre, Josefina, y nos encontró viendo a Paco Stanley declamar un poema en la pantalla –Mamá, soy Paquito; no haré travesuras– mientras formábamos lagunas de salsa Maggi alrededor

de nuestras montañas de puré. Antes de apagar la pequeña televisión que estaba bajo constante amenaza de ser tirada a la basura, mi madre ahogó su cigarro en uno de los trastes sucios de la tarja y preguntó cómo nos había ido en la escuela. ¿Qué tal la clase de deportes? ¿Cuánto tiempo llevaba mi hermano con el pantalón del uniforme roto? ¿Habíamos traído a casa los libros necesarios para la tarea?

Sin dejar de revolver la segunda jarra de agua de sandía con un cucharón de madera, Francisca nos cuestionó también con la mirada, sumándose al interrogatorio. Eduardo y yo respondimos cualquier cosa, ansiosos por pasar a lo esencial: era Día de Muertos y esa tarde tocaba comer una cantidad insensata de pan de muerto, batir chocolate caliente hasta que la espuma se desbordara del tazón y prender las veladoras del altar que llevaba varios días montado en la sala. Para entonces la casa entera olía a manzana verde por el cempasúchil, y había pétalos anaranjados debajo del tapete del baño de visitas.

Sin importar que llegara un poco tarde y tuviera que atragantarse las milanesas con puré en tiempo récord, mi madre comía diario con nosotros, incluso cuando había cierre de edición en el periódico y esas dos horas lejos de su escritorio significaran dejar trabajo para después, volver a casa ya entrada la madrugada y extender la jornada laboral de Francisca, que esos días se encargaba de acostarnos a mi hermano y a mí.

Nosotros le agradecíamos a mamá su fugaz presencia en el comedor siendo niños: al llegar, nos encontraba viendo la tele con el volumen a tope, exagerando con la salsa Maggi y dejando caer pedazos de tortilla bajo la mesa para consentir a la perra. Al terminar de comer, nuestros platos sucios terminaban en la tarja, donde Francisca ya empezaba a enjabonar ollas y sartenes. “Muchas gracias, estuvo muy rico”, decíamos disimulando la prisa por irnos a jugar sin dejar de verla fijamente a los ojos, como nos habían enseñado. Esa cortesía ensayada dibujaba el contorno de nuestra deuda, aunque entonces no lo entendiéramos en esos términos ni alcanzáramos a dimensionar el tamaño de lo que debíamos.

Entre aquellas dos mujeres se las arreglaban para llenar el hueco que había dejado el señor de bigote que en ese entonces todavía era mi padre. El corte fue limpio; la cicatriz, discreta. Mi madre había decidido separarse poco antes de darse cuenta del atraso en su periodo, y para cuando el ultrasonido confirmó la sospecha de

embarazo, el divorcio ya estaba acordado y ni siquiera la noticia de que tendría una hija alteró los planes, por más ilusión que mi padre tuviera de escuchar una vocecita de niña llamándole papá. Mis padres pertenecían a la generación supuestamente liberada que había trasformado el país con el movimiento estudiantil de 1968, y ninguno de los dos tenía ganas de jugar a la familia rota que se mantiene unida contra viento y marea. Los entiendo ahora, después de tantos años. Pero eso es parte de una historia distinta a la que quiero contar aquí.

Tras la separación, se vieron pocas veces: en el hospital cuando nací, en la escuela cuando Eduardo atacó a mordidas a Elenita Rojas (la primera vez), en el festival de kínder en el que me disfrazaron de hada madrina para cantar bibidi babidi bú emperifollada en un batón azul celeste que Francisca se pasó semanas confeccionando para la ocasión, haciendo caso omiso a la insistencia de mi madre en comprar un disfraz listo para usarse.

Eduardo tenía una imagen tan vaga de mis padres juntos que consideraba imposible que compartieran espacio físico: las dos caras de un mismo monstruo jamás se hacen presentes en el mismo lugar y momento. Yo, ni siquiera eso. Mi padre era un desconocido al que debía hacerle dibujos el tercer domingo de junio de cada año, una presencia vacacional incómoda y esporádica, una silueta en las escasas fotos del baúl que se salvaron de las tijeras con las que mi madre solía recortar las imágenes del pasado para reescribirlo. Nada más.

2.

–¿Qué hay de postre, Francis? –yo era la única que le decía así.

–Plátanos con crema. ¿Sí te gustaron las milanesas, mi niña?

–Muy deliciosas –le mostré mi sonrisa chimuela–. ¿Los plátanos se pueden con crema y azúcar y canela?

–¿Y tantitita cajeta? –agregó Eduardo.

–¡Pan de muerto con cajeta y plátanos y crema y azúcar y canela! –grité, y hasta recuerdo haberme puesto de pie para un baile exagerado de brazos y piernas al aire. Francisca buscó la mirada de mi madre para asegurarse de que el postre contaba con su aprobación antes de sacar la botella de cajeta de la alacena y ponerla sobre la mesa, junto a la charola de pan de muerto al que mi hermano ya le había arrancado los huesitos azucarados.

Para entonces Francisca llevaba poco más de cinco años trabajando en nuestra casa. Llegó cuando yo tenía tres y Eduardo ocho, en una época en la que nuestros intereses estaban dichosamente alineados: él era un aficionado a cualquier cosa con ruedas y para mí todo lo que hiciera mi hermano rayaba en la más absoluta genialidad. Pasábamos las tardes tapizando el suelo de la sala de vías del tren o montando pistas para sus carritos, que cambiaban de color con el agua fría, o jugando a declarar la guerra entre barbies y G.I. Joes.

En ocasiones especiales nos atrevíamos a emprender proyectos arquitectónicos más ambiciosos. El día que Francisca entró por primera vez a la casa, por ejemplo, nos encontró construyendo una fortaleza con los cojines rígidos del sillón. Mientras mi madre estaba ocupada hablando con ella, habíamos recolectado todas y cada una de las cobijas de la casa, las almohadas de las tres camas, escobas, trapeadores y hasta un recogedor metálico para levantar un toldo y colocar debajo dos petates que le daban a nuestra construcción el peculiar aspecto de un castillo medieval a la orilla del mar.

Lo que mi madre le dijo a Francisca esa mañana en su estudio no puedo más que imaginarlo. Ambas eran mujeres ariscas, talladas en piedra, y por más que intente no las veo hurgando en asuntos personales ni conmoviéndose entre sí, admiradas por algún rasgo

inesperado en la otra: la manera de sentarse o de tomar el cigarro, una inflexión poco común en la voz. Seguramente se habló de horarios y días de descanso, del sueldo que podía ofrecerse y del trabajo que se esperaba a cambio. Tras establecer los cortos periodos de vacaciones (Francisca debió aceptar levantando un poco la ceja, como hacía al aceptar algo con lo que no estaba del todo de acuerdo), mi madre le habrá dado instrucciones para prender la estufa, que tenía maña y necesitaba la llama de un encendedor o cerillo. Le habrá mostrado la escalera para subir a su cuarto –lo llamábamos el cuarto de servicio–, deteniéndose en el escalón que estaba un poco suelto y había que pisar con precaución. Al final, le habrá dicho qué delantales tendría que usar y dónde encontrar las sábanas para tender la cama que llevaba meses desocupada –hasta entonces las mujeres que habían trabajado en mi casa rara vez pasaban la noche ahí– y que sería suya a partir de ese día.

Quién sabe si a Francisca le gustó la idea de integrarse a nuestra vida de esa manera súbita y total. Mi madre debió hablar rapidísimo, convencida de la generosidad de sus ofrecimientos, y Francisca habrá respondido que sí a todo, sin tener la energía para negociar tras un viaje tan largo y teniendo en cuenta las circunstancias que la habían llevado a la ciudad.

Cuando terminaron de afinar detalles y bajaron juntas a la sala, nos habrán encontrado comiendo dulces en nuestros tronos improvisados. “Ella es Francisca”, anunció mi madre, “vengan a saludarla”. Eduardo dijo “hola” sin levantar la vista, concentrado en alcanzar hasta la última gota de su duvalín bicolor con una palita de plástico. Yo la miré de reojo y alcancé a devolverle la sonrisa tímidamente antes de echarme una cobija encima, desapareciendo de la vista de todos. Esfumándome.

3.

Troika llegó al año siguiente, en 1991, y Francisca se adjudicó sus cuidados como si hubieran sido parte del trato desde un inicio. Bastaron pocos días para que empezara a prepararle manjares con zanahoria hervida y vísceras de pollo y a cepillarla durante las horas muertas: demasiado tarde para ofrecernos una gelatina, demasiado temprano para hacernos de cenar. Cuando creía que nadie la estaba viendo, se sentaba junto a ella en el piso de la cocina con las piernas cruzadas y apoyaba la cabeza en su lomo, rozando con las yemas de los dedos su pelaje oscuro y susurrándole sabrá dios qué cosas al oído.

Recuerdo haber pensado que entre ellas había una vía de comunicación secreta, porque a veces, sobre todo hacia el final, permanecían así un rato largo y nada de lo que sucediera alrededor parecía perturbarlas.

Mi madre le mandó a hacer a la perra una plaquita con su nombre y durante un par de meses intentó entrenarla con comandos en alemán que había visto en uno de esos programas de televisión que pasaban en la madrugada. "La clave es usar órdenes cortas y claras", decía frunciendo el ceño con autoridad, y gritaba hier, fuss, sitz y platz a la menor provocación. Cuando la perra medio obedecía la premiaba con un pedazo de salchicha, intentando darnos una lección sobre responsabilidad que ella misma olvidó bastante pronto. Con el tiempo, Francisca y yo asumimos los cuidados de Troika, que contra todo pronóstico, y a pesar de que no nos animábamos a hablarle en alemán, aprendió a hacer pipí afuera y a dar la pata a cambio de comida.

Francisca era un poco más joven que mi madre, que acababa de cumplir 35 años, pero las canas prematuras, el delantal y el cabello relamido hacían muy difícil adivinar su edad. La recuerdo a veces como una niña; otras, como una venerable anciana. No se maquillaba ni se pintaba las uñas, no se teñía el cabello, usaba chongo alto y zapatos bajos. Aunque decía que los aretes y anillos le estorbaban para trabajar, tampoco los usaba en sus días de descanso. Hablaba poco, más por huraña que por tímida, pero si algo le irritaba sus músculos faciales se tensaban notoriamente. Durante el día, entre trastes y pisos sucios, parecía siempre un poco triste, un poco opaca, los ángulos de su cara demasiado agudos y la cabeza en otro lado. Hasta que llegaba la hora de jugar y nos quedábamos solas: entonces se transformaba en

Francis y sonreía, mostrándome un rostro que no estoy segura de que mi madre y mi hermano hayan visto alguna vez.

La perra también conocía ese otro lado suyo, y le devolvía el amor depositado en las vísceras de pollo por duplicado y sin ambivalencias. Había días en los que los lengüetazos parecían opacar durante unos minutos el duelo que atravesaba a Francisca, y el meneo de cola al pie de la escalera le provocaba una alegría robusta. Si su corazón seguía latiendo era por gracia y obra de ese afelpado vaivén.

Francisca, la perra y yo pasábamos tanto tiempo juntas que nos habíamos vuelto transparentes una para la otra. Los días que no había clase de karate, dibujábamos el patio con gises de colores o jugábamos quemados, y cuando nos aburríamos de estar en casa caminábamos hasta el parque haciendo malabares en el patín del diablo y cantando canciones inventadas. A la orilla de aquel verdor urbano, Francisca se permitía romper la única regla que mi madre había estipulado para nuestros paseos: jamás quitarle la correa a la Troika. "Solo un momentito, para que huelas el pasto", le decía mientras la desataba, y yo aprovechaba ese permiso indirecto para quitarme zapatos y calcetines. Así, nos liberábamos las tres durante un rato.

Si bien la honda intimidad compartida entre Francisca y yo despertaba la envidia de mi madre, supongo que para ella era un alivio no tener que batallar para ponerme el uniforme de karate o convencerme de darle al menos tres cucharadas al tazón de avena con plátano antes de salir derrapando al camión escolar. Además de tiempo y atención, su trabajo exigía poder confiar en que alguien tenía todo lo doméstico bajo control, de modo que la presencia de Francisca le permitió tomar distancia y concentrarse dichosamente en el vértigo de la primera mitad de la década de los noventa: se obsesionó con la caída del Muro de Berlín y la reunificación de Alemania, condenó la operación Tormenta del Desierto y brindó con sus colegas por el fin de la dictadura militar y la transición a la democracia en Chile sin preocuparse por cacerolas sucias.

Quién sabe qué pensaría de verdad Francisca, pero siempre me sentí querida cuando ella estaba cerca. Su mirada me daba textura, que se riera de mis chistes me aterrizaba en la realidad. No es que yo fuera especialmente simpática; sin embargo, me tomaba muy en serio la comedia y puede que eso me diera cierto encanto. El pelo a media espalda, peinado en dos trenzas, y los vestidos largos que me regalaban mis abuelos me dotaban de una solemnidad poco común entre gente de mi edad.

Francis me mostró otras formas del silencio. Cuando la conocí, empecé a apreciar los ratos lejos de mi hermano y me fui desprendiendo de la piel de mi primera infancia.

Mucho de lo que recuerdo de esa época transcurre así: sin palabras, detrás del telón. De ella aprendí que es mejor que nadie sepa lo que estás pensando. “Pareces una niña del pasado”, me decía. Nunca supe qué significaba eso.

4.

Hasta que llegó la perra, mi vida interior estuvo atravesada por elevados dilemas que compartía solo con los insectos del jardín y con Francis, la única persona humana a la que le permitía estar presente en mis soliloquios, con la condición de que no interviniera. Al principio la invitación no era explícita: cuando, desde la cocina, me veía bajar las escaleras con un montón de papeles arrugados bajo el brazo, ella se secaba las manos en el delantal y se limitaba a seguirme despacito, atravesando sin miedo la cuerda floja de mi confianza. Para no incomodarme, supongo, se quedaba en el cancel de vidrio que conducía al jardín quitándole las hojas secas a una planta o jalándose los pellejitos secos de las uñas, que llevaba cortadas al ras. De tanto hacer como que no estaba ahí yo terminaba por no verla, hasta que un día me sentí sola y le permití acercarse.

–Ven si quieres –le dije en voz tan bajita que no sé si me escuchó o más bien adivinó la invitación en mi gesto.

–¿Qué andas haciendo? –contestó sin mirarme, fingiendo estar ocupada.

–Les explico cosas a Honey, Margarita, Sofi y Toña. Son mis amigas, vinieron a verme–. Caminó serena hacia mí y se sentó en una orilla de la banca de piedra, con cuidado de no aplastar los invisibles cuerpos de mis invitadas.

–Mucho gusto conocerlas, Honey, Margarita, Sofi y Toña. Yo me llamo Francis–. Recuerdo su cara relajada y podría jurar que ese día no llevaba puesto el delantal, aunque eso es poco probable: será mi memoria optando por conservar una versión suya más apegada a quien era más allá de las paredes de mi casa, como si fuera posible cerrar con mi imaginación la distancia entre nosotras. La soledad de una iluminó entonces la soledad de la otra, y esa luz tomó tanto espacio que sentí que alguien me había desvendado de golpe los ojos.

¿Acompañar mi infancia le habrá dado tristeza, la habrá alegrado? Supongo que al verme pensaba en sus hijos, a quienes solo mencionaba cuando mi hermano y yo los sacábamos al tema. Pero eso casi no ocurría, porque al hablar de ellos se paralizaba y acababa por quebrarse. Me costaba trabajo creer que en algún lugar de Veracruz había un niño llamado Gerardo que le pertenecía a Francisca, alguien

que se parecía a ella y a quien debería haber estado preparándole licuados antes de la escuela y cepillándole los dientes cada noche. Con el tiempo esa incredulidad cicatrizó en mí como una especie de culpa, pero supongo que entonces era una sensación más cercana a los celos. Mi infancia transcurrió según los códigos de esa casa y no se me ocurría que pudieran existir otros.

Por más esfuerzos que su madre hiciera en no soltarlo, Gerardo crecía lejos y ella lo sentía escurrirse entre sus dedos. Asegurarse de no olvidar fechas importantes y llegar a visitarlo cargada de peluches era inútil: los regalos no parecían entusiasmarlo y Francisca solía volver de sus vacaciones más triste que de costumbre, doblemente ausente, cansada de fracasar y culpable de estar cansada. Entonces yo mostraba mi mejor comportamiento y a los pocos días, como por arte de magia, Francis era de nuevo Francis. Lo consideraba un logro personal, y supongo que de algún modo lo era: conmigo podía contemplar cómo la fogata que tenía enfrente iba adquiriendo fuerza, concentrarse en el vaivén de las llamas porque no era responsable de alimentarlas.

Esa tarde, al terminar mi monólogo, di tres pasos laterales frente al público y extendí el brazo para despedirme de mis amigas. Luego le regalé a Francis un abrazo medio torpe y ahí me quedé, tumbada y feliz, hasta que me distraje con un caminito de baba junto a mis tenis. Busqué al caracol entre los helechos, pero antes de encontrarlo otra cosa llamó mi atención y luego otra: clasifiqué bichos, bauticé nubes, hice montoncitos de tierra que me dejaron las uñas negras y me entretuve recogiendo ramas para acomodarlas por tamaño.

Francis me acompañó en silencio durante ese tiempo, y hasta fingió no darse cuenta cuando el agua empezó a dibujar puntitos sobre la piedra. Cuando la lluvia arreció, tuvimos que volver adentro.

5.

En 1995, Yolanda Saldívar le disparó a Selena con un revólver Taurus calibre .38 en el motel Days Inn, en Corpus Christi. Más de ocho mil musulmanes bosnios fueron asesinados por serbobosnios en la matanza de Srebrenica. Brian Eno diseñó los seis segundos del sonido de inicio de sesión de Windows 95. O. J. Simpson fue absuelto del asesinato de su exesposa, Nicole Brown, y su amigo Ronald Goldman. A tres kilómetros del poblado de Aguas Blancas, Guerrero, la policía masacró a un grupo de campesinos que se dirigía a un mitin político. Mario Molina ganó el Nobel por sus investigaciones sobre la química atmosférica y la predicción del adelgazamiento de la capa de ozono. Se estrenó Toy Story. Timothy McVeigh hizo estallar los vidrios de más de trescientos edificios con un camión cargado de explosivos en Oklahoma City. Murió Bob Ross, el de los accidentes felices, y Lucian Freud pintó Benefits Supervisor Sleeping, que trece años más tarde se vendería en la sede neoyorquina de Christie's por treinta y tres millones de dólares. En una entrevista con la BBC, la princesa Diana habló de su depresión postparto y de la relación de su esposo Carlos de Gales con Camila Parker-Bowles. Cuando le preguntaron qué pensó cuando supo que su primogénito sería un varón, respondió: "Sentí un gran alivio, como si el país entero fuera a parir conmigo".

En México, levantamientos armados, atentados políticos y errores de diciembre habían causado, desde el año anterior, una abrupta caída de las reservas internacionales que provocó que el tipo de cambio pasara de 4 a 7.7 pesos por dólar. Los nuevos pesos habían entrado en circulación un par de años antes, y todo en ellos se sentía extraño todavía: quitarles tres ceros a los billetes los volvió de golpe más livianos, y por muy relucientes que fueran, aquellas moneditas no alcanzaban ni para un chicle de plátano.

Cuando alguien habla de la historia de la perra se suele referir a lo que pasó el Día de Muertos de aquel año frenético, probablemente porque el resto de sus días conocidos transcurrieron en relativa calma. Yo pensaba que su vida de antes había sido muy emocionante, llena de costales de basura sorpresa y peleas de callejón, y a veces me sentía mal por haberla arrebatado de esas aventuras para acostumbrarla a las engañosas mieles de la rutina familiar. Pero la posibilidad de no haberla conocido me resultaba tan inverosímil, tan remota a la luz de la contundente dicha del presente compartido, que esa sensación siempre acababa por disiparse.

Sus días conocidos fueron los de un animal doméstico común y corriente: fue acogida, alimentada, acariciada, vacunada. Fue llevada al parque innumerables veces y al Desierto de los Leones algunos domingos. En ocasiones fue regañada por sacar tierra de las macetas o morder las esquinas de los libros hasta dejarlos como mariposas de alas redondeadas. Fue bañada a cubetazos en el jardín, cepillada frente a la tele y paseada por las calles empedradas de la colonia, donde los vecinos la llamaban por su nombre, a lo que ella por lo general respondía girando la cabeza apenas, muy segura de sí misma. Porque antes de ser alimentada, vacunada o cepillada, antes de comerse los libros favoritos de mi madre, fue nombrada.

En un capricho de intelectual, mi madre le puso Pérez Troika, una adaptación mexicana de la perestroika de Gorbachov. Pero como todo chiste excesivamente complicado, ese nombre estaba condenado al fracaso, de modo que terminamos por decirle solo Troika, que no deja de ser una palabra extraña, pero al menos se pronuncia con facilidad y hasta con cierta satisfacción, como morder una manzana y sentir el jugo escurriéndose por la barbilla.

Troika era una mezcla de tantas colas, orejas, patas y hocicos que en su cuerpo se dibujaba apenas un rasgo del único antepasado más o menos distinguido de su cuestionable linaje: las barbas y cejas largas y espesas características del Schnauzer, una raza proveniente de la ciudad alemana de Wurtemberg que se utilizaba en los establos para cazar ratones (cosa que ella intentó hacer solo una vez, sin éxito). Excepto por algunos destellos de plata que los años fueron dibujando en sus barbas, su pelaje era negro y áspero. Tenía el lomo lleno de pequeños alambres que se suavizaban en su panza y se endurecían de nuevo al bajar por unas patas tan flacas que, desde ciertos ángulos, le daban la apariencia de una tarántula gigante con cola de rata.

Su mirada dulce, en contraste con su gesto sereno, la hacían parecer un mayordomo británico o un antiguo sabio chino: alguien que lleva consigo la respuesta que necesitas, excepto que no es capaz de ponerla en palabras.

Hecha bolita cabía debajo de las sillas del comedor y a lo largo ocupaba el espacio exacto a los pies de una cama individual, como si algún dios benevolente y práctico la hubiera diseñado precisamente con esa intención. Adoraba subirse al Corsar blanco de mi madre, que tenía un cenicero integrado que tiraba con la cola cada vez que la invitábamos a subir. Una vez pasada la agitación inicial, se quedaba muy quieta en el asiento trasero y asomaba la cabeza por la ventana, abriendo un poco el hocico para saborear el aire.

Apareció como aparecían a menudo las cosas en el escenario de mi infancia: sin previo aviso. Llegó una mañana –diez kilos de sombra con ojos saltones– y se acostó afuera de la reja de la entrada. Traía un pedazo de cuerda alrededor del cuello y cara de que llevaba la vida entera caminando. Mi madre la vio al salir a recoger el periódico y de inmediato supo que nos había elegido. Decir que la dejó pasar sería impreciso, porque la perra no pidió permiso. Desde la cocina, mi madre le gritó a mi hermano que trajera una sábana vieja mientras enjuagaba un tóper para ofrecerle agua. Eso fue antes de desayunar, y para la una de la tarde Troika ya tenía nombre y confianza en que lo perdido le sería devuelto a manos llenas.

Al día siguiente la llevamos a bañar y vacunar, y tras revisarle los dientes el veterinario le calculó una edad aproximada de un año. Yo tenía cuatro, y nos convertimos de inmediato en compañeras tan inseparables que mi madre empezó a preocuparse (todo lo que no entendía le preocupaba). Al principio quiso entrenarla, o eso decía, pero sus esfuerzos por lograr que la perra durmiera en el suelo se esfumaron la mañana que nos encontró echadas juntas sobre la duela, envueltas en su cobija, mi pijama de franela forrada de pelos negros. A partir de entonces se resignó a que durmiéramos acurrucadas en mi cama: tuvo que escoger entre una perra un poco humana o una niña un poco perruna. Lo primero le pareció más cuerdo.

Para ese punto Francis llevaba un año en la casa y la complicidad entre mi hermano y yo ya había perdido fuerza. Eduardo odiaba compartir los G.I. Joes que solían ser de uso común y, fuera de los dinosaurios, los animales le tenían sin cuidado, así que dejé de seguirlo a todos lados y me entregué a mi nueva amiga cuadrúpeda con la sensación de haber encontrado a alguien que, por primera vez, me entendía. Para poder conversar con ella, le atribuí un significado a cada ladrido y desarrollé a partir de eso un complejo mecanismo de traducción en el que me pasaba horas intercalando ladridos y palabras sencillas, pero esenciales –agua, calle, tortilla, cama, parque, ratón, caca–, señalando con el dedo aquello que nombraba, con la esperanza de que llegara el día en que nuestra comunicación fuera perfecta.

El día llegó, por supuesto, y a partir de entonces no dejamos de hablar. Me las arreglaba para separarme de ella lo menos posible: le ponía moños en las orejas antes de irme a la escuela, pasábamos las tardes juntas en el jardín practicando formas de karate y a la hora de cenar le exigía a Francis o a mi madre alimentarla con lo mismo que a nosotros. Así fue que Troika se aficionó a los rollitos de jamón con

mayonesa, a las enfrijoladas, a los sándwiches de sandwichera, al Chocomilk.

Con los años, los músculos se empezaron a marcar en el cuerpo de mi perra como si la piel le quedara chica. Esos kilos extra consolidaron su silueta y la transformaron en un animal consciente de su privilegio. Lo que de entrada parecía natural, a juzgar por su origen (dormir en un piso sin alfombra, por ejemplo, o que se retrasara su hora de comer), a las pocas semanas era cosa del pasado. Durante la mañana se movía por la casa dando delicados brinquitos de gacela –enérgicos pero sutiles, cuatro resortes en lugar de patas– de una recámara a otra, vigilante, luego se acostaba en el rincón más acolchonado del tapete de la sala o salía al patio a saludar al sol. Cuando consideraba necesario anunciar que algo estaba pasando afuera, y consideraba necesario anunciar prácticamente cualquier cosa, salía corriendo y el escándalo no paraba hasta que alguien se tomaba la molestia de callarla. Sus ladridos eran vigorosos y graves, como si vinieran de un perro auténticamente elegante y no de una perra callejera tocada por la buena fortuna.

La mera llegada de la noche despertaba en ella un instinto primordial, y disfrazada de penumbra recorría la casa entera nuevamente en rigurosos rondines que nos daban una sensación de seguridad que ni un escuadrón de guardaespaldas armados hubiera podido brindar.

Decir que tenía buen olfato sería poco. Su olfato era perfecto. Con la nariz en el pasto señalaba gusanos, cochinillas, malayerba; luego levantaba la cabeza y examinaba la brisa de los meados de los perros del parque, de sábanas recién tendidas en azoteas ajenas, de los ríos entubados de nuestra indomable ciudad. El Distrito Federal entero, con los ocho millones y medio de habitantes que entonces tenía, cabía en los pelos de alambre de su hocico.

De cerca Troika era entregada, casi sumisa; de lejos, indiferente y hasta feroz. Siempre parecía estar haciendo algo importante, pero en realidad solo le importaba yo, en primer lugar, Francisca en segundo y luego los demás habitantes de la casa sin ningún orden en particular. El resto de la gente le daba igual, incluido mi hermano, a quien nunca le hizo demasiado caso. Digamos que lo toleraba, que era cortés. En cambio, a mí me tenía una devoción sin fondo que ahora, tanto, tantísimo tiempo después, recuerdo todavía como el gran amor de mi vida.

Me gustaba el chocolate, los columpios, ponerme Resistol en las palmas de las manos y dejarlo secar para arrancarme después los pellejos, retacar a mis peluches de inyecciones, curitas y Vick VapoRub, que las bombas de chicle estallaran justo cuando mi madre gritaba que dejara de hacer cochinadas, robarme pastillas de Alka-Seltzer del botiquín para masticarlas, llenarme la boca de espuma y ladrar que tenía rabia aunque solo a Francis le hiciera gracia, salir al parque a buscar hojas para formar con ellas figuras sobre el lienzo negro de la tierra como un tángram, fingir que tomaba dictado o que pronunciaba un discurso importantísimo, esconderme para que Francis no me viera quitarme las costras de las rodillas, secas y gruesas como la corteza de los árboles, y lamerlas para sentir su textura.

Me gustaba ir con mi hermano a la tiendita a escondidas de mi mamá y comprar Submarinos de vainilla –uno para mí, uno para él y uno para Troika– que nos comíamos en dos mordidas, los cachetes hormigueantes de azúcar. Cuando lográbamos juntar suficientes monedas, comprábamos también dos triangulitos de Boing congelado, una dotación de Miguelitos de agua y de polvo y un montón de Motitas de plátano, que hacían las bombas más sólidas y fragantes. Comerme un plátano de verdad después de haber probado esos chicles siempre resultó decepcionate.

En el camino de regreso a casa después de clase de karate, me gustaba detenerme con Francis en La Michoacana por una paleta de coco que me comía a mordidas, lo más rápido que podía, para presumir que mis dientes no se destemplaban. Me gustaba triturar los pedazos de fruta, sentir la boca forrada de esa pulpa grasosa.

Me gustaba jugar con mis amigas de la escuela, aunque nunca tanto como para invitarlas a casa. Las pocas veces que lo intenté, Troika se puso a ladrar como loca y tuvimos que dejarla en el patio, desde donde asomaba su cabeza por el ventanal como si lleváramos siglos separadas. Entonces me ponía a platicar con mi perra a través del vidrio, luego guardaba mis juguetes favoritos en un morral y subía a mi cuarto a escribir en mi diario lo mal que me la estaba pasando.

Cuando ya no aguantaba más, con el pretexto de que me dolía la panza o que tenía mucha tarea, le pedía a Francis que llamara a mi madre para que les pidiera a los papás de mis amigas que vinieran a recogerlas antes de la hora acordada.

Pero sobre todo me gustaba mi perra, que me acompañaba en la vida y en los sueños como si la frontera entre la vigilia y el universo onírico no fuera la gran cosa. En mis fantasías de adultez –convertirme

en doctora, vivir en la playa y casarme en altamar como la Sirenita– ella se mantenía idéntica a sí misma. Estaría dispuesta al juego eterno, como una versión canina de Peter Pan: fuera de hacerla resistente al paso del tiempo, no había nada que quisiera cambiar en ella. A diferencia de las personas humanas y no humanas que conocía y que he llegado a conocer, Troika era perfecta tal y como era.

6.

De ese apego surgieron las ideas más sobresalientes de mi infancia. Una noche de enero, mi madre compró boletos para ir al teatro y planeó que nos fuéramos a dormir con nuestros primos a casa de los abuelos. Pregunté si la perra podía ir conmigo.

–Imposible –me dijo, y para sumarle contundencia a su respuesta, agregó–: acuérdate de que en el condominio de tus abuelos no aceptan mascotas.

–Pero si la abuela tiene dos gatos –le recordó Eduardo, que a pesar de que nos habíamos distanciado, era capaz de unir fuerzas conmigo con tal de llevarle la contra a mi madre.

–Dos gatos que además huelen horrible, mucho peor que la pobrecita de Troika –agregué con la voz más sufrida que pude.

–Cuál pobrecita, al contrario, está demasiado consentida. Además, los gatos ni cuentan como mascotas, mi amor, ellos se mandan solos. ¿O a poco los has visto exigir comida o ladrar como locos?

–Es que Francis no va a estar y Troika dice que no le gusta quedarse contigo porque eres mala, muy mala, te odia –contraataqué directo a la yugular, con el impulso de mis seis años.

–Pues dile que si quiere ir va a tener que cenar croquetas de gato y dormir afuera como una perra normal. Se me hace que eso tampoco le va a gustar, ¿o sí? Ahí cuando puedas le preguntas y me avisas –me respondió al tiempo que buscaba en su bolsa el encendedor para prender un cigarro, como solía hacer para dar por terminada una conversación.

A la mañana siguiente, ya con la maleta empacada y el motor del coche encendido, puse de pretexto que se me había olvidado el cepillo de dientes para subir corriendo las escaleras y tomar del clóset una cinta de aislar y un rollo de papel burbuja. Sentí una dicha incomparable al envolver el cuerpo de Troika en plástico. Había derrotado, pensé (y durante un breve momento tuve razón) a mi madre, a los cochinos gatos de la abuela, a los adultos en general.

Dejando afuera la cabeza para que pudiera respirar, formé un

perfecto tamal de plástico que reforcé con varias vueltas de cinta de aislar, ni muy apretado ni muy suelto. Todo iba muy bien hasta que abrí la maleta para meter a la perra que, divertida con la novedad, lanzó un aullido eufórico. Al descubrirme, mi madre canceló sus planes y nuestra pijamada. Nunca entendí si quedarme en casa fue castigo o recompensa.

Unos meses más tarde, me pareció que era hora de que Troika probara los cacahuates. Tomé su traste de metal y lo llené de esas pequeñas bolitas tan similares a sus croquetas en color y textura. Me senté a su lado, mordí uno para tronar la cáscara y comencé a pelarlo con destreza entre mis dedos. Después de comérmelo me sobé la panza, satisfecha, y le entregué uno a la perra, mostrándole los dientes en un asertivo movimiento de mandíbula. Se hace así.

Requirió algo de práctica, pero al cabo de una semana logró sacar un cacahuate, comérselo y dejar la cáscara a un lado. Con las barbas llenas de basuritas, me lamió la cara mientras yo ladraba un festejo triunfal.

Otros episodios fueron menos afortunados y hasta potencialmente trágicos, como la vez que mi padre organizó, por el cumpleaños de Eduardo, una comida en Cuernavaca. Pedí permiso de llevar a mi perra, con el pretexto de presentársela a mi papá. En realidad, lo que quería era mostrarle a Troika la alberca y averiguar si le gustaba nadar, una cuestión que me atormentaba desde la noche que la bañé conmigo en la tina y comió tantas burbujas que se enfermó del estómago.

Feliz con la idea de tener un fin de semana para ella, mi madre me dijo que sí a todo, empacó una pequeña maleta con lo necesario para que pasáramos la noche y nos fue a dejar a casa de los abuelos, donde su exmarido pasaría a recogernos.

Desde Tlalpan hasta la curva de la Pera me la pasé explicándole a Troika lo que era una alberca y recreando para ella las brazadas que había aprendido en mis clases de natación en la Academia Florida. Para ganar credibilidad, me puse el gorro de látex y nadé como un pez en el agua imaginaria del auto hasta que, al llegar a la paloma, Eduardo explotó y me calló a gritos. El silencio, sin embargo, fue fugaz. La respiración agitada de la perra invadía el espacio, y mi hermano no tardó en arrepentirse de haber roto el pacto tácito de lealtad que se formaba entre nosotros cuando nos obligaban a convivir

con aquel señor bigotón.

–Es que estás perdiendo el tiempo. Es un animal, Andrea. ¿A poco de veras crees que te entiende? –me preguntó para romper el hielo.

–¿Y qué tiene que sea un animal? Claro que entiende. Tengo que explicarle lo de las albercas para que… –intenté responder sin ánimo combativo, los brazos en movimiento.

–¡Ay, Andrea, ya! ¡Ni al caso! ¡Si los perros nos entendieran ya nos habrían dominado! ¿No has visto cuánta comida le da Francisca cuando cocina? El otro día la caché dándole una quesadilla entera, con todo y salsa. Además, no puedo creer que duerma en tu cama. Y Francis se la pasa recogiendo sus cacas, qué asco. Si sigues nadando como loca te voy a acusar con mi mamá.

–¿Qué es dominado? –no entender esa palabra me impidió escuchar el resto de sus quejas.

–Es cuando una persona tiene autoridad sobre otra, como su mamá y yo sobre ustedes o sobre tu perra –mi padre, que hasta ese momento había manejado en silencio, aprovechó para intervenir. Al ver que no respondíamos, decidió ahondar en su explicación–. Tener autoridad significa que lo que dices debe cumplirse a fuerza, como si fuera una ley. Sí saben lo que es una ley, ¿no? ¿Qué no llevan clases de educación cívica?

Apenas alcanzamos a agacharnos para que no viera nuestras carcajadas por el espejo retrovisor.

No pasaron ni diez minutos entre que llegamos a la casa y yo estuve lista con mi traje de baño, goggles, chanclas, gorro y Troika al lado, salivando copiosamente ante la carne que esperaba su turno junto a la parrilla. Instalada en un transitado punto entre la cocina y el jardín, me encargué de preguntarle a cada adulto que veía pasar que dónde estaba la alberca, hasta que un adolescente de nombre Alejandro –¿el dueño de la casa, quizá?– se apiadó de mí y me condujo al patio trasero para mostrármela. Pero no se quedó conmigo ni tuvo la precaución de avisarle a algún adulto que su prima estaba a punto de meterse a una alberca de dos metros de profundidad sin zona de chapoteadero.

Las cosas habrían sido distintas de haberme topado en el camino con alguna de mis tías, que justo entonces estaban en la cocina juntando servilletas, tenedores y platos de plástico para servir el asado. Mi padre, que no tenía la costumbre de estar a cargo nuestro,

se había instalado frente a la parrilla con la primera michelada del día en una mano y en la otra unas pinzas que sostenían un pedazo de carbón. Era un hombre seguro de sí mismo, un hombre con una meta clara. ¿No dicen que un hijo es como tener algo siempre al fuego? Bueno, él se lo tomaba en serio con esas longanizas.

El tiempo se aceleró cuando me puse de rodillas en la loza para sentir con los dedos de la mano la temperatura del agua. Animada al ver que estaba calientita, metí los pies sin percatarme de que Troika avanzaba muy campante hacia mí. Intenté dominarla como me había enseñado mi papá en el coche, ordenándole en nuestro idioma secreto que se quedara quieta, pero ella estaba convencida de que podría caminar sobre aquel manto líquido, como una santa.

¡Splash! Se sumergió en el agua tan decidida a mostrar su milagro, que ni siquiera me salpicó.

Lanzó un aullido discreto y se quedó mirándome, como pidiendo ayuda para descifrar su entorno. Mientras ensayaba mentalmente mi estilo crol, revisé los alrededores de la alberca con vista de águila hasta encontrar unos flotadores verde limón tirados en el piso. Me los puse en los brazos y respiré profundo para mantener la calma, me emocionaba tener la oportunidad de mostrar que las clases de natación habían valido la pena. Me aferré a la escalera interna con una mano, estiré la otra en una maniobra de cirquera y pesqué el abundante pellejo del lomo de Troika para acercarla primero a mi cuerpo y luego a los escalones de metal. No sé de dónde saqué fuerzas para subirla a tierra firme, pero lo hice, y para cuando mi abuela escuchó el escándalo y llegó a ayudarnos, las dos estábamos sanas, salvas y hasta sonrientes, jadeando a la orilla de la alberca como si hubiéramos completado un triatlón olímpico. Empapada, pedí perdón sin saber exactamente qué había hecho mal, con la esperanza de que no le contara a mi padre del incidente. Claro que lo hizo.

Nunca más dejaron que Troika me acompañara a dormir fuera de casa. En adelante, cada vez que volvíamos de pasar el fin de semana con mis abuelos paternos, ella adivinaba nuestra hora de regreso y media hora antes se echaba a esperarnos en el patio (eran los únicos momentos en que parecía no importarle que el piso no estuviera alfombrado). Poco después, a mi padre le ofrecieron un trabajo en el extranjero que tuvo que tomar, según dijo, orillado por la crisis que ya se dibujaba en el horizonte. Cuando se marchó, dejamos de ver a su familia y mi perra no tuvo que soportar más sábados ni domingos lejos de nosotros.

Pero la mayoría de los días que pasamos juntas no fueron de ideas grandiosas, sino de las ideas comunes y corrientes de las que se teje el amor verdadero. La mayoría de los días no la envolvía en papel burbuja ni le enseñaba a pelar cacahuates ni la salvaba de morir ahogada. La mayoría de los días de esos años de mediados de los noventa los pasé sentada en el pasto, con la falda azul marino del uniforme llena de tierra y las trenzas despeinadas, pronunciando ante mi perra un extraño discurso para canes que ella siempre escuchaba atentamente.

7.

Aquel primero de noviembre de 1995, Día de Muertos, después de comer las milanesas con puré, mi madre se encerró en su recámara a terminar un artículo que tenía que entregar al día siguiente. A Eduardo también le habría gustado encerrarse a jugar Mortal Kombat, pero su televisión había dejado de funcionar unos días antes y tuvo que resignarse a salir a dar la vuelta en la bicicleta.

Troika llevaba varios días enferma, pero yo no sospechaba lo que estaba por venir y puede que por eso, en vez de salir a jugar, me haya quedado en la cocina acompañando a Francis. Mientras ella se servía de comer, me puse a hacer la tarea y a practicar unos chistes que me había propuesto memorizar para entretener a mis primos en Navidad. Me gustaban esas tardes de lápices de colores regados entre virutas del sacapuntas sobre la mesa, el fuego encendido en la estufa y los diálogos de las telenovelas de fondo.

Francisca siempre comía haciendo otra cosa y esa tarde, entre bocado y bocado de milanesa, se concentró en el panqué de chocolate para la ofrenda. Iba vaciando los ingredientes en un plato hondo, atenta a los caprichos de cada textura: la densidad del huevo, las minúsculas burbujas en la mantequilla derretida. Luego llevó su plato a la tarja y se puso a batir la mezcla a mano con tanta fuerza que en los brazos se le marcaban músculos que yo ni sabía que existían. Estaba más callada que de costumbre, su cara con más filo. No quedó un solo grumo.

–¿Quieres que te cuente un chiste, Francis? –le pregunté como si pudiera negarse.

–A ver.

–Ahí tienes que había un perro caminando que ladraba ¡guau, guau! y en eso se le acerca otro perro y le dice ¡miau, miau! y entonces el primer perro le preguntó por qué maullaba si era un perro y qué crees que le contestó –de niña a veces hablaba tan rápido que Francisca apenas tuvo tiempo de pensar una respuesta.

–Mmmm… ¿era un gato que se había disfrazado de perro por Halloween?

–¡Nooo, es que estaba aprendiendo idiomas! –contesté, feliz de haberlo logrado de corrido, sin equivocarme.

–¿Conoces el de la cereza? Ese es buenísimo, hasta le va a gustar a Troika –por supuesto que lo conocía, en los últimos meses no me había cansado de repetírselo. Busqué con la mirada a mi perra y le dije que pusiera atención.

–Fíjate que no lo conozco –mintió mientras vertía la mezcla en un refractario de vidrio grueso sin dejar de verme. Conocía tan bien cada paso que hubiese podido hacerlo con los ojos cerrados.

–Iba una cereza caminando por la calle cuando se topó con un espejo y cuando vio su reflejo dijo: ¿Seré esa yo?

–¡Qué loca esa cereza! –dijo Francisca y encendió el horno.

Mi buen humor de aquella tarde obedecía a dos motivos. El primero era que había recibido un reconocimiento escolar, más específicamente una hoja de cartulina en la que un gusano con corbata y anteojos decía LECTORA SOBRE-SALIENTE en letras grandes, y abajo mi nombre completo escrito a mano: María Andrea Sánchez Castro.

El segundo motivo, tal vez menos meritorio, pero más potente, era que al otro día no había clases, de modo que podía despertar tarde y desayunar hot cakes con Troika, a ver si eso le levantaba el ánimo y la hacía salir del letargo. Francisca también se veía agotada, si bien eso no parecía importarle a nadie, ni a ella misma.

–¿Te cuento otro? –le pregunté, comprometida como nunca con la meta de los chistes.

–Antes hay que terminar tu tarea. Ándale, pásame el libro de lecturas –me contestó quitándose el guante con el que había metido al horno el refractario del panqué, y empezamos a leer juntas, en voz alta, la página asignada: La lechuza Lechu era la más vieja del bosque. La más vieja y la más severa. De noche cazaba ratones campesinos, de día dormía en la espesura, en el hueco del tronco de un roble…

8.

En las tres únicas fotos suyas que conservo, Troika no se parece a la Troika de carne y hueso que fue. A veces me arrepiento de no haberme robado los álbumes que mi mamá guardó durante años en unas cajas de plástico enormes debajo de su cama, y que dice que no tiene idea dónde quedaron. Pero nunca pensé que los recuerdos se fueran a desvanecer, ni calculé que una historia podría tener tantas versiones que llegaría a desconfiar de todas por igual.

Puede que en el fondo mi madre tuviera razón al afirmar que no valía la pena volver a esos álbumes perfectamente ordenados por fecha y ocasión, en insitir en conservar las fotografías lejos de la luz y del calor, a salvo del polvo como si fueran las Sagradas Escrituras. Las resguardó hasta de su propia mirada e hizo bien, porque las que yo logré arrancar a escondidas de aquel papel autoadherible están maltratadas y amarillentas, parecen gastadas de tanto verlas. ¿Y para qué? Ni siquiera sé si llamarlas recuerdos, dudo que a estas alturas sostengan algo más allá de a sí mismas. Son mucho más que un recuerdo –dado que han tomado su lugar– y al mismo tiempo no son nada.

Hace poco leí que las fotografías son solo una interpretación del mundo, tan poco objetivas como una pintura o un dibujo. Me pareció cierto y angustiante, y desde entonces no encuentro consuelo en la posibilidad de descubrir algo verdadero en esos álbumes perdidos. Mucho tiempo creí que en sus páginas impolutas estaba depositada mi niñez, pero no: todas esas fotos las tomó mi madre y por lo tanto muestran el mundo a través de sus ojos.

Si la versión de la historia ahí consagrada no dice, en el fondo, nada sobre mí, ¿qué queda entonces de las tardes armando tángramas silvestres en el jardín, de las escapadas a la tiendita de la mano de mi hermano, de la pulpa helada del coco entre mis dientes?

En la primera foto robada, Troika aparece cual mancha negra derramada sobre la alfombra roja de Temoaya que había debajo del escritorio del estudio. Sus ojos, dos círculos pequeños que proyectan una luz brillante, no evocan en absoluto la encantadora mirada que tuvo en vida (no evocan, de hecho, mirada alguna: parecen un par de

faroles en una calle desierta) y su cuerpo es una pintura cubista de pelos y articulaciones. Al fondo, como marco, las piernas de mi madre aparecen forradas en las botas altas de cuero marrón que remendó hasta que terminaron por caerse a pedazos.

La segunda es un retrato de mi familia tal y como era en la fecha que alguien anotó al reverso en impecable letra manuscrita: Navidad, 1992. Fue tomada en la sala, junto a un pino cubierto de tantas esferas rojas que parece que tiene varicela. La intensidad dramática del ambiente –todos miramos serios a la cámara– se debe a que mi abuelo materno había muerto de un infarto fulminante el día anterior. Solo alguien como mi madre querría conservar en papel un momento así. Siempre buscaba un desvío, y obstinarse con la tradición de la fotografía navideña fue su manera de esquivar el duelo.

En la foto, mientras el cuerpo de su padre avanza en un auto negro hacia el crematorio, sus tejidos volviéndose espuma, es probable que mi madre ensaye mentalmente las palabras que pronunciará unas horas más tarde frente a su familia extendida. Eduardo está de pie a su derecha, con un blazer de botones dorados y mangas demasiado cortas, su mano tomando mi hombro con ternura. Troika nos mira, distraída, con la cabeza metida entre los foquitos del pino.

De haber sido tomada unos años antes, yo habría aparecido en la panza de mi madre y Sergio, mi padre, le estarían acomodando a Eduardo el peinado de príncipe valiente que nunca le gustó. Cuatro años después, en la foto estarían Jaime, mi padrastro, y los perros que llegaron con él: la Golondrina y el Kafka. Un par de años después la bebé Paulina y así sucesivamente, hasta que no quedaran elementos comunes entre aquella fotografía real de la Navidad de 1992 y esas otras posibles imágenes futuras, como el barco en el que volvieron Teseo y los jóvenes de Atenas, del que se iban retirando los tablones deteriorados para sustituirlos por madera nueva hasta que la embarcación se quedó sin ninguno de sus treinta remos originales.

En la tercera fotografía aparecemos Troika y yo en primer plano. Fue tomada por mi madre en el centro de Coyoacán el jueves 11 de julio de 1991, momentos antes de que el cielo se oscureciera y las aves guardaran sus alas en los árboles. Vestida con unos shorts de mezclilla y una gorra estampada de flores rosas que combinaba con mi cangurera, estoy de rodillas sobre una banca, el brazo izquierdo alzado hacia el cielo y la mirada fija en esa mano, que sostiene uno de los filtros que la Comisión Intersecretarial para el Eclipse había repartido entre la población para evitar daños permanentes en los ojos. En mi media sonrisa se dibuja la emoción contenida

característica de mi infancia, ese miedo gozoso que luego aprendí a reprimir para no mostrar demasiado las costuras. Por más que todo el mundo me había explicado lo que estaba por suceder, por más que la tele me lo había advertido, no podía imaginármelo. Incluso hoy recuerdo solo el antes y el después: la memoria con un hueco al centro.

Del lado derecho, aquel rectángulo de papel amarillo tenía un dibujo del eclipse del códice maya, y a la izquierda un mapa de la República Mexicana mostraba la trayectoria del fenómeno astronómico, de Baja California a Chiapas. Debajo de la tira metálica estaba escrita la leyenda:

ESTE LADO A LOS OJOS

y al reverso:

ESTE LADO AL SOL

Con la mano derecha, en la foto acaricio a Troika, que lleva puestos unos extraños anteojos fabricados especialmente para ella con los sobrantes de periódico y engrudo que habíamos usado el día anterior para hacer la piñata de cumpleaños de Eduardo. Entre la multitud hay un montón de niños emocionados por ese simulacro de noche: algunos tienen filtros como el mío, otros perforan con alfileres diminutos agujeros en pedazos de cartón para proyectar la luz. También hay quienes esperan, sin filtros ni cartón ni nada, ver los rayos eclipsados del sol a través de las hojas de los árboles, medias lunas derramadas en el suelo cual confeti galáctico. Escondiéndose de la gente, una anciana reparte listones rojos.

Así como los cuerpos celestes avanzan hasta alinearse uno detrás de otro con milimétrica exactitud, hilos invisibles movieron mi cuerpo y el de mi perra y los colocaron en el lugar que ocupan en esa fotografía, con la crueldad de lo que está condenado a no durar: los vasos que dejamos caer en el piso de la cocina, la concha del caracol bajo la suela de un zapato, los rompecabezas incompletos, los capullos.

Eclipse, del griego ekleipsis, quiere decir abandono, desaparición. Cuando el sol, la luna y la tierra están alineadas, las vacas regresan a sus establos, las arañas deshacen sus telas y hasta las lechuzas emprenden vuelo, engañadas por esa noche repentina que rompe al día en dos y lo reinventa. Cada noviembre coloco esa fotografía en el altar de muertos junto a un plato lleno de cacahuates con la cáscara intacta: una ofrenda a todo lo que no se puede volver a juntar.

9.

Mi familia era católica más por costumbre que por convicción. Eduardo y yo fuimos bautizados como una concesión para los abuelos, y a partir de entonces mi madre solo nos llevaba a misa cuando alguien fallecía, se casaba o hacía la primera comunión, con zapatos de charol y la cabeza retacada de gel. Solíamos llegar tarde a sentarnos en las últimas bancas de la iglesia, donde pasábamos la ceremonia entera haciendo payasadas para incomodar a los feligreses: sacábamos la lengua por el hueco de nuestras sonrisas chimuelas hasta que quedara roja, hacíamos bizco y lanzábamos bolitas de moco seco a ver quién le atinaba a la canasta con la que un voluntario pasaba pidiendo ofrenda por el pasillo. Todo en absoluto silencio.

Solo levantábamos la voz –ahí sí excesivamente, compitiendo por ver cuál de los dos alcanzaba a contestar primero– cuando llegaba el esperado momento de la plegaria eucarística.

El Señor esté con ustedes.

¡Y CON TU ESPÍRITUUU!

Dos pequeños lobos aullándole a un dios en el que no confiábamos del todo.

Levantemos el corazón.

¡LO TENEMOS LEVANTADO HACIA EL SEÑOOOR!

Demos gracias al Señor nuestro dios.

¡ES JUSTO Y NECESARIOOO!

Como si estar bajo el techo de una iglesia la dotara de místicas herramientas de conciliación, mi madre se esforzaba por no regañarnos. Con la vista fija al frente y el gesto imperturbable, nos quitaba los mocos de las manos y nos decía en voz bajita que, si nos daba el aire en la cara con los ojos chuecos, nos quedaríamos bizcos para siempre. Luego se olvidaba del asunto y fingía rezar, sintiéndose observada por sus primas más piadosas.

Quién sabe qué pensaba realmente de dios. Hablaba de él con cierta vaguedad, como pretexto para filosofar o inculcarnos lo que

entendía como valores: ser buenos, tolerantes, trabajadores, no darnos por vencidos ante la adversidad, ponernos en los zapatos de los demás. Pero, aunque evitaba entrar en el espinoso terreno de la culpa y jamás mencionó la existencia del infierno, a menudo se topaba con preguntas imposibles de responder: ¿Por qué dios quiere que el padrecito se tome su sangre, mamá? Si dios es bueno, ¿por qué deja hacer el mal, como dejar que muriera el hijito de Francis? Y la más difícil de todas: ¿Quién hizo a dios?

Cuando nos poníamos así, ella se quedaba un momento con la mirada perdida, masticando una respuesta que no llegó nunca a pronunciar.

El lugar prominente que Mi pequeña Biblia ocupaba en mi buró de noche no respondía entonces al adoctrinamiento espiritual, sino a que mi abuela se había encargado de aficionarnos a algunos episodios sobresalientes del Antiguo Testamento y mi madre, que consideraba estos relatos tan buenos como cualquier otro (o hasta mejores), los incorporó al repertorio de cuentos que nos leía antes de dormir. A Eduardo le gustaba escuchar sobre la vez que Jonás, escapando de su tarea como predicador en la ciudad de Nínive, fue tragado por una ballena y se quedó encerrado en ella durante los tres días que le tomó arrepentirse de sus pecados; yo prefería la historia de la construcción del arca de Noé, los cuarenta días de diluvio universal, la paloma volviendo con una hoja en el pico.

El fervor religioso que nos ahorrábamos en catecismos y primeras comuniones lo usábamos para celebrar el Día de Muertos. Mi madre compraba cempasúchil, nube, terciopelo, claveles y crisantemos; velas para que los visitantes encontraran el camino y sal para que no se corrompieran en el trayecto; mandarinas, guayabas, jícamas, calaveras de azúcar o de amaranto con nuestros nombres en la frente, papel picado de todos los colores, copal y pan de muerto como para alimentar a toda la colonia.

Teníamos además un par de perros de Colima, unas figurillas de barro en forma de izcuintles de patas cortas y vientres abultados que llevan una mazorca en el hocico. Esas criaturas tan simpáticas eran, según mi madre, las encargadas de ayudar a las almas a cruzar el caudaloso río Chiconahuapan para llegar al Mictlán. Su empeño por agasajar a los fieles difuntos y su deferencia hacia los perros tienen, ahora lo sé, origen en el mismo anhelo: espera que uno la cruce al otro lado sobre su lomo y espera una ventana de oportunidad para volver.

Para contagiarnos el entusiasmo, nos llevaba al mercado y apartaba la tarde completa de alguno de los últimos días de octubre

para poner la ofrenda en la gran mesa de la sala. Una vez, hasta dejó que mi hermano escogiera un tema para la ocasión; él escogió la lucha libre, y con su máscara de Dr. Wagner hizo una demostración de su mejor llave con el pobre primo Eugenio, que terminó en urgencias con el brazo dislocado.

A mí me interesaba más la parte gastronómica. Junto al ate de membrillo con queso que le gustaba al abuelo, dejábamos sincronizadas, licuado de plátano con crema de cacahuate, tinlarines y lunetas. Con precisión de relojero, yo hacía lo posible por distribuir el alimento de manera justa a lo largo y ancho de la mesa. Me sentía feliz en este ambiente que, a pesar de sus tintes fúnebres, siempre consideré festivo. Había calaveritas rimadas, flores, frutas, visitas que esperábamos todo el año. Era una Navidad sin regalos, pero con más colores.

Ojalá sí vengan a comerse lo que dejamos, pensaba, como si la muerte fuera Santa Claus y los fieles difuntos los renos hambrientos que van jalando su trineo.

No recuerdo con exactitud cuándo apareció Vicente en nuestra ofrenda. Me imagino que Francisca no habrá pedido permiso para acomodar, entre retratos en blanco y negro de ancestros de mi familia materna, una foto del día que su hijo cumplió trece. Que se sentía con derecho de hacerlo, y con razón. O tal vez sí lo habló con mi madre, no puedo saberlo y a estas alturas tampoco voy a averiguarlo. Lo que sí sé es que un día Vicente se hizo presente ahí, rodeado de sus padres, tías y primos. En la fotografía, llevaba puesto un gorrito de fiesta que le quedaba cómicamente chico y frente a él se levantaba un enorme pastel de merengue y fresas que resplandecía a la luz de las velas. A su lado se iluminaba también el rostro de Gerardo –a él sí le quedaba bien el gorro–, que abrazaba a su hermano mayor con fuerza exagerada, presintiendo acaso que pronto le sería arrebatado.

Aunque había transcurrido poco tiempo desde que había sido tomada, la fotografía daba la falsa impresión de ser antigua. ¿De verdad era Francisca la que aplaudía al lado de Vicente, con el pelo alegre y la risa suelta? ¿Dónde escondía ese gesto ahora? Más que en otra vida, la escena parecía haber ocurrido en un planeta distinto, en otra galaxia. Aquella imagen era el único vestigio de un lugar perdido e irrecuperable del cual Francis prefería no hablar.

–¿Es tu hijo? –nos atrevimos a preguntárselo una sola vez, el año

que Eduardo se disfrazó de Dr. Wagner. Era 1994, me acuerdo porque pocas semanas después el Popocatépetl lanzó tremenda fumarola. Sabíamos quién era el adolescente larguirucho y sonriente de la foto, pero queríamos que nos contara más de él.

–Mjm –contestó ella sin dejar de pasar el trapo por la mesa, que por estar al lado de la puerta que daba al jardín, se empolvaba mucho. Irritado por sus respuestas a medias y ansioso por montar el ring de lucha libre, Eduardo salió corriendo y nos dejó solas frente a las flores y las frutas.

–Pero está con dios, ¿no? –le dije, intentando consolarla.

–¿Tú crees?

–Si tuvo un perro que lo ayudara, seguro que ahorita ya está feliz en el cielo con mi abuelo. Pídele a mi mamá que te cuente ese cuento –en ese entonces no había leyendas, mitos ni tradiciones: todo lo que llegaba a mis oídos era, simplemente, un cuento, incluyendo las historias secretas de tragedias reales.

–Tienes razón, espero que hoy venga de visita –contestó susurrando mientras le prendía una veladora. Quién sabe qué pasaba por su cabeza, pero se quedó mirando fijamente la foto, tan quieta que no me atreví a preguntar nada más y mejor me fui a ver cómo le estaba quedando a mi hermano el ring improvisado.

10.

El estéreo empezó a comportarse de manera extraña meses después de esa conversación, algún fin de semana de enero de 1995. Mi hermano, mi madre y yo estábamos jugando Jenga en la sala, escuchando un disco de Luis Miguel, cuando las canciones comenzaron a repetirse a voluntad y el volumen aumentó a la mitad de “Hasta que me olvides” sin que nadie tocara el estéreo. Los golpecitos no bastaron ni bastó, como otras veces, con desconectarlo y volverlo a conectar: la música se enrareció y las voces se volvieron lentas y graves, descomponiéndose en un desagradable arrullo. El incidente se repitió en los meses siguientes, y cuando sucedía, la Pérez Troika daba vueltas por la sala, apuntaba a las bocinas con el hocico y se ponía a ladrar hasta que apagábamos el aparato.

El teléfono que había en la mesita del vestíbulo dejó de funcionar poco después, justo un día en que mi madre esperaba una llamada importante. Luego fallaron la televisión de la recámara principal, la secadora de pelo y el horno de microondas, que de por sí nos parecía un artefacto que rayaba en lo paranormal. Aunque todo se arreglaba de la noche a la mañana, pronto se descomponía otra cosa, de modo que achacar el fenómeno a la simple casualidad se fue volviendo complicado.

A falta de médium, mi madre optó por consultar con el señor Bravo, electricista, pues sospechaba que había una falla generalizada en la instalación eléctrica de la casa. Pero tras meses de problemas persistentes, durante su visita no se manifestó imperfecto alguno, como cuando el dolor de cabeza que no da tregua nos arrastra hasta el consultorio médico y desaparece en el momento exacto de describirle el síntoma a la doctora. De cualquier forma, para desquitar la vuelta, el señor Bravo revisó cada aparato cuidadosamente y antes de irse se aseguró de que la red eléctrica, el medidor, los enchufes y apagadores estuvieran funcionando. Pasó tantas horas en la casa y mi madre estaba tan satisfecha con su trabajo, que redondeó sus honorarios hacia arriba y hasta le invitó un café y un pedazo grande de panqué de naranja.

Pero en cuanto aquel hombre puso un pie afuera, la música que había estado sonando se apagó y el estéreo se descompuso definitivamente, como si alguien se hubiera molestado con la

intrusión. Esa noche empezaron a escucharse otros ruidos, manifestaciones tempranas de la presencia (así le decía mi madre, para nosotros era nada más el fantasma o el espanto) constante, aunque inofensiva, con la que cohabitamos ese año. Lo que empezó sutilmente, con tuberías rechinando y luces que jurábamos haber dejado apagadas, fue convirtiéndose en una serie de insistentes sonidos nocturnos. En alguna ocasión, incluso, escuchamos pasos en la sala con tal claridad que mi madre llamó a la patrulla, convencida de que había un ladrón en la casa.

En julio, la muela que mi madre encontró entre sus sábanas marcó la cúspide del desconcierto. Por más que Eduardo y yo preguntamos, ella se negó a entrar en detalles, supongo que para no contagiarnos la angustia, o quizá porque actuar como si nada hubiera pasado era su estrategia para olvidar las cosas más rápido. Pero en este caso no le funcionó, porque desde aquel episodio los ruidos arreciaron tanto que para ocultarlos cerraba las ventanas y se ponía a platicar o prendía la tele a todo volumen, cosa que normalmente odiaba que hiciéramos. Eduardo y yo nos quedábamos mudos, por curiosidad o por miedo o acaso con la esperanza de que el fantasma fuera pudoroso y nuestro silencio lo hiciera sentir mal. Con frecuencia terminábamos todos en la cama grande, incluida Troika, y ahí, bajo las cobijas, mi madre intentaba tranquilizarnos diciendo que el frío hacía que la duela de madera crujiera, que las ventanas estaban viejas y a las bisagras les faltaba aceite. Con Francis también esquivaba el tema, al menos frente a nosotros, y las veces que ella llegó a preguntarle por los ruidos que había escuchado de madrugada mi madre respondía que le había dado insomnio y había salido a fumar al patio. Pero todos sabíamos que ella jamás se levantaba de la cama (era tan friolenta que dormía con doble calcetín) y que tampoco tenía idea de quién chiflaba en la sala o azotaba las puertas del trinchador. A las cuatro de la mañana la casa no nos pertenecía.

El catálogo de mis miedos era rico y variado: le temía a que se fuera la luz en toda la cuadra –lo cual, para mi desgracia, pasaba con frecuencia– y los hombres lobo aprovecharan para meterse a las casas a buscar comida. A perderme en la calle y que un señor maloliente me llevara metida en un costal sobre su espalda, a que mi mamá se muriera y mi hermano y yo tuviéramos que vivir en un orfanato en donde nos dieran de comer coles de Bruselas y carne agusanada. Les temía a las brujas de pies cuadrados, por supuesto, y no quería quedarme atrapada en un cuadro ni que me convirtieran en un ratón, como en la película.

Para conciliar el sueño, echaba mano de una serie de pensamientos

ensayados. Me concentraba, por ejemplo, en los sonidos de las peleas de Mortal Kombat que Eduardo jugaba a escondidas mientras los demás dormíamos, la luz delatándolo por el filo de la puerta de su cuarto. En la convincente explicación que mi madre me daba de por qué no era posible morirme de vieja dentro de una pintura. En el tobogán del hotel de Acapulco al que mi padre nos llevó un fin de semana, un tubo de plástico azul parecido al de la jaula de un ratón, pero, en vez de ser un castigo de brujas, este daba vueltas hasta desembocar en una alberca tan profunda que nadie que yo conociera era capaz de tocar el fondo. En la radiante posibilidad de ordenar un sándwich de roast beef tocando la pantalla del Arby's de Centro Coyoacán, en las papas curly bañadas de salsa barbecue. En los columpios en general. En la Navidad, en mi próximo cumpleaños o cualquier evento que ameritara escoger un regalo en la juguetería Ara. En los rollos de guayaba con cajeta envueltos en celofán amarillo que nos mandaban mis tías de Celaya, cuyos nombres nunca pude memorizar. En la maestra más viejita de mi escuela, Miss Mary, que se pasaba el recreo en la biblioteca leyéndonos Aníbal y Melquiades cuando había contingencia ambiental. En los círculos de colores –azules, rojos, amarillos– que formaban medias lunas en las cortinas de mi cuarto. En el lenguaje de los insectos. En la fiesta de no cumpleaños del Sombrerero loco, la Liebre de Marzo y el Lirón; las teteras humeantes en plena danza: ¡Feliz, feliz no cumpleaños! ¿A mí? ¡A tú!

Cuando mi estrategia no funcionaba, me concentraba en el sonido de las garras de mi perra sobre la duela durante sus rondines nocturnos, en la respiración del cuerpo peludo que descansaba junto a mí, en sus incomparables orejas de tortilla de harina. ¿Quién se atrevería a meterse con ella? Era indestructible, implacable asesina de robachicos o cualquier criatura de este y otros mundos.

Y cuando ni los pensamientos ensayados ni la presencia de Troika lograban hacerme dormir, me armaba de paciencia y esperaba a que los ruidos cesaran, a que amaneciera, lo que pasara primero. "¿Quién anda ahí?", preguntaba bajito desde mi edredón. La vida en una casa así no se parece a las películas de terror: cuando escuchas un fantasma no sales a buscarlo, no te levantas a buscar algo para defenderte, no mueves un dedo. Te haces bolita en donde estés, presionas las palmas de las manos fuerte contra tus oídos y te pones a pensar en otra cosa.

11.

La primera vez que Troika vomitó tanto que mi madre tuvo que llevarla al veterinario, enlisté las posibles causas de sus males en un diario con portada de arcoíris que guardaba debajo del colchón:

los calcetines apestosos de Eduardo que no recogí

los caracoles que saqué de entre las plantas (me gustan sus bigotes brillantes de baba)

el relleno del cojín amarillo de la sala que Francis tuvo que coser para que mi mamá no se enojara conmigo cuando se rompió

los pepinos con limón y chile que a veces dejo en la lonchera

su propia caca, que se come y no la regaño

No me quedaba duda de ser la culpable de su enfermedad. Era la única que le daba comida a escondidas, después de todo, y con tal de que pudiera seguir durmiendo en mi cama era capaz de ocultar cualquiera de sus travesuras, incluyendo su esporádica coprofagia. Hoy las cosas han cobrado una dimensión distinta, y casi podría decir que escribo para desmoronar esa culpa.

Cuando terminé la lista, cerré el candado de mi cuaderno con una pequeñísima llave de metal y fui al cuarto de mi hermano, desanimada, a retarlo en Super Mario Kart. A Eduardo solía irritarle que me apareciera ahí después de cenar, pero esa noche me convidó de las palomitas que escondía en sus cajones (el ortodoncista se las tenía prohibidas, podrían tirarle los bráquets), me dio chance de escoger al honguito y podría jurar que me dejó ganar. Probamos cada una de las pistas, chupándonos la salsa Valentina de los dedos a cada rato, hasta que escuchamos la reja abrirse y el motor apagarse. Mi madre subió las escaleras más rápido que de costumbre y se cepilló los dientes con excesivo vigor.

Troika en cambio tardó en llegar arriba, sus garras casi acariciando la piedra de cada escalón. Para que no nos regañaran por estar despiertos tan tarde, Eduardo y yo apagamos la luz y no nos movimos hasta que todo quedó en silencio y caminé de puntitas a mi recámara, donde estaba mi perra esperándome con sus ojos bovinos, como

reclamándome el retraso.

No puedo ubicar el momento exacto de 1995 en que el reino de Troika se convirtió en un laberinto intransitable de sillas y legos por el que se paseaba a tientas, desorientada, pero recuerdo que por las mañanas se esforzaba por seguirme el paso hasta el jardín, donde me acercaba una pelota babeada con la nariz o me miraba comer una gelatina verde con la cabeza apoyada en el pasto húmedo. Los jadeos, sin embargo, no cesaban, y para medio día la taquicardia había aumentado tanto que se quedaba echada, sin moverse, hasta entrada la tarde.

Quizá por eso no me llamó la atención verla tan quietecita en su cobija de la cocina aquella noche de muertos, rechazando la comida que le ofrecía por debajo de la mesa. Es que no le gustan las sobras frías de milanesa, pensé, y no la culpaba. Tampoco me extrañó que no ladrara cuando escuchó el silbido del carrito de los camotes ni que se negara a acompañarme a mi cuarto cuando dieron las nueve. Vendría luego, después de su primer rondín. Amaneceríamos juntas como todos los días. En mi mente las perras duraban para siempre.

Pero Troika no volvió a levantarse. Desde esa misma cobija desgastada habrá escuchado, a la mañana siguiente, unas pantuflas atravesar la sala y entrar a la cocina. Sin abrir los ojos, habrá olfateado las tres cucharadas de café vaciadas por mi madre en la prensa francesa, el aroma a cigarro impregnado en su pijama.

Como no hizo ruido, y su rincón quedaba oculto detrás de la mesa del desayunador, es posible que mi madre haya tardado en darse cuenta de que estaba ahí y no en mi cuarto, como solía estar a esa hora. En cuanto la vio, seguramente se habrá apresurado a arrodillarse frente a ella. Me imagino a Troika abriendo un poquito los ojos al sentir esa presencia humana, una capa de piel opaca y amarillenta formando unos segundos párpados inflamados, su hocico cubierto por una delgada película de saliva. Antes de volver a desplomarse, habrá sacado fuerzas de quién sabe dónde para alzar un poco la cabeza, entreabrir la quijada y soltar los primeros acordes de su canción de despedida: un lamento tierno que resuena en mi cabeza como si hubiera estado ahí para escucharlo. Hay recuerdos que tenemos que inventarnos, y en mi imaginación Troika esperaba la muerte del mismo modo en que había recibido la segunda vida que nosotros le ofrecimos: dignamente, sin escándalo ni aspavientos.

Mi madre le cubrió medio cuerpo con la cobija y subió a buscar sus tenis. Supongo que tocó quedito la puerta del cuarto de mi hermano, para no despertarme, y le susurró que la ayudara a meter a Troika al coche, cosa que él habrá hecho con la rapidez y agilidad de las que fue capaz su cuerpo de trece años. Me imagino que bajó a la cocina, la hizo taco en su manta y atravesó el patio llevándola en brazos, hasta el garaje. Para fijarla de manera segura al asiento trasero, habrá puesto mi suéter del uniforme debajo de su cabeza y le habrá acomodado las patas con cuidado, previniendo un frenón intempestivo.

En cuanto vio al Corsar blanco avanzar por la calle desierta y doblar la esquina, Eduardo se metió corriendo para que yo no me asustara al despertar en una casa vacía de madre y de perra. Entró de puntitas a la recámara donde yo roncaba todavía, con la boca entreabierta y una pierna afuera de las sábanas. Cuando abrí los ojos, lo sorprendí mirándome con una ternura impensable en otra circunstancia. Me contó que mi madre había tenido que llevar a Troika al veterinario otra vez y me propuso esperarla en su cama viendo una película, como intentando amortiguar el golpe que se aproximaba.

En la cocina, el pocillo se quedó sobre el fuego hasta que el agua para el café se evaporó por completo y una delgada columna de humo negro dibujó una línea vertical sobre el mosaico de la pared.

12.

Al volver, con la cara hinchada y sin Troika, mi madre nos encontró en pijama, acurrucados, viendo a Macaulay Culkin hacerse pasar por el matón de una película antigua para aterrorizar a un pobre repartidor de pizza.

–Hola, ma –dijimos al mismo tiempo, con la mirada atenta.

–Hola –mi madre se sentó junto a nosotros en la cama y soltó la verdad sin adornos ni rodeos, con la solemnidad que da usar el nombre completo de una persona –niños, se murió la Pérez Troika.

–¿Cómo que se murió? –preguntó Eduardo quitándose de encima el edredón para ir a apagar la televisión.

–Fue en el coche, cuando llegamos al veterinario ya se había muerto. Al parecer fue una intoxicación, puede que se haya comido algo en el jardín, hay muchas plantas venenosas que no conocemos. O que haya tomado detergente o algún veneno. Vaya, hasta chocolate podría ser. ¿O igual una infección tipo salmonelosis? Ya ven que llevaba varias semanas mal, no es algo nuevo.

–Pero Troika nunca come nada que no deba –defendí a mi perra en presente, como si fuera cierto que no robaba nada y como si eso fuera relevante.

–Bueno, es que ni siquiera para los médicos es fácil saber, mi amor. ¿Ustedes notaron que comiera algo diferente en estos días?

Negamos con la cabeza, sin hablar.

–La verdad no sé qué pasó, está muy raro –aceptó finalmente.

–¿Pero por qué muy raro, ma? –preguntó mi hermano con su rocosa voz adolescente.

–No lo sé, Edu. La verdad yo creo que fue un accidente, estas cosas pasan. No sirve de nada darle demasiadas vueltas.

–¿Ah, sí? ¿estas cosas pasan? ¿Los perros se mueren así, de la nada? –el volumen de la conversación iba en aumento.

–Cálmate, hijo –estiró el brazo para sacar la cajetilla de cigarros de su bolsa y encendió uno con agilidad–. Quiero decir que los accidentes pasan. Además, no fue de la nada, ¿cuántas veces hemos terminado en el veterinario últimamente? ¿No viste cómo se puso la otra noche? Ojalá los perritos fueran eternos, pero no es así –Eduardo entornó los ojos al escuchar la palabra perritos, y mi madre se arrepintió de inmediato de ese diminutivo tan innecesario, que en ella sonaba particulamente artificial–. En fin, ni modo de hacerle una autopsia, ¿verdad? ¿Qué ganamos con ponernos a averiguar exactamente qué fue lo que pasó?

–No se trata de ganar algo, ma. Se trata de saber la verdad.

Mi madre guardó silencio ante las palabras de mi hermano, cuyo tono medio telenovelesco no le restaba razón. Puede que hacerle una autopsia a la perra fuera excesivo, pero en el fondo ella estaba de acuerdo con su hijo en que el daño de quedarnos con la duda no era menor. Con un desafiante movimiento de la mano izquierda y sin quitarle la vista de encima, Eduardo se sacudió el mechón de pelo que le caía en la frente y durante unos segundos se comunicaron sin palabras sus preocupaciones compartidas, entre las cuales yo ocupaba el lugar principal. Para cuando mi hermano cedió y bajó la mirada, tuve la sensación de haberlo visto vol-verse adulto ahí mismo, ante mis ojos.

Que Troika se muriera en Día de Muertos me pareció un chiste tan malo que apenas pude poner atención a lo que dijeron después. Me imaginé a mi perra dando sus rondines nocturnos convertida en un fantasma, sus patitas deslizándose unos centímetros a ras del suelo. En cuanto pude, me escabullí hasta mi cuarto a buscar mis pantuflas para bajar a recoger los juguetes y huesos que había regados por la casa, incluyendo una pelota de caucho rojo que le habíamos comprado, ingenuamente, en una de las últimas visitas médicas. Apenas la había mordido un par de veces.

Para cuando puse todo en el altar de muertos y me senté frente a las veladoras, hipnotizada por el movimiento de las flamas, mi madre ya había prendido un segundo cigarro y caminaba de un extremo al otro del patio. En soledad y sin la presión de tener que explicarnos nada, le habrán venido a la cabeza un sinfín de posibles causas de intoxicación, cada una más alarmante que la anterior. Por la reja que daba a la calle cabía sin problema una mano que suministrara el veneno, pero ¿quién, por qué? ¿Qué enemigos podría tener una perra despeinada que no molestaba a nadie? Aún peor le habrá parecido el peligro de que en su casa hubiera una hiedra capaz de causar tales

efectos, y seguramente pensó en llamar al jardinero para pedirle una visita de emergencia. ¿Y si era salmonelosis? ¿Estábamos nosotros en riesgo de contagio?

Con lo que quedaba de aquel segundo cigarro del día, habrá prendido otro y otro, ofuscada por la diversidad de vías de investigación. Unos minutos después le quedaría claro que no era necesario investigar nada, y puede que hasta haya sentido nostalgia de ese fugaz momento de ignorancia.

Imposible saber en qué cigarro iba cuando, a través de la ventana que daba a la cocina, habrá visto a Eduardo sacar de la alacena dos platos hondos, un par de cucharas, el cartón de leche y la caja de Frutilupis y ponerlo todo sobre la charola de plástico que usábamos para llevar la cena al cuarto de la tele. La imagino agitando la mano izquierda para esparcir el humo y acomodarse de paso el reloj en la muñeca: eran casi las diez.

Habrá sentido la mordida del hambre en el estómago, seguida de cerca por la culpa de permitir que sus hijos estuvieran solos y tristes, desayunando cereal azucarado. Vació las colillas del cenicero y se dirigió a la cocina para prepararnos algo más en forma. Seguramente le pareció extraño encontrar el pocillo en la tarja, chamuscado y vacío, pero debe haber sido hasta abrir el refrigerador que la chispa encendió de golpe el charco de combustible: no había visto a Francisca en toda la mañana.

13.

La muerte de mi perra dio por finalizada mi primera infancia, que durante tanto tiempo me había parecido eterna. Recuerdo esto: pasé horas sentada en el piso con las piernas cruzadas, formando un nido para los juguetes de Troika. Me quedé quieta viendo cómo se consumían las veladoras, buscando formas en la cera derramada. Hasta que lo noté.

¿Dónde estaba la foto de Vicente, su paliacate rojo?

Algo en mí se quebró frente a ese hueco. CRAC.

Y habría permanecido así más rato, me habría quedado ahí toda la vida, de no ser porque Eduardo se acercó cargando una charola con dos platos de Frutilupis que nos comimos sin pronunciar palabra.

14.

Mi madre ocultó lo ocurrido durante muchos años: once, para ser exacta. En un principio nos dijo simplemente que Francisca se había ido, no sabía por qué. Prometió que buscaría a su prima para preguntarle si sabía algo y nosotros, abrumados por la pérdida, no preguntamos más. Pero no solo no la buscó, sino que cada vez que veíamos a Inés en la colonia, mi madre hacía que nos cruzáramos a la otra banqueta para evitar toparla de frente. Entre sus palabras y sus acciones se abría la misma distancia que entre esos dos costados de la calle.

Yo igual busqué a Francis durante años, de cierto modo la busco todavía. Varias veces me pareció verla en el mercado o camino a la escuela, y me imaginaba cómo sería su vida en una casa distinta, si ahí los niños la querían tanto como yo, si le daba vísceras de pollo a escondidas a otra perra. Los domingos al mediodía, cuando salíamos por un helado o a comprar flores para llevarlas a casa de mi abuela, fantaseaba con que ella estuviera detrás del mostrador, contando las monedas del cambio. Por algún motivo, pensaba que solo yo sería capaz de reconocerla.

Hasta que la esperanza terminó por disiparse. Quién sabe dónde estaba, pero definitivamente no estaba ahí.

El domingo que siguió a la muerte de la Pérez Troika, mi madre, mi hermano y yo despertamos muy temprano –antes incluso de que empezara En familia con Chabelo–, tomamos tres barritas de amaranto de la alacena y nos subimos al coche con los ojos llenos de lagañas para dirigirnos al Desierto de los Leones, donde depositaríamos sus cenizas. De camino nos detuvimos en la clínica, donde nos entregaron a mi perra en una urna de metal pesado que cabía perfectamente en el morral de manta que yo solía cargar para todos lados.

Antes de entrar al bosque, mi madre nos propuso desayunar quesadillas y caldo de hongos en alguno de los puestos de la entrada, donde ya se congregaba un numeroso grupo de ciclistas citadinos ansiosos de aire fresco. Cuando encontramos, entre el coro de personas que ofrecían alimentos a grito pelado, una mesa que nos gustó, saqué el cofre y lo puse en una de las sillas, como si se tratara

de un comensal más. “No le gusta perderse de nada”, dije clavando la mirada en el menú.

Al terminarnos el café de olla y el chocolate, echamos a andar hasta un punto cerca del arroyo donde los árboles formaban un mausoleo de vegetación perfecto para Troika. Nos sentamos en un tronco caído a beber agua hasta que fue momento de abrir el morral, luego el cofre y finalmente la doble bolsa de plástico anudada con exagerada firmeza, como si, en lugar de cenizas, contuviera una sustancia rebelde que era necesario sujetar.

Me sorprendió ver que los restos no eran el polvo fino y uniforme que las cenizas de los Viceroy rojos de mi madre habían dibujado en mi imaginación. Eso que había en el cofre era polvo, sí, pero también eran fragmentos de hueso y pedazos de algo gris y de algo negro parecido al carbón que le daban al conjunto un aspecto más cercano a la tierra seca que a los residuos de un cigarro.

Mientras mi madre y Eduardo exploraban los alrededores, yo me quedé sentada en ese claro, acomodando los pétalos de una flor amarilla en un montoncito que, visto de lejos, parecía una minúscula fogata encendida sobre el lodo.

No pude resistir la tentación de hundir los dedos en la bolsa de cenizas, olerlas, untármelas en los brazos y probarlas con la punta de la lengua. Pensé en Francisca, que fingía no darse cuenta cuando yo hacía cosas raras para no hacerme sentir expuesta. Luego me enfoqué en cavar un pequeño agujero junto al árbol más bonito que tenía a la vista: un fresno de corteza grisácea que se alzaba luminoso por encima de sus compañeros. Para cuando mi familia se dio cuenta, casi había terminado de enterrar la carne chamuscada de mi perra y le hablaba en voz baja a su tumba, como le hablé tantas veces en el jardín de mi casa. No he dejado de hablarle desde entonces.

Si bien era difícil de creer que el fuego hubiese reducido a Troika a algo que se puede vaciar en un agujero, tenía sentido imaginarla vuelta una con la tierra. La idea de desaparecer siempre me había resultado tentadora: debajo de las cobijas, entre la gente que escoge jitomates en el mercado, en la punta de las olas que intentaba domar los veranos de playa. Que aquel cuerpo amado se mezclara con gusanos y hojas y sol y lluvia hasta disolverse por completo me pareció un destino envidiable.

Al verme sentada en el suelo, Eduardo se acercó a darme un abrazo y me ayudó a juntar más flores amarillas para hacer una lluvia de

pétalos. Caminamos de vuelta al coche tomados de la mano, sin soltarnos siquiera en los pasajes estrechos en los que las ramas nos arañaban la cara y los calcetines se nos llenaban de abrojos. Nos subimos al coche cubiertos de tierra y mi madre nos dio permiso de andar así durante todo el día.

Al cabo de unas semanas llegó Guille, una mujer delgada de cabello corto que le tenía miedo a los perros. Trabajaba de entrada por salida, y solo se quedaba hasta tarde si mi madre tenía un compromiso. En mi casa, la madera dejó de crujir, el viento dejó de chiflar y los aparatos eléctricos volvieron a funcionar con normalidad, incluso mejor que antes de descomponerse, o al menos eso nos pareció a mi hermano y a mí, que notábamos que la tele brillaba con más ganas cuando no había necesidad de pararse a darle golpecitos a cada rato.

15.

Una vez enterradas las cenizas y contratada una nueva trabajadora del hogar, la verdad quedó establecida de la siguiente forma: Troika llevaba meses comiendo cosas de la alacena y eso fue lo que la mató (una gastritis aguda, dijo mi madre, y me pareció una palabra ridícula). Francisca llevaba esos mismos meses planeando renunciar, pero no encontró el momento ideal para decirlo, o tal vez el momento ideal se presentó y ni así se atrevió a hacerlo. Por eso se marchó sin despedirse y ni se enteró de que la perra se había muerto. En resumen, la tragedia había sido resultado de las malas mañas de Troika; que coincidiera con la partida de Francisca, una simple casualidad.

No me creí esa mentira, aunque tampoco logré inventarme otra historia más lógica. Los meses de debilitamiento de Troika quedaron asociados, en mi cabeza de niña de ocho años, con las ojeras de Francisca y su cansancio general de aquellos meses, pero no lo suficiente como para establecer entre esos dos fenómenos una relación de causa y efecto. Eso sí: la sensación de haber sido traicionada fue aguda. Estaba furiosa con mi perra por morirse y con Francisca por dejarme sola cuando más la necesitaba.

Unos días después de enterrar las cenizas de Troika, mi madre nos propuso comprar una tortuga. Yo me hice la sorda y seguí comiendo mi huevo estrellado como si nada, pero la idea pareció divertirle a Eduardo, que en esa época estaba obsesionado con las Tortugas Ninja (las Tortugas ninja adolescentes mutantes, decía él de corrido sin tomar aire, los bráquets llenos de comida). Argumentó que era su turno de escoger mascota y terminé por darle la razón, a fin de cuentas una tortuga no le hace daño a nadie y la posibilidad de un perro nuevo tampoco me convencía. No era solo que Troika fuera irremplazable, sino que no entendía qué le había pasado y no habría soportado que su suerte se repitiera. Tenía la cruel impresión de que en mi casa los perros podían morirse de la nada, que había algo malo con nosotros, más específicamente conmigo. Una tortuga, en cambio, tenía su caparazón para esconderse, y como el dueño oficial sería mi hermano y no yo, quizá correría con mejor suerte.

De modo que accedí. Un par de semanas después, al arrancar diciembre, fuimos al mercado de flores de San Ángel a comprar el árbol de Navidad y aprovechamos para pasar a la tienda de mascotas

por cuatro tortuguitas japonesas –cabían todas juntas en la mano de mi madre– a las que Eduardo bautizó, naturalmente, como Leonardo, Miguel Ángel, Donatello y Rafael.

Desde el día uno me parecieron animales aburridísimos con los que no se podía convivir demasiado. Intenté darles de comer un par de veces, pero no acudían a mi llamado y los churritos de alimento, al remojarse, terminaban confundiéndose con cacas y enturbiándoles el agua. Luego se me ocurrió sacarlas al jardín y me fue un poco mejor, o eso creí, porque en cuanto las puse sobre el musgo estiraron cuello y patas para sentir el rayo del sol. Parecían contentas. Pero en cuanto me distraje, una de ellas –imposible saber cuál, aunque mi hermano dijera que distinguirlas era facilísimo– reptó hacia los helechos a insólita velocidad y la encontré una hora después, con medio cuerpo sumergido en la tierra húmeda. Su intento de fuga me cayó bien y me resultó comprensible, pero me dio tanto miedo que Eduardo se enojara conmigo que nunca volví a sacarlas.

Para ser honesta, la presencia de las tortugas hubiese pasado desapercibida para mí de no haber sido porque, una vez a la semana, mi madre nos convocaba a reunirnos en el patio para limpiar su tanque y nos permitía frotarles el caparazón con un cepillo de dientes viejo. Ese ritual me fue sanando, a lo mejor por el olor tan peculiar de nuestros reptiles, o por el silencio y la delicadeza que exigía dibujar circulitos en esa superficie rugosa y viva. Dudo que mi madre haya considerado el potencial terapéutico de la tarea que nos imponía, mas lo tuvo, y aquel sosiego fue abriendo el espacio para admitir a otro perro en casa.

16.

El día que cumplí nueve años, apareció junto a mi cama una caja de cartón con un moño gigantesco y rosa. En un gesto medio peliculesco y muy poco característico de ella, mi madre eligió entregarme así un cachorro de labrador color marrón que había conseguido a través del mismo veterinario que no pudo salvarle la vida a Troika. En el criadero le habían puesto Canelo, pero esa misma noche, cuando tapizó el piso del baño de visitas con papel higiénico, Eduardo propuso rebautizarlo como Regio y yo accedí.

Desde el principio me encantó su atrevimiento y estuve muy poco interesada en educarlo. La muerte de mi perra me había convertido en una niña revoltosa, urgida de mostrarle al mundo mi desacuerdo con él, y la llegada de Regio marcó la cumbre de mis problemas de comportamiento.

Empecé por resistirme de modo pacífico: me encerraba en mi cuarto con plumones, lápices de colores, crayolas y acuarelas a dibujar a mi perra en los lugares que me imaginaba que estaría visitando –la fábrica de galletas a la que había ido con mi salón, por ejemplo– o escribiéndole largas cartas en las que hablaba pestes de la humanidad en general. Mi mamá, mi hermano, mis abuelos, mis maestros y mis amigos de la escuela están muy bien, pero no son perros.

Luego las protestas arreciaron. Sin paseos al parque, mi consuelo era revolcarme en la tierra con Regio, y al volver no había manera de convencerme de tomar un baño o dejarme peinar. Si mi mamá se demoraba en llegar de la oficina, veía la tele hasta la madrugada y al día siguiente no atendía el despertador, y apenas tenía tiempo de darle dos bocados a una quesadilla fría y salir corriendo a la escuela. Como nadie supervisaba que hiciera la tarea, dedicaba las tardes a memorizar groserías y componer con ellas desquiciantes villancicos. Pendejo sobre pendéeejo, y sobre pendejo ooootro, asómate a la ventaaaana, pinche culeeero pendeeejo. ¡Belén, pendejo de Belén!

La presencia subversiva de Regio me hizo sentir tan poderosa que un día le aventé a José Antonio Lara su lonchera de Kero Kero Keroppi a la cara porque llevaba toda la mañana sacándome los tazos de la mochila. El golpe no llegó a lastimarlo, y que el termo de agua de jamaica se derramara entero sobre sus cuadernos no me pareció una gran pérdida para nadie. Pero la maestra dijo que ese no era el punto

y me entregó la boleta de conducta semanal, cuyo color rojo brillante indicaba que estaba reprobada.

Acostumbrada a las travesuras de Eduardo, y considerando los años que yo llevaba siendo una alumna ejemplar, hasta el momento mi madre había ignorado mis groserías. Respetaba demasiado mi autonomía como para imponerme un castigo absurdo y en el fondo sabía que cualquier cosa que dijera podría resultar en un contragolpe que la dejara entre la espada y la pared. Fue hasta que la mandaron llamar de la escuela que tuvo que doblar las manos.

–Su hija lleva meses así, sin embargo, lo que pasó hoy ya es inadmisible –anunció, decepcionada, la voz nasal de la directora Vilchis de Rodríguez, una mujer de cabello entrecano relamido en una cola de caballo inquietante de tan perfecta. En la sala de juntas estábamos también Miss Lety, mi madre y yo, pero solo hablaba la señora Vilchis, deteniéndose con tal minuciosidad en los pormenores de mis recientes episodios de indisciplina que hasta parecía disfrutarlos.

–Incluso aceptando que el muchachito Lara la haya provocado, sus burlas no pueden compararse a lo que hizo Andrea. ¿Se imagina usted, señora, que el tenedor de la lonchera hubiera ido a parar en la cara del pobre de José Antonio? Habría podido perder un ojo.

Como si la pregunta no fuera puramente retórica, la señora permaneció en silencio un momento incómodo y breve, para darle a mi madre la oportunidad de responder. Pero ella no dijo nada.

–¿Tienes algo que decir en tu defensa, Andrea? –intervino Miss Lety para romper el hielo. Cuando yo estaba por empezar a relatar los acontecimientos que habían conducido a la crisis, mi madre decidió intervenir, temerosa de que hablara de sucesos paranormales y muertes sospechosas frente a las autoridades escolares.

–Gracias por ponerme al tanto de la situación, voy a considerar pedir ayuda de un especialista.

Aunque lanzó el comentario en tono sarcástico, no mentía. De hecho, la única razón por la que no me había llevado con un psicólogo era porque no había tenido oportunidad de consultarlo con mi padre, que para entonces llevaba casi tres años fuera de México. No solía pedirle a su exmarido permiso para nada, pero el costo de mandarme con un terapeuta habría desequilibrado sus finanzas, dando pie a una charla que se desviaría de los asuntos tratados en sus esporádicas

llamadas telefónicas: “Los niños están bien, necesito que me deposites la pensión, adiós”. Un par de años antes, el tema de los bráquets de mi hermano había detonado una pelea campal de la que mi madre apenas se estaba recuperando. Supongo que quería evitar a toda costa que la situación se repitiera.

Justo cuando la señora Vilchis terminó de escribir en un papel una lista de psicólogos infantiles de su confianza, la chicharra del recreo la distrajo de la reunión y el patio se llenó de pequeñas piernas en movimiento. Ese día no volví al salón, se supone que como castigo. Mientras los adultos se despedían, recuerdo haber visto a José Antonio aventando bolas de papel de baño mojado a la cancha de futbol, sonriendo con sus dientes chuecos. Me subí al coche y azoté la puerta sin decir más.

–Ma, ya no quiero ser karateca –anuncié finalmente cuando llegamos a los pollos rostizados que quedaban en la esquina de la casa, y a los que mi madre recurría para alimentarnos varios días a la semana desde la partida de Francisca.

–¿A poco no? ¿Y eso?

–Me parece una tontería que no sirve de nada.

–No sé si sirva de algo, pero te gusta mucho y eres muy buena. ¿Te acuerdas que hace poco partiste la tabla de una patada en el jardín? Eso te gustó, ¿no? ¿Cuando todos te aplaudieron?

–Estuvo bien.

–¿Ya ves? A ver, recuérdame cómo van los números en japonés. Ichi, ni, san…

–Uy, ya se me olvidaron.

–Pues qué mala memoria tienes.

–Sí, ¿verdad? Desde que Troika se murió todo me parece mal –concluí en un tono sentencioso copiado de algún adulto, probablemente de Miss Lety, porque no hablaba con nadie más.

Mi madre aceptó mi renuncia a las artes marciales con la misma naturalidad con la que antes me había inscrito a la academia del profesor Park. De un día a otro dejamos de ir a aquel salón con piso de duela y rodeado de espejos que siempre olía rico, porque justo abajo estaba la cocina de un restaurante de ramen.

–Ni te preocupes, ma. Eduardo seguro sí llega a cinta negra –añadí sin piedad antes de tomar de la repisa de la pollería una bolsa de papas fritas tamaño familiar. La abrí sin esperar a que estuviera pagada, tomé la papa más grande y la mastiqué tan ruidosamente como pude.

17.

Al principio ni yo misma tenía claro qué era exactamente lo que extrañaba: si a Troika o a Francis o al universo paralelo que formábamos las tres juntas. Estaba aburrida y sola, eso lo sabía. Hasta que la rutina hizo lo suyo, con sus lunes de honores a la bandera y sus ocasionales domingos de hot cakes bañados en miel de maple. Al cabo de un par de meses, la casa se llenó otra vez de esferas y lucecitas parpadeantes. Ese invierno, en la fiesta anual del periódico, mi madre conoció a Jaime, el pintor de cabello rizado y orejas inusualmente pequeñas que se convertiría en nuestro padrastro y en el padre de mi hermana Paulina.

Más que un flechazo, la primera noche fue un piquete de alfiler. Varios amigos en común llevaban tiempo queriendo presentarlos, pero durante la reunión él no mostró demasiado interés en conquistarla, o al menos eso pensó ella. Se limitó a permanecer a su lado en silencio, acercándole galletas Ritz y espárragos envueltos en tocino, y mantuvo su copa de vino llena sin intercambiar opiniones sobre la reelección de Clinton y el secuestro del vuelo 961 de Ethiopian Airlines. No intentó hacerla reír ni buscó pretextos para que sus manos se rozaran con delicadeza al pasarle una servilleta para los canapés.

Mi madre intuyó que la charla fluiría mejor en un ambiente menos bullicioso y se quedó con ganas de volverlo a ver. Así que cuando Jaime la llamó por teléfono unos días después, ella le propuso encontrarse el domingo por la mañana en Los Geranios, un café de Coyoacán cuyas carretas antiguas cargadas de flores le parecieron adecuadas para el espíritu bohemio de su pretendiente. Tenía razón.

Quién sabe qué pasó en ese desayuno, pero a los pocos meses Jaime llegó a conocernos en una pickup medio destartalada en cuya parte trasera, junto con varias bolsas grandes del mandado, venían dos imponentes pastores alemanes en actitud curiosa y formal, como si supieran que en el futuro próximo los habitantes de aquella casa nos sumaríamos a su familia de tres. Era febrero y Jaime traía puesta una chamarra de leñador con manchas de pintura que, en conjunto con el pelo revuelto y las botas desgastadas, le daban una apariencia de artista incomprendido que a mí me pareció simpática y a Eduardo le provocó una desconfianza que no se esforzó en ocultar.

Al abrir la puerta los perros se quedaron quietos, esperando la

indicación de bajar.

–¿Cómo se llaman? –le pregunté desde el otro lado de la reja, tomando los barrotes con ambas manos.

–La más grande es Golondrina, le puedes decir Golo. Y el otro es su hijo, Kafka –respondió él, y luego nos hizo una pregunta cuya respuesta probablemente ya conocía–: ¿y a ustedes les gustan los perros?

–Sí me gustan –me apresuré a contestar, esquivando la mirada flamígera de mi hermano.

–¿Y tienes uno?

–Sí, Regio. Antes estaba la Pérez Troika y luego se murió.

–Bueno, pues ahora ya tienes tres –al buscar a mi madre con el rabillo del ojo, Jaime se topó con una sonrisa de cuerpo entero que lo estremeció.

Aunque no hay nada tan ajeno como el amor de otros, la escena se me quedó grabada: una frase subrayada en la página de un libro al que vuelvo para comprobar que las palabras no se han movido de lugar.

Sobre aquella visita ella nos había dicho poco –hoy va a venir a comer un amigo, les pido que se comporten–, pero nosotros sabíamos que no solía invitar a nadie a la casa, mucho menos en domingo, muchísimo menos con dos perros. Era obvio que se trataba de alguien importante.

Para darles a sus acompañantes la instrucción de que bajaran de la camioneta, Jaime emitió un chiflido corto y agudo que ellos obedecieron sin chistar. Ya dentro de la casa, mi hermano y yo no tuvimos de otra que abandonar nuestro puesto de vigías de la reja y saludar al invitado frente a frente. Los perros olisquearon la cocina antes de sentarse en el rincón detrás de la mesa del desayunador, en donde la cobija de Troika, que ahora Regio ocupaba con sus veinte kilos de rebeldía, marcaba su territorio desde el más allá.

Sin prestarle atención al labrador que roncaba a su lado ni dejar de rascarse los olores nuevos del hocico con la pata, Golo observaba atentamente a su amo, que para entonces ya había servido dos copas de vino blanco y sacaba uno a uno los ingredientes de las bolsas: pasta, camarones, ajo, albahaca fresca, queso parmesano, piñones, una

botella de aceite de oliva para el pesto y dos litros de helado que mi madre guardó sin preguntar de qué sabor eran, cosa que me pareció una barbaridad muy típica de ella. Habría podido abrir el congelador yo misma para averiguarlo, pero estaba entretenida conociendo a mis nuevos perros y aplicando mis mejores trucos para que Kafka me diera la pata o se echara panzarriba.

Eduardo nos observaba sentado en un banquito que le quedaba demasiado chico. Se sentía aliviado de que alguien nos salvara de otro fin de semana de sándwiches de atún o pollos rostizados, pero faltaban todavía muchos meses para que aceptara su presencia y otros más para que fuera capaz de darle las gracias abiertamente por prepararnos de comer o por llevarnos de vacaciones.

Yo en cambio acepté a Jaime de inmediato y sin preguntas. Su manera de caminar me hacía reír y me gustaba que se vistiera siempre igual, con la chamarra empanizada de pelos con la que me cubría cuando me quedaba dormida viendo la televisión. Además, me proponía los mejores planes, a los que ni mi madre ni mi hermano estaban invitados por la simple razón de que nos habrían rechazado.

¿Y si vamos al super a comprar distintos tipos de papitas y chamoy para ver una película? ¿Quieres salir con los perros a la lluvia y llevamos champú al parque para bañarlos? ¿Te gustaría poner periódico en el patio y hacer unas pinturas tipo Pollock para reemplazar las que tu mamá tiene colgadas en la sala, que son aburridísimas?

Yo le decía "Estás loco, ¡loco!", y aceptaba muriéndome de risa, muy consciente de mi buena suerte. Puede que Jaime haya llegado tarde a mis dibujos escolares, pero llegó a tiempo a todo lo demás y yo lo quise no como a un verdadero padre, porque a mi verdadero padre lo apreciaba apenas. Entre nosotros se levantó un vínculo más merecido, atravesado por menos esfuerzos. Nos quisimos con un amor libre, como se quieren los amigos.

Mi madre supo que estaba embarazada dos años después. Fue inesperado mas no sorpresivo, pues llevaba semanas mareada y sintiendo que le apretaba el brasier. Como acababa de cumplir 41 y según su ginecólogo atravesaba una especie de menopausia precoz, nunca consideró el riesgo de concebir. Hasta que un día le reventaron palomitas de maíz por dentro mientras se comía un helado de chocolate.

De camino a la farmacia por una prueba de embarazo, no dejó de pensar en todos los síntomas que había ignorado (pies hinchados, estreñimiento, encías sangrantes). Se sentía empequeñecida y maravillada, invadida por un horror perfecto. El resultado positivo de la prueba casera fue confirmado con un análisis de laboratorio que, además, reveló niveles de hormona gonadotropina consistentes con un periodo de gestación de veinte semanas. Llevaba más tiempo embarazada del que faltaba para que mi hermana naciera.

Para ese momento nuestra familia –cada vez menos Sánchez Castro y más Silva Castro– había dado el enganche para una casa a las afueras de la ciudad, o lo que se sentía como las afueras de la ciudad para personas que habían pasado la vida entre asfalto y claxonazos: la zona boscosa de Tlalpuente, cerca del Ajusco. En esa casa rodeada de encinos no hubo fantasmas, solo el llanto feroz de una recién nacida.

18.

En las fotografías de mi infancia aparecen personas que ni mi hermano ni yo reconocemos, caras parecidas a las nuestras que, sin embargo, no significan nada para mí. Pero no aparece Francis. ¿Cómo es posible que a mi madre, obsesionada con la cámara fotográfica, no se le haya ocurrido tomarnos una foto juntas durante las infinitas tardes de recoger piedras y clasificar bichos, que no haya pensado que esos momentos ameritaban ser capturados? O quizá lo hizo y luego recortó su silueta y la tiró a la basura como si nada, junto con los pedazos del padre de sus hijos y de esa examiga suya a la que se refería como doña Judas.

Si mi madre recordara dónde guardó los álbumes, examinaría cada imagen en busca de su chongo perfecto, un pedazo de delantal captado por accidente. Me bastaría con su rostro en segundo plano, un brazo a lo lejos, para imaginar el cuerpo recortado del encuadre.

Pero no. A veces tengo la sensación de haber hecho el pacto colectivo de olvidarla.

¿Con qué se ataba el cabello? ¿Tenía rutinas, ideas fijas, era zurda? ¿Cruzaba las piernas al sentarse? ¿Se bañaba por la mañana o por la noche, a qué olía su jabón? Si había demasiada cola en la tiendita, ¿esperaba o prefería volver después? ¿Usaba guantes para lavar los trastes, como mi madre, o prefería no hacerlo, como yo? Y lo más importante: ¿habría sido capaz de hacerle daño a Troika? No recuerdo si le gustaba la lluvia, si era afinada al cantar, si tenía constelaciones de lunares en el cuello. Más allá de las escenas que necesito para construir los andamiajes que sostienen esta historia, Francisca está borrosa, mal dibujada como caricatura antigua.

Con la esperanza de que alguien más perspicaz que yo me ayudara a resolver el misterio, conté tantas veces el mismo suceso que terminé por inventarlo: lo adorné con detalles de libros y películas, sumé y sustraje personajes a mi antojo, cambié el orden de modo que la historia se volvió una prueba irrefutable de que un recuerdo puede dotar a alguien no solo de vida eterna, sino de infinitas vidas paralelas.

Jaime ponía atención en los pormenores de la muerte de Troika sin exigirme lógica ni coherencia. Comprendía que extender la

conversación era extender las posibilidades de que las cosas hubieran sido distintas, porque la memoria es una segunda oportunidad. Fue ese permiso para poner mi vida en otros términos lo que me permitió sentirme a gusto en ella. La Verdad con mayúscula, sin embargo, se difuminó tanto que apenas distingo invención de realidad si me asomo en esa nostalgia espesa.

Los años con Troika fueron cobrando la nitidez artificial de los recuerdos que se transforman de tanto hurgarlos: el consultorio del dentista, con sus espejitos redondos y su flúor sabor a plátano, o la taquilla de La Linterna Mágica, donde, si medías menos de un metro, parecía que las manos del adulto que recibía el dinero estaban flotando.

Después siempre tuve perros cerca, perros sobre los que podrían contarse historias más felices que la que estoy contando ahora. Algunos aparecieron de la nada, otros llegaron en forma de regalo y hasta tuvimos un border collie de criadero, finísimo, que tenía un tatuaje por dentro de la oreja y al que alguna vez estuvieron a punto de secuestrar afuera del súper.

Troika fue la primera, y me enseñó lo que significa la verdadera compañía. A partir de entonces nunca estuve menos sola que cuando estaba sola.

A Golondrina le gustaba nadar en el río de Los Dinamos.

Lula se comía paquetes enteros de salchichas (murió de una oclusión intestinal provocada por tragarse a Polly, la tortuga japonesa de Paulina).

Regio era aficionado a las conchas de vainilla y se mordía las uñas.

El Cheskie tenía una alergia en la piel y había que untarle bloqueador en el hocico hinchado y pelón antes de salir al parque, donde por cierto alguna vez se soltó de la correa y se le fue encima a Onyx, un perrito de ojos saltones. El Cheskie se salió tanto de control que temimos que se hubiera vuelto definitivamente loco. Pero la cosa no pasó a mayores, porque su víctima logró salir triunfante del ataque quedándose inmóvil, como los tlacuaches.

A Trufa no le gustaba andar con correa, y se escapaba de la casa de Tlalpuente durante periodos tan largos que una vez salimos en la bicicleta a pegar carteles que ofrecían jugosas recompensas a cambio de noticias sobre su paradero. Al cabo de unos días, una mujer llamó para preguntarnos por qué estábamos buscando a su perra. Al parecer,

Trufa tenía otra casa, en la que era conocida por el cuestionable nombre de Maryloly. Por sugerencia de Jaime, dejamos que siguiera yendo y viniendo. La recibíamos con gusto cuando volvía a casa, pero si nos la encontrábamos en la calle atada a la correa de otra persona ni siquiera la volteábamos a ver, para no ponerla en evidencia.

19.

En las décadas que siguieron a la muerte de Troika pasé tiempo junto al mar, aprendí a bailar salsa, me drogué con entusiasmo, acepté regalos que no debí haber aceptado, me puse delineador, comí litros de helado de una sentada, me miré obsesivamente al espejo, me exprimí algunos granos y tapé otros con maquillaje, lavé montones de platos sucios, asistí a conciertos masivos, cociné para mí misma y luego para alguien más, sentí el arrastre del deseo, leí libros cortos, libros largos y libros demasiado largos, cogí con hombres y con un par de mujeres, desperté sola y luego desperté en compañía hasta habituarme a la presencia de un cuerpo palpitando junto al mío. Sentí que el estallido de juventud me iba a durar toda la vida, hasta que un día supe que estaba equivocada.

Todo cambió el verano del primer episodio de mi madre. Yo acababa de terminar la preparatoria, y opté por tomarme unos meses para pensar si quería estudiar Arquitectura o Artes plásticas. Mi amiga Gaby, que se había mudado a Madrid con sus padres unos años antes, insistía en que fuera a visitarla. Mi madre no quería que yo fuera sola a Europa, pero a Jaime le entusiasmaba el efecto que el Museo del Prado y el Reina Sofía tendría sobre mi futura vida profesional. Convencido de que ver Las meninas y El jardín de las delicias en vivo y a todo color inclinaría la balanza hacia la pintura, me animó a aceptar la invitación de Gaby y ahorró durante meses para regalarme el viaje. El día de mi graduación apareció en mi buró un sobre de papel manila con el boleto de avión, algo de dinero en efectivo y una nota escrita a mano: ¡Me saludas a mis amigos: Francisco, Pablo y Diego! Mi madre no tuvo más que resignarse.

Ahí estaba, secándome el pelo con una toalla en el departamento minúsculo de mi amiga en Madrid, cuando una campanita anunció que había un mensaje en mi bandeja de correo. Lo abrí mientras me desenredaba el pelo con los dedos.

Las primeras líneas rebosaban la severidad afectuosa que le había dado forma a lo que mis hermanos y yo entendíamos por intimidad. En ellas, mi madre me contaba las más recientes novedades de la familia: la novia de Eduardo por fin había ido a comer a la casa y era linda, aunque sin chiste; Paulina andaba con la idea de pintarse el pelo de azul, seguro por influencia de los videos que se la pasaba

viendo en YouTube; el sábado ella cumplía cuarenta días sin fumar y francamente su calidad de vida no había mejorado, si acaso se sentía peor. Jaime estaba bien, pero últimamente le daba por pintar en la sala y dejaba la casa entera oliendo a aguarrás. Luego había un par de fotos de Regio, que para entonces ya tenía diez años, retozando con Paulina en el jardín. Al final, una nota agregaba lo siguiente:

Por cierto hija, ayer fui a Coyoacán a recoger unos libros a casa de Luz Emilia y no vas a creer a quién vi. A Francis. Sí te acuerdas de ella, no? una señora de Veracruz que trabajó en la casa cuando ustedes eran niños. Se me hace que estaba con su hijo, pero no supe porque no me dio tiempo de acercarme a saludarla. Creo que en el fondo nunca le perdoné lo que le hizo a la Pérez Troika. Bueno, ella sufría mucho, lo que le pasó a su familia no se lo deseo a nadie. Pero la perra qué culpa, estás de acuerdo? Igual me dio gusto verla. Parecía contenta, con ese chongo alto que usaba y que tanta envidia me dio siempre. Quería contarte, yo sé que la querías mucho. Regresa pronto hija, que los perros y tus hermanos te extrañan y nosotros tus papás también.

Sentí un golpe seco en el estómago. Fue un instante decisivo, un momento de esos en los que las cosas dejan de ser lo que eran, aunque es probable que muchos momentos sean así y no nos demos cuenta o lo notemos solo en retrospectiva. Preguntarme si me acordaba de Francis era como preguntarme si el agua moja. No sé qué me indignó más, si los años de ocultamiento, la traición que el mensaje sugería o la violencia de una revelación hecha tan a la ligera, como si la muerte de Troika hubiera sido una trivialidad.

Creo que en el fondo nunca le perdoné lo que le hizo a la Pérez Troika. En cuestión de segundos, la oración trazó una frontera entre mi madre y yo, entre Francisca y yo, entre el pasado y yo. Lo que le hizo a la Pérez Troika. Esa verdad a destiempo fue un juguete largamente esperado que no incluía las pilas para hacerlo funcionar.

Pensé responderle a mi madre con una extensa y detallada lista de las maneras en que ese secreto me había herido, gritarle por teléfono que la odiaba (no sería la primera vez) y aprovechar la oportunidad para reclamarle otros silencios igual de dañinos. Pero me quedé inmóvil en la pequeña mesa del comedor, arrancándome un pellejito de la uña hasta sacarme sangre.

–Qué traes, ¿eh? –me preguntó Gaby, que llevaba todo ese tiempo recogiendo los platos del desayuno–. Tienes cara de que viste un muerto.

–Vi dos –le dije, y en cuanto se metió a bañar aproveché para buscar a mi hermano en el messenger de Hotmail. Como no estaba conectado, le dejé un mensaje:

Edu, no me lo vas a creer. me acaba de escribir mi mamá para contarme que vio a Francis en la calle y de la nada insinuó que ella tuvo algo que ver con lo que le pasó a Troika. Crees que sea cierto?? Me lo dijo como si fuera la cosa más obvia del mundo, en una de esas ya hasta se le olvidó que en su momento se hizo mensa con eso, por más que le preguntamos. tengo ganas de buscar a Francis para preguntarle qué pasó, tú me ayudarías? Mamá tendrá todavía el contacto de su prima Inés, la que vivía por la casa? Me urge. Seguro tú puedes asomarte a su bolsa más fácil, de ti nunca sospecha nada malo. Por favor escríbeme cuando leas esto. Es urgente, Eduardo, POR FAVOR no me vayas a dejar colgada!!

Cuando Gaby salió del baño yo seguía en pantuflas, tecleando a toda velocidad. “¿Sí quieres ir o te vas a quedar chateando?”, me preguntó mientras acomodaba en su mochila una guía Lonely Planet y una botella de agua. Cerré la computadora y me apuré a ponerme los tenis para salir a una ciudad que en mi imaginación sigue cubierta de niebla, aunque lo más probable es que ese día de verano el sol haya brillado fuerte sobre las seis columnas corintias de la fachada del Museo del Prado.

Troika se me apareció al ver el Perro semihundido, ese fantasma que Goya pintó directamente sobre la pared de una de las habitaciones de la planta alta de la Quinta del Sordo, la casa de campo a las afueras de Madrid en la que se refugió del mundo en 1819. Dicen que enloqueció en aquel lugar, y yo creo que hubiese enloquecido más de haber visto al barón D’Erlanger arrancar con sus propias manos esos murales cuando compró la propiedad varios años después. De niña mi madre me juraba que no era posible quedarse atrapado dentro de una pintura, y sin embargo el perrito quedó en ese lienzo de fondo ocre, totalmente oculto a excepción de su cabeza.

¿Su cuerpo se hunde o más bien se asoma? ¿Hacia dónde apunta su

hocico realmente, qué mira con tanta curiosidad? De no haber sido por las fotos que Jean Laurent tomó en la Quinta en 1874, no sabríamos del par de pájaros al vuelo que había a su lado izquierdo en la pintura original. Puede que en el fondo no sea un perro a punto de hundirse, derrotado, sino un perro común y corriente; es decir, un perro feliz.

Supongo que mi hermano leyó el mensaje esa misma noche, pero no me contestó. No me sorprende, siempre ha hecho lo posible por darle por su lado a mi madre, y el potencial conflicto le habrá abrumado. ¿En qué momento se me ocurrió pedirle que se asomara a su bolsa sin permiso? Eduardo nunca haría algo así.

Para cuando volví a México el coraje había disminuido y mi plan de continuar con el reclamo perdió ímpetu. Lo más que hice fue buscar yo misma el número de Inés en un directorio viejo para intentar llamarle, pero ya no trabajaba en la casa del portón de madera y las personas que vivían ahí le habían perdido la pista. También encontré el teléfono de la casa de Francis en Tlacotalpan y le marqué un par de veces, pero sonó ocupado.

Con los días, la curiosidad mermó. Terminé por abandonar la investigación, puede que en el fondo no estuviera preparada para sustituir el espejismo de Francis por la Francisca de carne y hueso que estaría del otro lado de la línea telefónica. Decía recordarla, pero si alguien me hubiera preguntado cómo era, no habría sido capaz de describirla con demasiado detalle. Ni siquiera tenía una imagen suya como prueba, ninguna herramienta de reconstrucción.

20.

Todo lo que mi madre ha perdido hasta ahora –la orientación, la posibilidad de llevar una agenda, las horas de sueño continuo– ha aparecido en otro sitio, como esos videojuegos donde un túnel te transporta a otro universo en un segundo. Si no recuerda el nombre de alguien, hace las preguntas necesarias para que otra persona lo mencione. Si se confunde de fecha, acomoda su agenda de modo que nadie lo note. A veces olvida una palabra y prefiere decirla en inglés, lo cual a Eduardo y a mí en un principio nos parecía irritante, mas no sospechoso. Tardamos demasiado en darnos cuenta.

Desde que volví de viaje, ella ha intentado sacar el tema de Francisca un par de veces, pero yo me he mantenido firme en mi decisión de hacer como si su correo no hubiera existido. Tal vez necesita expiar su culpa, o puede que simplemente no recuerde si ya lo hablamos y solo sienta el peso de la deuda pendiente, porque a veces menciona a Troika al tanteo para ver cómo reacciono y se queda mirándome con ganas de darme una explicación.

Las cosas entre nosotras cambiaron y ha empezado a tener gestos extraños, como subirme un jugo de naranja a mi cuarto por la mañana o sugerir que salgamos a desayunar juntas. "Yo invito", dice con una sonrisa recién estrenada que me desconcierta y me conmueve. Me siento una niña, o puede que sea ella la que se está haciendo pequeña, más pequeña que yo. Sí: es ella la que está sacudiéndose la edad, suavizando las partes más rugosas de su temperamento. La vida de mi madre es una calle en sentido contrario.

Cuando finalmente me decidí por estudiar Arquitectura y entré a la universidad, insistió en llevarme a clase de siete cada mañana, para asegurarse de que me sentía cómoda manejando el coche de velocidades de Jaime (que por supuesto estaba devastado, sus esperanzas estaban puestas en mis nulas habilidades artísticas).

–¿Me puedes recordar dónde es exactamente que te tengo que llevar? –me preguntó una mañana entrecerrando los ojos, deslumbrada por un sol imaginario. Me pareció raro, pero hasta cierto punto comprensible. Pese a la insólita generosidad de madrugar para exprimir naranjas, los años en Tlalpuente la habían vuelto huraña, despistada.

–¿Cómo que a dónde? Que yo sepa la UNAM sigue donde la dejamos ayer –le contesté burlona, concentrada en arrancarme el barniz de uñas.

–Ah, claro, la UNAM. Cómo no voy a saber, si es mi alma máter –puso su direccional a la derecha, muy convencida, pero se dirigió exactamente al lado opuesto del Periférico, rumbo a Xochimilco. Habíamos salido media hora tarde, otra vez no iba a llegar a clase.

–¡Qué onda, ma! Es para el otro lado. Ya concéntrate.

–No seas insolente –salió a la lateral, se orilló y frenó en seco, despertando la rabia y los claxonazos de los automovilistas que venían atrás. Con el pretexto de ver qué tan bien manejaba, me pidió que tomara el volante y lo hice de mala gana. Cuando llegamos a la facultad y me bajé del coche, ella se quedó sentada en el asiento del copiloto, sin moverse. Usó su último soplo de energía para decirme que no sabía dónde estaba.

–Debe ser que desconoces la ciudad, ¿no? –Me avergonzó haber perdido la paciencia.

–No, hija. De veras no tengo idea dónde estoy. Ayúdame.

Antes de volver al volante, me alejé unos pasos y le hablé a Jaime, que me escuchó sin interrumpirme durante cinco minutos antes de pedirme que manejara de regreso con cuidado. Al llegar, lo encontramos cortando tortillas para los chilaquiles con las tijeras del pollo, cosa que mi madre odiaba con todas sus fuerzas.

–Para eso está el cuchillo, mi amor –al escucharla, me di cuenta de que él le había tendido esa trampa para medir su estado de ánimo. Su reclamo indicaba que estaba un poco mejor, que había vuelto.

Mi padrastro me puso al corriente en cuanto mi madre subió a bañarse. La primera ausencia había ocurrido seis meses antes, el día del encuentro con Francisca, y Jaime había ido a recogerla a un café al que ella había llegado pidiendo ayuda, capaz apenas de decir su nombre. Una mesera buscó en su bolsa algún teléfono de contacto, y fungiendo como separador de La casa de los espíritus, encontró la postal de una exposición de Jaime, en cuyo reverso él había anotado su número en caso de que alguien quisiera comprarle un cuadro. Cuando llegó al lugar la encontró tomando agua mineral a pequeños sorbos, muy quitada de la pena. No entendía lo que había pasado, y le molestó que su marido hubiese irrumpido sin previo

aviso en su tarde de paseo por Coyoacán.

A partir de entonces, el deterioro había sido escalonado. Cada vez le costaba más trabajo llevar su agenda, se desorientaba cuando salía a caminar y su humor variaba abruptamente, pero el padecimiento no había avanzado lo suficiente como para que fuera imposible disimularlo.

–Un par de veces me ha parecido que la convencí de consultar con un doctor y el mero día, con la cita hecha, me pone cualquier excusa para no ir. En mi vida he conocido a una persona tan terca, hija –me dijo con la mano metida en la licuadora, haciéndole espacio a los chiles serranos entre los tomates verdes y la cebolla–. Y claro que tampoco he logrado que hable con ustedes.

Una vez acomodados los ingredientes para la salsa, oprimió el botón de triturar y durante unos segundos el sonido nos impidió escuchar los pasos de mi madre por el pasillo. De pronto la vimos parada en el marco de la puerta de la cocina, como una aparición. Su silueta me remitió a una versión suya menos frágil, que tomaba el cigarro con más firmeza entre los dedos.

–Bueno, vamos empezando a desayunar porque tengo cosas que hacer –dijo mientras servía el café. Al verme, la atravesó un relámpago–. ¿Y tú qué haces aquí, Andrea? ¿Otra vez no tuviste clases?

La condición de mi madre me ahuyentó de la casa familiar. Unos días después de la conversación con Jaime me inventé algún pretexto –necesitaba independencia, la universidad quedaba demasiado lejos como para hacer el recorrido todos los días, algo así– y me mudé a Villa Olímpica con Tania, la novia de mi hermano, que tenía una habitación desocupada. Nos hicimos amigas y adoptamos una perra, o tal vez fue al revés y nos hicimos amigas en el proceso de adoptarla.

Martina es una nube portátil de pelo rizado y blanco. Pesa menos de diez kilos, pero ronca como si pesara cuarenta. Es prognata y cojea de una pata cuando hace frío. Si alguien toca la puerta, nos avisa ladrando con una malicia transparente y limpia, sin perder el hilo de lo que estaba haciendo, luego se echa de panza y exige las caricias del deber cumplido. Hasta mi hermano, que insiste en que no le gustan los perros, ha empezado a consentirla cuando cree que nadie lo está viendo.

Con la fraternidad afianzada a punta de lengüetazos, Eduardo me convenció de pedirle a mi padre biológico que nos comprara el sillón color mostaza en el que ahora vemos películas los jueves de cineclub. “Es lo mínimo que puede hacer”, me dijo, y supongo que tiene razón. Que hable con él no me sorprende, pero que lo conserve en su mente como alguien a quien tenemos derecho a pedirle cosas me descoloca y me da envidia.

A primera vista, mi madre es todavía una mujer común y corriente. Su condición ha empeorado, pero no drásticamente: camina mucho, demasiado, camina todo el día apretando los dientes como si llevara prisa y luego vuelve a casa con la mirada de quien siente que se ausentó de un evento importante. Cuando atardece se pone a regar el jardín o a cortar ramitas con unas tijeras que Jaime no ha logrado esconderle. Habla con los helechos en voz muy baja. Hace pausas. Cuando se queda viendo las flores y las abejas, respira hondo y abre los ojos, esforzándose por poner atención en quién sabe qué cosa. Algo que el resto de su vida había pasado desapercibido. Así, rodeada de plantas, parece serena. Preparada.

La sala ya no huele a aguarrás; Jaime pasó su estudio a mi antigua recámara. Desde ahí, con el pincel en la mano y la chamarra llena de pintura que se niega a meter a lavar, sigue con el oído a su esposa, un planeta lluvioso de órbita indescifrable. Además de preparar café, cortar papaya y freír tortillas para los chilaquiles, se especializa en traducir su nueva voz. Si ella pierde el hilo de una conversación, él le aprieta el brazo suavecito para que vuelva a ensartar la aguja.

A veces, cuando el cuerpo celeste de mi madre se queda quieto, podemos observarlo de cerca y pensamos que hemos entendido algo. Hasta que toma impulso, vuelve a lanzarse y le perdemos la pista.

Una tomografía nos mostró una imagen de su cerebro: las aguas bajas de la bahía de su identidad. Su enfermedad me pareció entonces una medusa que se abre y se muestra antes de volver al fondo. Es también un jitomate por dentro, algo jugoso, la terrible invasión de lo que se expande sin mostrar su forma. Cuando supe que esas manchas se llaman microinfartos pensé que sí, que no son lesiones acuáticas sino áridas: sangre en pausa, corteza rota, breves relámpagos mudos que dejan un rastro de polvo gris. Mi madre dibuja con esas cenizas.

Como las llamadas telefónicas la exasperan, hablamos lo menos posible. Los fines de semana voy a Tlalpuente y me quedo a dormir en el cuarto de Paulina, que a sus nueve años ya sabe lo que a mucha gente le toma una vida aprender: que nadie tiene permiso para salvar

a otra persona. “No funciona así”, me dijo el otro día después de que mi madre y yo nos peleamos a gritos porque encontré unas colillas de cigarro en una maceta al fondo del jardín. Ha vuelto a fumar, insulta a los vecinos, se niega a comer, esconde las pastillas para dormir y en ocasiones se queda la noche en vela, vigilando la casa como la vigilaba Francisca. “No te sirve de nada regañarla porque no se acuerda de que estuvo fumando”.

A mis hermanos el humo de mi madre no les lastima los ojos.

A mí en cambio me asfixia y ni siquiera sé de dónde viene el fuego.

SEGUNDA PARTE

Este lado al sol

El cuento tiene dos finales.

Hay un final

y hay otro.

¿Me escuchas?

No me da el corazón

para elegir.

SANDRA LIM

1.

El miedo a que la sonrisa de su hijo se desdibujara era tan tenaz que Francisca dedicaba una buena parte del día a recordarla, y al hacerlo le daba aliento a Vicente de nuevo, esta vez no con su vientre sino con su imaginación; no de carne y hueso sino de memoria y bruma. Y así lograba verlo, con el hombro apoyado en la pared de la recámara que durante años compartió con su hermano, la mochila a la espalda y el cuerpo ligeramente echado hacia adelante, acompañándola a pesar de todo.

Al principio, con el duelo fresco, ese recuerdo le permitía darle play a la película, y la imagen en movimiento de su hijo era un bálsamo para ella. Que Vicente estuviera muerto era cierto a medias, porque en cualquier momento podría entrar por la puerta con su uniforme a rayas, ensayando dominadas con un balón. Sin embargo, el tiempo fue endureciendo su silueta hasta convertirla en algo más parecido a un fósil, y para cuando Francisca llegó a trabajar a la casa de Coyoacán, la sensación de que bastaba extender la mano para alcanzarlo se había extinguido. Empezó a andar con el peso de un fantasma a cuestas, un caracol al que su casa le queda demasiado grande. Era madre de Gerardo, era hija y viuda, pero la pena de haber perdido a un hijo no tenía nombre. Le faltaban palabras para esa otra identidad suya, que le parecía la más auténtica.

Francisca empezó a sospechar que algo pasaba con Vicente –o con el espíritu de Vicente, que en este caso era lo mismo– poco después de llegar al Distrito Federal. Convocar su presencia durante el día se volvió cada vez más difícil, y se le aparecía en sueños con un gesto de apuro que no le recordaba en vida. De lejos su sonrisa era perfecta –los dientes blancos y alineados, como los de los anuncios de la clínica de ortodoncia de los niños Sánchez Castro–, pero al acercarse era evidente que más allá de la falsa dentadura no había nada, su cara estaba vacía tras aquel gesto de Gato Risón que Francisca conocía por Alicia en el país de las maravillas, una película que había visto con Andrea hasta aprenderse los diálogos de memoria.

En esos sueños, Vicente era al mismo tiempo un viejo jorobado con cara de niño, un adulto con cabeza de bebé y un bebé con extremidades de adolescente que gateaba torpemente. Cuando tomaba forma adulta, sus rasgos de pubertad se combinaban con las

características de su familia paterna: nariz aguileña, ojos hondos de pronunciados pómulos y frente amplia (una frente para aterrizar un avión, le decía Francisca a su esposo, recorriendo con el dedo índice el amplio espacio entre sus cejas y el nacimiento del cabello).

Cuando aquellas versiones de Vicente abrían la boca con desesperación, intentando decir algo, el sonido era tan tenue que Francisca no identificaba las palabras y amanecía con los rugidos huecos en su cabeza, envuelta en el aroma agridulce de los bebés de brazos. Se mostraba desubicado, como quien busca una cucharita en una cocina ajena, caminando en círculos dentro de habitaciones iluminadas con uno de esos focos tan intensos que te dibujan estrellas bajo los párpados. Al despertar, Francisca sentía que alguien le había apagado la luz.

Hasta que una noche lo soñó en la Plaza Zaragoza y esta vez sí que escuchó la voz de su hijo clarito, saludándola, y lo vio sonreír una sonrisa real que se extendía sobre su rostro hermosamente. Al principio Vicente estaba tan lejos que apenas entrecerrando los ojos pudo reconocerlo, pero a medida que fue acercándose Francisca notó, aliviada, que su edad y su apariencia –la de su hijo, no la suya: en esos sueños ella jamás se vio a sí misma– eran verosímiles, nada de cabezas sobrepuestas ni extremidades monstruosas. Las palabras que antes se le atoraban en la garganta salían ahora de su boca con la claridad de burbujas de diálogo en una tira cómica.

–¡Mamá, mamá! –gritaba con su paliacate rojo al cuello –¡por fin te encuentro, mamá! ¡Ven, acércate!

Fue entonces que Francisca distinguió, detrás de Vicente, la figura de un perro que corría hacia ella a toda velocidad, moviendo la cola. Era la Pérez Troika.

2.

Inés tenía 19 años cuando su tía Norma la recomendó para reemplazarla como empleada del hogar. La pareja de adultos mayores para la cual llevaba más de quince años trabajando le pidió que dejara a alguien en su lugar antes de volver a Tlacotalpan. De preferencia alguien joven y sin hijos, porque atender a dos viejos exige tiempo y energía, le explicaron a Norma como si ella no lo supiera. Su sobrina era la candidata ideal: tenía la misma edad que la única nieta de los patrones, energía de sobra y una sonrisa de oreja a oreja.

Desde sus primeros días en Coyocán, Inés aprovechaba cualquier oportunidad para salir a dar la vuelta: siempre faltaban un par de aguacates, tortillas, fruta para el agua fresca o un medicamento urgente que más de una vez se las arregló para conseguir sin receta. Esas compras y paseos la colocaban a menudo en las mismas calles que Josefina frecuentaba camino a la escuela de sus hijos o a la redacción del periódico, de modo que terminaron siendo, una para la otra, parte del paisaje común. Más que conocerse, se reconocían, y al toparse intercambiaban los saludos propios de dos personas que se sienten cómodas con la distancia que las separa.

A Josefina le simpatizaba esa joven de cabello negro amarrado en una trenza de envidiable brillo y grosor. Si bien la idea de uniformar a las trabajadoras del hogar le incomodaba de entrada, Inés parecía contenta en su uniforme azul cielo, y si el fin de semana la veía en pantalones de mezclilla, le costaba reconocerla. Con o sin uniforme, su risa de cuerpo entero desarmaba a cualquiera. De su vida privada, Josefina sabía solo que trabajaba en una casa a unas cuadras de distancia. Eso bastaba.

Hasta que una tarde, en el tianguis de los jueves, notó que Inés había llorado y le preguntó si estaba bien con interés genuino. Encendió un Marlboro rojo y le ofreció otro, que la chica se sintió obligada a aceptar. Luego se sentaron en una banca, y con las bolsas del mandado a sus pies, la joven resumió una larga tragedia familiar en tan solo quince minutos, con la destreza de quien lleva meses practicando. Esa fue la primera y única vez que Josefina escuchó con detalle la historia del joven Vicente, que había muerto poco antes en Tlacotalpan.

Inés empezó por hacer un retrato hablado de su sobrino: juntando

los dedos índice y pulgar, levantó el brazo y dijo que era así de alto y muy delgado, sin grasa entre piel y músculos. Su pelo era lacio y grueso, sus bíceps muy compactos y sus piernas tan largas que, de niño, al correr, se tropezaba con sus propios pies. Llevaba siempre su paliacate rojo atado al cuello, y cualquier pretexto era bueno para usarlo: se sonaba los mocos o secaba el sudor de su frente, sacudía el polvo de las superficies y se escondía detrás de él –una pantalla de mocos y mugre– para hacer reír a su hermanito Gerardo.

Disfrazado de pirata o de vaquero, Vicente sonreía todo el tiempo, más allá de la intención humorística: sonreía para asentir y disentir, para consolarse a sí mismo y a los demás, como capricho y como distracción, cuando quería más comida y cuando estaba satisfecho. Sonreía al pensar cómo resolver un problema y al intentar recordar algo, de emoción y de cansancio. Sonreía incluso ante la adversidad, aunque quizá la palabra adversidad le queda grande a los pequeños inconvenientes que enfrentó en vida, reflexionó su tía Inés, ninguno más grave que una caída de la bicicleta o una derrota especialmente vergonzosa en el futbol. Su sonrisa no tenía reverso: hasta cuando lo invadía alguna aflicción, entraba en un gesto plácido que en algo se parecía a sonreír.

Así lo había encontrado la muerte un año antes, en febrero de 1989, un día que su padre tuvo que salir temprano rumbo a Alvarado a comprar insumos de limpieza para el restaurante en el que trabajaba, una pequeña fonda a la orilla del río que según Inés ofrecía el mejor arroz a la tumbada y un chilpachole decente, entre otras especialidades veracruzanas. Normalmente Vicente no lo acompañaba a esos encargos, pero esa mañana su prima Francisca había tenido que llevar a Gerardo al pediatra y le sugirió a su esposo que aprovechara el viaje para visitar a sus familiares, que los estuvieron esperando para comer hasta las cinco de la tarde. Mientras la respiración de padre e hijo se iba apagando a la orilla de la carretera, la sopa de lentejas se enfrió en la mesa y la jarra de cristal con agua fresca sudó copiosas gotas que mojaron los cuadros del mantel.

En los días que siguieron al accidente, algunas publicaciones de nota roja difundieron fotografías que mostraban los efectos del impacto de la camioneta gris en los cuerpos de los fallecidos, incluyendo el brazo cercenado del marido de Francisca y la cabeza de su hijo partida en dos (al escuchar esto, Josefina se llevó la mano a la frente, como si las imágenes fueran objetos en movimiento que había que esquivar). A partir de entonces le prohibieron a la viuda ver las noticias y los periódicos, explicó Inés, para que recordara a sus seres

queridos en su mejor versión.

¿Pero cuál era su mejor versión? ¿Vicente bebé, ese amasijo de carne y leche al que su madre se sentía capaz de proteger de todo? ¿Vicente de un año, buscando el equilibrio con los brazos extendidos, largo y flaco como las garzas del río? ¿Vicente arrullando a su hermanito o escribiendo por primera vez su nombre con crayolas de colores, trepándose a los árboles para escoger los limones más jugosos para el pescado? ¿Vicente en bicicleta, en patines, en avalancha? ¿En cuatro ruedas, avanzando hacia su destrucción en el coche de su padre?

Inés había pedido unos días para acompañar a su familia en el funeral, y volver a la ciudad le había costado trabajo. Incluso ahora, un año después, tenía la impresión de que, más que aferrarse a algún recuerdo, su prima simplemente contemplaba las escenas que aparecían frente a ella –fragmentos de una película que ya jamás podría ver completa– sin intentar ponerles pausa ni acelerarlas. Salía del letargo muy de vez en cuando, solo para pasar un rato con su hijo menor, que a sus seis años seguía esperando a que su papá y su hermano volvieran del encargo en Alvarado, que francamente ya se estaba alargando demasiado.

Francisca, que en otra época había sido alma y motor de aquella casa, parecía una intrusa en el mundo de los vivos. Desde su cama veía a Graciela, su madre, tejer una rutina que no comprendía pero que tampoco tenía la energía para rechazar, por muy absurda que le resultara. Si le ofrecía un plato de Zucaritas con leche, lo tomaba. Si le pedía que la acompañara al mercado, accedía y hasta cargaba bolsas sin quejarse. Si le sugería que se metiera a bañar, se ponía debajo de la regadera, prendía el agua helada y la dejaba correr sobre su espalda. Habría sido capaz de aceptar casarse si no fuera porque nadie le propuso matrimonio en ese momento.

Como si servir cereal, enjabonar el cuerpo quieto de su hija y asegurarse de que su nieto se aprendiera la tabla del dos fuera poco, durante meses Graciela hizo lo posible por encontrar al culpable del accidente, que por supuesto se había fugado. Pero lo posible se quedó corto, y tras meses de robarle horas al día para plantarse en el Ministerio Público y tardes enteras con la nariz metida en expedientes malhechos, no tuvo otra alternativa que abandonar la misión.

Inés había tenido que volver a trabajar, dijo, ni modo de quedarse

allá para siempre, pero le agobiaba haber dejado a su tía sin ayuda, concentrada en que Francisca y Gerardo comieran lo indispensable para que se mantuvieran más o menos en pie, más o menos vivos, más o menos personas.

Y es que por mucho que se esforzara en montar ese simulacro de normalidad, afuera la realidad se había convertido en una cosa gelatinosa y frágil muy difícil de tolerar. Los mismos vecinos que se habían encargado de llorarle a sus muertos y de llenar su casa de tópers de comida preparada las miraban ahora de reojo, como si su desgracia fuera contagiosa o fascinante o más insoportable para ellos que para la familia misma de los difuntos. En el fondo quizá desconfiaban de una tristeza tan obstinada, y seguramente juzgaban a Francisca por dejar que Gerardo jugara solito en el río hasta el atardecer y que volviera a casa devorado por los mosquitos, los muslos tapizados de ronchas y arañazos.

Todos tenían algo que aportar: Roberto Campos, que atendía una tiendita a unos metros del sitio del accidente, a la orilla de la carretera, dijo que el conductor tenía el pelo canoso y llevaba un bigote tupido parecido al de Pancho Villa. Doña Blanca aseguró que no, que de hecho esa mañana ella pasaba por ahí cuando escuchó el estruendo y pudo ver con claridad al conductor, que era más bien joven y de cara rasurada. Lo que el señor Campos había confundido con canas era en realidad una gorra blanca con el logo del Cruz Azul. Hubo personas que apoyaron ambas versiones, y uno de los niños de la familia González, dueños de la Vulcanizadora Adelita, afirmó incluso que en la camioneta viajaban dos mujeres cantando a todo volumen, pero por su edad nadie tomó en serio su declaración.

“¿Se supo algo sobre la persona que tomó la foto y se la vendió a los medios?”, preguntó Josefina con periodística intención: no había logrado superar la imagen de la cabeza partida a la mitad. No, ahí no había pistas que seguir. “Además, ¿seguir para llegar a dónde?”, apuntó Inés, levantando los hombros con resignación. De cualquier forma, Francisca, que hacía lo posible por quedarse en casa, difícilmente se habría topado con esas imágenes. Lo que sucediera fuera de sus cuatro paredes le daba igual, y ni se enteró cuando el heladero volvió a tocar su campana, las niñas se trenzaron de nuevo el pelo unas a otras y los viejos se reunieron en el kiosko a beber y hablar de temas que nada tenían que ver con el accidente.

3.

Unos días antes de partir, Francisca aprovechó que su madre había ido por un helado con Gerardo para visitar el lugar preciso en el que su esposo y su hijo habían estado vivos por última vez. Era una curva improbable y aguda –llegar a pie era difícil; detenerse en auto, prácticamente imposible– y tuvo que andar largo tiempo ignorando a toda persona con la que se cruzara, las minúsculas navajas de sol haciendo que el camino se sintiera como un trayecto de otra índole.

Más una vía láctea que una vía de asfalto.

Más un despeñadero que una senda trazada entre dos ciudades.

El sonido de los autos la sumergió en un estado de sonambulismo en el que permaneció el rato suficiente como para olvidar el peso de la pequeña cruz de madera y el ramo de claveles blancos que llevaba. Al ver cómo resplandecía el asfalto, Francisca imaginó que los pedazos de vidrio dibujaban una alfombra de luz sobre el pavimento, señalando el punto exacto donde debía colocar su ofrenda. Quien haya visto esas flores frescas supo que ahí había muerto alguien recientemente, y cuando se secaron, quedó la cruz como recordatorio, con dos nombres tallados a mano, uno arriba del otro:

Vicente Medina padre 1946-1989

Vicente Medina hijo 1976-1989

Los recuerdan Francisca, esposa y madre

y Gerardo, hijo y hermano

Descansen en paz

Aquellos trozos de madera formaron una casa que rebasaba su propio territorio, en nombre del hogar perdido. Hasta el viento, al soplar, guardaba silencio en esa curva luminosa.

Esa mañana en el tianguis, Inés tenía los ojos llorosos porque había hablado por teléfono con su tía Graciela, que estaba harta de ver a su hija sentada en un rincón de la casa sin hablar, sin moverse, respirando apenas. Con la esperanza para nada secreta de que su sobrina le consiguiera trabajo en el Distrito Federal, pasó un buen rato describiéndole la situación: los huesos de la clavícula empezaban a marcarse en la piel de Francisca y ya no sabía cómo evitar que Gerardo se detuviera en el camino de regreso de la escuela a recoger bichos y ramitas para dejarlas en la cama de su hermano, que para entonces se había convertido en un insectario que nadie se atrevía a perturbar. Además, necesitaban el dinero: Vicente padre no tenía seguro de vida y los ahorros familiares estaban por agotarse. Si ella buscaba trabajo y se ausentaba todos los días, temía que su hija no fuera capaz de encargarse de su nieto.

Inés permaneció al otro lado de la línea hasta que la voz del radio anunció las doce. “Usted no se apure, déjeme ver qué puedo hacer”, dijo, amarrándose con prisa el delantal: tenía que correr a preparar la comida. Se había mantenido fuerte durante la llamada, pero se quebró al colgar.

“Y pues aquí estamos, ¿verdad?”, dijo Inés dando por terminada la conversación y tomó las bolsas del mercado. Para Josefina el encuentro fue una señal divina, pues ahora que su hija Andrea había entrado al kínder, volvería a su oficina en el periódico y necesitaba con urgencia una persona de tiempo completo, alguien con experiencia en tratar con niños que preparara desayunos y loncheras, que pusiera curitas y revisara que había leche suficiente en el refrigerador.

“Vas a ver que a tu prima le hace bien cambiar de aires”, dijo Josefina al tiempo que se tronaba los nudillos, y sacó de su bolsa una pluma y el pequeño directorio para apuntar su teléfono. Esa misma noche, tras una conversación en la que Francisca se limitó a decir que sí a todo –puede que por instrucciones de su madre–, acordaron que empezaría lo antes posible. No es que la idea de marcharse le entusiasmara, pero en el fondo sabía que su situación era insostenible. Se despidió de su hijo menor sabiendo que lo estaba mirando ser niño por última vez: Gerardo tenía entonces ocho años y perder a su padre y a su hermano lo había instalado en una adolescencia prematura que no tenía marcha atrás. A la semana siguiente, Francisca llegó a la terminal en un autobús que dejaba grandes fumarolas negras a su paso.

4.

Convencida de que su prima no llegaría preparada para el frío de enero en el Distrito Federal, Inés llevó una chamarra para recibir a Francisca en la terminal de autobuses. Demasiado holgada para ella, que al llegar a la ciudad pesaba apenas poco más de cincuenta kilos, en los años siguientes la gente terminaría por identificarla con esa prenda: le gustaba su color azul marino, el gorro pachón y sus amplios bolsillos laterales en los que siempre tintineaban sus llaves junto a una paleta Tutsi o un palito de carnaza para Troika.

Tras entregarle la chamarra, Inés se detuvo en uno de los pocos locales abiertos a comprar un par de cafés para despabilarse. Bebieron dos o tres sorbos en silencio antes de subirse al taxi que atravesó cual rayo la ciudad, la voz de Eros Ramazzotti sonando a todo volumen en la radio. Entre la música y el humo apenas les dio tiempo de ponerse al corriente, pues inmune al viento helado, el chofer se negó a apagar su cigarro y subir las ventanas. Inés intentó hacer plática un par de veces, pero Francisca respondió en monosílabos. En el fondo, fue un alivio no tener que enfrentar la culpa de haberse entrometido en el territorio sagrado del dolor ajeno.

A pesar de la chamarra y del café, ambas llegaron al callejón empedrado de Coyoacán con los dedos de los pies entumidos de frío. Al bajar del taxi, Inés buscó dinero en su cartera mientras señalaba con el dedo el timbre que debía tocar. Pero Josefina ya había visto el vocho amarillo desde la ventana, y cuando Francisca tomó su maleta y se acercó a la puerta, se topó de frente a la mujer cuyos hijos se encargaría de cuidar durante el siguiente lustro. “Pásenle por acá”, dijo la señora mientras apagaba su cigarro, y Francisca tuvo la impresión de que todos en esa ciudad llevaban algo encendido entre las manos. Tras una charla breve en el marco de la puerta, Inés se despidió de su prima con un abrazo aturdido y prometió llamarle más tarde.

Lo primero que Francisca vio al entrar a la cocina fue la mesa redonda del desayunador, donde quedaban dos vasos de Chocomilk, una taza de café a medio tomar y tres platos con restos de hot cakes y crema chantillí que empezaba a perder volumen. La casa de los Sánchez Castro le pareció bonita incluso con sus pequeños descuidos, o quizá precisamente por ellos: le gustaron los banquitos viejos, la

cafetera desgastada y el gran frutero de vidrio, una transparente balsa tropical llena de naranjas como peces alegres.

Ya en la sala se detuvo a ver los cuadros con motivos botánicos, una especie de jardín interior ordenado y frío que contrastaba con el que había del otro lado de los ventanales, donde reinaba la maleza. Le gustó ver que tanto las plantas pintadas como las reales eran muy distintas a las bugambilias y flamboyanes entre los que había crecido. Le gustó también encontrar, tirados entre las patas de las sillas del comedor principal, algunos juguetes de los niños, como los carritos que había en el cuarto de sus hijos y que Gerardo llevaba el año entero sin tocar. El hecho de que alguien jugara con ellos le dolió y la consoló al mismo tiempo.

De camino a las habitaciones, la escalera redondeada de barandal grueso y los vitrales opacos daban una sensación señorial que no abundaba en su ciudad natal, donde todo parecía estar tocado por el agua, los colores a punto de reventar. Con sus banquitos de duende, sus paredes de piedra y sus altos techos de vigas de pino, la casa en la que viviría a partir de entonces parecía encontrarse en medio de algún pueblo perdido en la montaña y no en un valle que concentraba el núcleo urbano más poblado del país. Francisca no sabía lo que ese lugar llegaría a significar para ella, pero en ese momento todo lo que la alejara de Tlacotalpan le hacía bien.

En los meses siguientes, las primas se dedicaron a recorrer la ciudad. Salvo por algunas excepciones, ambas tenían los domingos libres. Visitaron la Catedral, donde Inés convenció a Francisca de hacerse una limpia con los concheros del Templo Mayor; escucharon mariachis en el Salón Tenampa; navegaron el agua turbia de los canales de Xochimilco en una trajinera que llevaba el nombre ESTRELLA escrito en flores amarillas y anaranjadas; le dieron galletas de animalitos a los patos del lago de Chapultepec y se pusieron tatuajes de henna en la plaza de Coyoacán; comieron chapulines en el mercado de San Juan, tacos de cabeza en un puesto del Zócalo y tortas de tamal afuera del metro Viveros. “Es masa con masa”, dijo Francisca, pero le tomó un solo bocado saber que estaba equivocada y a partir de ahí devoró una cada fin de semana. Pronto volvió a pesar lo mismo que antes del accidente y su chamarra azul marino empezó a quedarle más cómoda.

Un domingo especialmente soleado fueron al zoológico a conocer a Tohuí, el primer oso panda en nacer y sobrevivir en cautiverio fuera

de China, y a su hija Xin Xin. A Francisca esas criaturas regordetas le parecieron extrañas y adorables, y antes de volver a casa compró dos peluches conmemorativos: uno para Gerardo y uno para Andrea, a quien ya estaba empezando a querer.

Cuando se quedaban sin ideas, pasaban la tarde hojeando revistas en Sanborns hasta que los vendedores las miraban tan feo que Inés se sentía obligada a comprar una. Se la llevaba primero para responder los tests, tomar nota de las recetas y consejos de belleza y consultar su horóscopo. Después de descubrir si era o no una persona narcisista (no lo era), qué animal sería según su tipo de personalidad (un flamingo) y de apuntar en un cuaderno la receta para una mascarilla rejuvenecedora de aguacate, revisaba lo que la fortuna le tenía deparado para el mes y doblaba con cuidado las esquinas de las páginas que le habían parecido interesantes. Al fin de semana siguiente le pasaba la revista a su prima, que fingía entusiasmo al recibirla y luego la guardaba en una caja para que se empolvara junto con todas las demás.

Francisca nunca invitó a Inés a pasar a su cuarto. Además de que Josefina podría haberle llamado la atención, le daba ansiedad escuchar desde ahí la voz de Andrea y tener que luchar contra el impulso de ir a ver si necesitaba algo. Mejor iban a la casa donde trabajaba Inés, donde se sentaban en la cocina a ver televisión o se tendían en la cama a platicar del futuro, esa criatura mitológica que estaba tomando forma gracias a su mutua compañía.

El optimismo de Inés ablandó el sufrimiento de su prima y su complicidad le devolvió la voz al cuerpo. Por otro lado, Inés admiraba la fortaleza de Francisca y disfrutaba sentir que sus cuidados llegaban por fin a un puerto que valía la pena. Para compartirla con más gente y hacer realidad su ilusión de formar un grupo más acorde a su espíritu festivo, se le ocurrió incluso presentarle al hermano de su novio. La propuesta fue rechazada tajantemente. “Más respeto, ¿no ves que soy viuda?”, le dijo tras unos segundos de silencio en los que Inés no supo si estaba de verdad ofendida, y luego se echaron a reír hasta que les dolió la panza.

Está sanando, pensaba Graciela cuando su hija le llamaba por teléfono para hablarle de osos bicolor, tortas de tamal y embarcaciones cargadas de flores.

Como si eso fuera posible.

Por más que Josefina le comprara un pastel en su cumpleaños o insistiera en prepararle un potaje de guayaba con limón y miel las contadas veces que se sintió enferma, para Francisca nada disminuía la sensación de habitar un mundo paralelo al lado de una familia de la que no formaba parte.

Con el tiempo llegó a conocer los espacios de aquella casa como si fuera suya, y sin embargo jamás olvidó que no lo era.

Le pesaban los momentos importantes de la vida de su hijo que estaba perdiéndose en su afán de poner distancia con el pasado, y dado que Gerardo se negaba a venir al teléfono cuando Francisca le llamaba, tenía que resignarse a imaginar cómo su voz de niño iba volviéndose más grave y honda. Los viajes a Veracruz y los regalos funcionaban a medias: él le agradecía los tenis nuevos y los peluches, mas inistía en llamar a su madre por su nombre de pila y prefería que fuera su abuela quien le preparara el desayuno o lo acompañara a la hora de dormir.

Concentrar sus cuidados en un par de niños ajenos aplacaba un poco la nostalgia, sobre todo al principio, cuando le daba igual si comían tres rebanadas de flan o se quedaban con la ropa mojada al volver del parque. Pero empezar a quererlos complicó las cosas. Que Andrea corriera a sus brazos y no a los de su madre cuando se raspaba las rodillas no era lo peor, lo peor era que le pedían permisos directamente y ella se atrevía a dárselos, evitando la mirada de Josefina, que por lo demás prefería no intervenir.

A diferencia de su madre, que intercambiaba con Francisca solo las palabras necesarias para que la casa se mantuviera en pie, los niños construyeron con ella una intimidad sólida que no tenían con nadie de su propia familia. Hasta empezaron a decir ¡Pa' su mecha! cuando algo les sorprendía o No hagas iris en medio de una pelea que había escalado innecesariamente. Tenían un espacio común, donde podían quedarse hasta tarde asando bombones en la flama de la estufa. Un lugar en el que el tiempo de Game Boy nunca era demasiado y andar en calcetines por la casa hasta dejar las suelas negras no tenía nada de malo, siempre y cuando Francisca se encargara de lavarlos sin que su patrona se diera cuenta.

Todavía muchos años después de que se fuera, Andrea siguió llamándole lechero al café con leche y clima al aire acondicionado.

5.

Un domingo de julio de 1995, después de desayunar, Josefina le pidió a Francisca que llevara a Andrea al parque mientras terminaba de editar una nota urgente. Era su día de descanso, pero la mañana estaba linda y no supo con qué pretexto negarse. Serían solo un par de horas: a medio día la llevaría de vuelta a casa para salir a comer con la abuela. Francisca eligió la ropa de la niña y salieron contentas, abriéndose paso entre los rayos de sol.

Cuando dio la una y no aparecieron, Josefina se asomó por la reja del patio para asegurarse de que el timbre, que durante todo aquel año había fallado con regularidad, estuviera funcionando. Darle una llave a Francisca serviría para evitar situaciones así, pensó fugazmente, pero descartó la idea cuando se asomó a la puerta y no había nadie.

Por más que hurgó en su memoria, no pudo recordar algún retraso suyo. Se les habrá pasado el tiempo en los columpios, especuló mientras preparaba unas jícamas con limón para sentarse a armar un rompecabezas en la sala con Eduardo. Intentaron distraerse hasta que dieron las dos, cuando llamó a su madre para cancelar la cita con los dedos manchados de rojo chile piquín.

Le calentó un pedazo de pizza a su hijo y se apresuró al cuarto de lavado, ya en franca actitud de detective, para sacar del canasto una playera sucia de Andrea, dársela a olfatear a Troika y salir a la calle. La perra no estaba entrenada para rastrear y Josefina no sabía ningún comando en alemán que pudiera serle útil en un momento así, pero igual pensó que si alguien podía encontrarla, era ella.

Estaban preparadas para caminar hasta el parque, pero no hizo falta: unas cuadras antes de llegar, la perra se detuvo frente a un portón de madera que Josefina reconoció. Luego apuntó con el hocico hacia el número pintado de rojo a un lado de la reja, levantando una de sus patas delanteras en señal de atención. Josefina no había tocado el timbre cuando vio a Inés acercarse con prisa a través de los barrotes de metal.

–¡Señora! –alcanzó a decir, desconcertada.

–Buenas tardes, Inés. ¿Está mi hija aquí? –preguntó Josefina, un

poco incrédula aún de que su perra fuera capaz de una hazaña así.

–Sí, vinieron por tamales, se me hace que se les fue el tiempo –contestó Inés, y se acomodó nerviosamente un mechón de pelo detrás de la oreja.

–Por favor diles que salgan –Josefina apenas alcanzó a voltear la cara para ocultar sus lágrimas. El estrecho lazo entre Francisca y su hija, que durante años había sido fuente de alivio, se volvió motivo de pánico. Se la pudo haber robado, pensó, y los potros de la ansiedad se desbocaron. Peor: se la pudo haber robado para vender sus órganos, como esos casos recientes de niños secuestrados en clínicas de Tijuana y Ciudad Juárez de los que todo el mundo hablaba en el periódico. La voz de Melquiades Sánchez Orozco, que describía los retratos hablados de personas desaparecidas del Canal 5, sonó clara en su cabeza: Pedimos su colaboración para localizar a María Andrea Sánchez Castro, de ocho años de edad, que fue vista por última vez el domingo 16 de julio de 1995 en la colonia Santa Catarina, en Coyoacán. Vestía… ¿qué vestía? Estaba tan aturdida que no pudo recordarlo.

Si un día Andrea desaparece, esta casa será el primer lugar donde la busque, concluyó al ver los tenis blancos de su hija brillando del otro lado de la reja. Tenis blancos, un conjunto de pants y sudadera verde pistache, una visera de los Looney Tunes: eso vestía. Josefina juró no volver a permitir que Francisca fuera quien escogiera la ropa de su hija por la mañana.

–Mamáaa, ¿qué crees? ¡Comimos tamales de rosa! –Andrea se acercó corriendo con una hoja de maíz en la mano, y detrás de ella Francisca, caminando a paso veloz, con los brazos cruzados tensamente sobre el pecho y la mirada al piso. Se había encerrado en sí misma, como hacía siempre que la realidad la rebasaba, sus músculos faciales tensos.

Aunque seguía furiosa, ver a Francisca tan alterada le devolvió a Josefina la confianza e incluso se sintió mal por haber dudado de ella: era su aliada, después de todo, y cuando los aliados cometen errores toca pasarlos por alto. Esas horas de no saber dónde estaba su hija, recapacitó, ese miedo filoso a haberla perdido, no era nada comparado con la ausencia con la que Francisca tenía que despertar a diario y por el resto de sus días. Respiró hondo y contó hasta diez, como recomendaba una campaña que se había puesto de moda en televisión. Ser paciente y ponerse en los zapatos de los demás figuraba en su lista de valores, después de todo.

Intentando disimular su enojo, le pidió a Andrea la hoja de maíz y se la entregó a Francisca para que la tirara a la basura. Incapaz todavía de sostenerle la mirada, le reclamó haberle hecho pasar un mal rato y le pidió tener más cuidado la próxima vez, que jamás llegó. Luego acarició a Troika, que jadeaba orgullosa, y aprovechó para sacudirse en su lomo las moronas de tamal de dulce antes de tomar bruscamente la mano de su hija y marcharse con la cabeza erguida.

Si algo se quebró ese día, Josefina hizo lo posible por no enterarse. Estaba muy ocupada y desconfiar quita tiempo, de modo que pasó la página y se esforzó por poner su mejor cara. Para ella, el incidente habría quedado atrás de no ser porque esa noche sucedió otra cosa memorable: al meterse a la cama, Josefina sintió una protuberancia rígida entre las sábanas. Luego de un rato, la incomodidad la obligó a pararse a sacudir la sábana. Al recoger del suelo el objeto que salió volando y tomarlo entre sus dedos, sintió que estaba demasiado frío como para ser un juguete de su hija, casi todos de madera o de plástico. Tuvo que prender la lámpara de su buró para ver que aquella cresta que se levantaba minúscula en el valle de su colchón era un diente humano, específicamente una muela de raíz bifurcada. Era blanquísima, como si jamás hubiese habitado una boca humana.

Por instinto, recorrió con la lengua su propia dentadura para confirmar que sus dientes estaban completos, luego despertó a Eduardo para que hiciera lo mismo. Todo en orden. Era demasiado grande para ser de Andrea, y no pudo pensar en ninguna secuencia lógica de acontecimientos en la que una muela de Francisca terminara entre sus sábanas. Intrigada, la guardó en el cajón de su tocador, junto a las bolsitas de los primeros mechones de pelo que les había cortado a sus hijos. Se preparó un té y regresó a la cama, pero ya no pudo conciliar el sueño.

6.

Para llegar al cuarto de servicio había que subir por una estrecha escalera de caracol que empezaba a un costado de la casa principal, junto al cuarto de lavado. A medio camino entre la cocina y la azotea, aquella habitación parecía más un lugar de paso que la recámara de alguien, con su puerta negra de metal medio oxidado. En época de lluvias, las arañas solían entrar a resguardarse por la pequeña ventana que daba al jardín, y en primavera, mirlos y gorriones cantaban al otro lado de aquel rectángulo de vidrio, que se pintaba de un verde muy luminoso y necio. El chiflón se colaba también por las grietas de madera del marco de esa misma ventana, pero Francisca se acostumbró pronto, incluso en temporada de frío, cuando tenía que subir los peldaños de metal con el cabello húmedo después de usar la regadera del baño escaleras abajo.

Los ruidos de la casa principal le llegaban tan atenuados que jamás se habría enterado de la supuesta presencia que rondaba por ahí de no ser porque los niños no hablaban de otra cosa. Pensaba que las historias eran resultado de la tupida imaginación de Andrea y el ánimo burlón de Eduardo, hasta la mañana que Josefina le informó, mientras servía una doble carga de café en la prensa francesa, que el fin de semana había encontrado una muela entre sus sábanas. La vio tan alterada que por poco se ofrece a abrir la boca y mostrarle su dentadura para deslindarse del asunto, pero justo en ese momento Troika salió corriendo a amedrentar al camión de la basura, Andrea ladrando detrás de ella y Eduardo persiguiendo a ambas para callarlas. Para cuando el escándalo se aplacó, Josefina ya le había dado los primeros tragos al café en su recámara y la regadera del baño principal empezaba a llenarse de vapor.

Francisca no creía abiertamente en fantasmas, al menos no hasta entonces, pero era una mujer de espíritu receptivo y el duelo había exaltado su mundo interior. El incidente de la muela la remitió a la insoportable sonrisa artificial que Vicente mostraba en sus sueños recientes. Esa noche de julio, antes de irse a dormir, recordó a la vecina que, pasados pocos días del accidente, le preguntó a su madre cuándo irían a recoger los escombros de los Vicentes: vidrios rotos, pedazos de carrocería. Había que hacerlo usando la ropa de los difuntos, de modo que sus almas se pegaran ahí para llevarlas a la tumba. Incluso después del funeral la mujer regresó varias veces, cada

una más impertinente que la anterior, hasta que Graciela le prohibió volver.

En ese momento fue fácil para Francisca ignorar sus advertencias (era fácil ignorar cualquier cosa), pero su voz quedó ahí, una víbora enrollada esperando cualquier movimiento para atacar. Ahora que los ruidos de la casa y los sueños renovados desplegaban frente a ella la posibilidad de un reencuentro con Vicente, sus palabras cobraban un nuevo significado: no haber recogido sus escombros había provocado que su hijo mayor se quedara atrapado en la frontera, desde donde esperaba una rendija para salir.

A partir de entonces prestó más atención a los ruidos, y fue como si los ruidos advirtieran también su presencia. Una noche, Josefina tuvo que quedarse hasta tarde en el periódico y al volver encontró a Francisca sentada a oscuras en uno de los bancos de la mesa del desayunador. Parecía estar vigilando algo que solo era visible para ella. Con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos entreabiertos y la cabeza levemente inclinada hacia atrás, afinaba el oído ante la respiración de la casa: sus vigas eran las costillas de un enfermo grave al que no se puede dejar desatendido. Afuera, en el patio, Troika estaba echada con las orejas atentas, en la misma postura en que años antes había esperado a que los niños volvieran de pasar la noche con su padre.

Ni Francisca ni la perra reaccionaron a la llegada de Josefina, que durante un buen rato se esforzó por encontrarle una explicación lógica a la escena. Habrá bajado por agua, pensó. Habrá tenido insomnio, calor, ganas de comerse una manzana. Estuvo parada bajo el marco de la puerta hasta que el cansancio se le montó en los hombros y decidió que le bastaba con confirmar que sus hijos estuvieran dormidos en sus respectivas recámaras para dar el día por terminado exitosamente.

Esa misma noche, Francisca soñó que se encontraba en un bosque tan espeso que apenas era capaz de distinguir lo que había unos metros adelante. Arriba, en cambio, la bóveda celeste brillaba con soltura a través de las copas de los árboles y las estrellas dejaban caer un polvo muy fino y muy blanco que hacía bailar a las hojas y ramas. Era un planeta con fuerza de gravedad más tenue.

Caminó largo tiempo antes de distinguir el contorno de una cabaña con las luces encendidas entre la bruma, sobre una colina que se levantaba a la distancia. Todo lo demás podía ser refutado, pero de algo estaba segura: su hijo la esperaba ahí. Si lograba llegar, podría hablar con él. Siguió avanzando cuesta arriba, la niebla cada vez más

ligera, la madera cada vez más luminosa, el follaje cada vez más suelto. Iba dando pequeños brincos sobre el suelo, volando casi. Al llegar, encontró la cabaña cerrada, mas no tardó en notar que llevaba en la mano, sujeta con la fuerza de una vida trunca, la llave de la puerta principal.

7.

La muerte sorprende incluso a quienes llevan años esperándola, sin importar la cantidad de noches que se les haya torcido el cuerpo en una silla de hospital, rogándole que venga a llevarse a la persona que agoniza en la cama de junto. El duelo, en cambio, es más obstinado; un animal confianzudo que da varias vueltas sobre su propio eje antes de echarse a dormir.

El duelo no avanza en línea recta. No avanza: es una mancha de humedad en el techo a la que los habitantes de la casa se acostumbran al punto de dejar de verla.

Aquel domingo de los tamales de dulce, tras entregar a Andrea y tirar la hoja de maíz al basurero, Francisca volvió a la mesa de la cocina a terminar de almorzar. Inés, que no entendía lo que había pasado, notó a su prima distraída y asumió que el incidente la había puesto nerviosa. Sabía cuánto quería a Andrea y lo compleja que era su relación con Josefina, pero de eso a olvidarse de ver el reloj durante varias horas había una enorme distancia. ¿En qué cabeza cabe no devolver a una niña a su casa a la hora acordada? ¿Lo habría hecho a propósito, estaría enojada por algo? Para no angustiarla más, se guardó sus preguntas. Le dijo que no se preocupara, a cualquiera se le va el tiempo, y rellenó sus dos tazas de café sin dejar de sonreír.

Francisca se había olvidado de ver el reloj, sí, y ni ella misma entendía por qué. Pero, aunque se sentía vagamente avergonzada por el descuido, lo que en serio le impedía aterrizar de vuelta en la realidad no era la culpa, sino Troika. ¿Qué poderes sobrenaturales le habían permitido encontrarlas en un lugar al que nunca habían ido juntas? Sabía que los perros tenían buen olfato, pero esto era demasiado. Verla moviendo la cola para recibir a Andrea la hizo pensar en la manera en que la perra guiaba a Vicente en sus sueños últimamente. Se veían felices. ¿Cuántas veces le había pedido su hijo que le permitiera tener un perro? ¿Qué diría ahora si la viera apartando las mejores partes del pollo para mezclarlas con sus croquetas cuando nadie la veía?

El estado de paz que hasta entonces le había parecido inalcanzable se dibujó con nitidez en su cabeza, y de pronto todo adquirió claridad:

solo Troika podría conducir a su hijo a una vida después de la vida. La idea llevaba dándole vueltas en la cabeza desde el año anterior, cuando Andrea le había dicho, frente al altar de muertos, que los perros ayudaban a cruzar el río que nos separa del inframundo. Nunca había pensado en la muerte como otro territorio; más que un estado, un lugar al cual había que llegar. Jamás se arrepintió tanto de haberse negado a regalarle un perro a sus hijos como cuando distinguió la silueta de Troika del otro lado de la reja.

Barajó muchas opciones antes de tomar la decisión. Sacrificar a una criatura de ese tamaño a mano propia nunca había estado en sus planes, y si la idea de arrebatarle la vida a un animal la ofuscaba, arrebatársela a este animal en particular le pareció de entrada una tarea imposible. Francisca estaba convencida de que Troika tenía una inteligencia y sensibilidad fuera de lo común, incluso en términos humanos. Era bella pero libre de vanidad, fuerte pero libre de insolencia, valiente pero libre de ferocidad: la candidata ideal para guiar el camino de un joven perdido en el limbo entre la vida y la muerte.

Que los síntomas de envenenamiento la delataran la tenía sin cuidado, pues sabía que su tiempo con los Sánchez Castro había terminado y no temía las posibles represalias. Eso sí: no quería verla sufrir. De haber sido posible, habría elegido para ella una partida pacífica, un tránsito suave que en su imaginación se dibujaba como opuesto al accidente de su hijo, el otro lado de la moneda de su historia.

De inmediato descartó la posibilidad de consultar con un veterinario, por supuesto. ¿Entonces, por dónde empezar? Pensó en pedirle consejo a Inés, pero su prima hablaba tanto que ningún silencio entre ellas duraba lo suficiente como para que Francisca pudiera sacar el tema. Cuando finalmente se quedaban calladas, mientras veían la televisión o revisaban el menú de algún restaurante, su voz se convertía en un instrumento desafinado y la intención retrocedía. Más que la vergüenza, la paralizaba la probabilidad de que su prima intentara detenerla y la todavía más alta probabilidad de que lo lograra. Sabía que bastaría una mirada suya para echar abajo su plan, y su plan era lo único que le permitía pensar en un futuro en paz, aunque en ese momento la sensación fuera exactamente la contraria.

Francisca sabía que hay cosas en la vida que una debe enfrentar sola. Para llegar hasta la cabaña que había visto en sueños, tendría que atravesar el territorio con la brújula del dolor entre las manos.

Aprender la inclinación de la llave, ejercer la fuerza precisa para abrir la puerta sin hacer ruido. Tendría que entrar a ese espacio como se entra a una tumba, afinando el oído para escuchar lo que sucedía del otro lado.

Cada hora de cada día de aquellos meses, el recuerdo de Vicente le palpitó en el cuerpo con una insistencia que transformó la herida abierta en una cicatriz salvaje y áspera. Una cicatriz de combate viejo.

8.

Con el propósito de comprar veneno para ratas –la opción que le pareció más viable– Francisca visitó la ferretería la soleada mañana del 15 de agosto de 1995. Pero cuando el encargado le intentó vender una sustancia que secaba a los roedores por dentro, su mente tomó vuelo y las manos le empezaron a sudar hasta que la humedad dibujó una mancha delatora en los bolsillos de su delantal.

"¿Entonces cuántos le pongo, doña?", preguntó el dependiente con entusiasmo raticida. Contemplando su reino de veneno y trampas desde un banquito de madera, de espaldas a la puerta, no vio a su clienta dejar sobre el mostrador el empaque amarillo con la leyenda ¡YA MUERTOS NO APESTAN! y marcharse precipitadamente, como si la muerte misma fuera detrás de ella.

En sus pesadillas de esa noche, Francisca vio a la Pérez Troika tiesa en el sarcófago de cobijas de su cama, luego dando vueltas en la secadora del cuarto de lavado y finalmente colgada de las patas traseras en el tendedero de la azotea, un trapo peludo y tieso entregado a los caprichos del viento. Despertó con el alma al rojo vivo, arrepentida de algo que ni siquiera había hecho todavía. Tenía que haber una opción más amable.

Al domingo siguiente le propuso a su prima comer en Sanborns, y mientras esperaban la cuenta Francisca puso de pretexto que los tecolotes le habían caído pesado para escaparse a la sección de libros y revistas, que parecía contener abundante información de cualquier tema. Los materiales de investigación, sin embargo, se limitaban a un par de enciclopedias del mundo animal envueltas en plástico –es decir, inaccesibles– y a unos cuantos números atrasados de la revista Todo Perro en las que encontró datos sobre los beneficios terapéuticos de la visita de mascotas a pacientes de hospitales oncológicos infantiles, sobre cómo afecta la displasia de cadera a algunas razas grandes y sobre la crianza y alimentación del impresionante mastín español.

Estaba casi convencida de que no encontraría nada sobre cómo envenenar a un perro sin que sufra, cuando de pronto vio un Todo Perro cuya portada anunciaba un artículo sobre alimentos potencialmente tóxicos. La pagó rápidamente sin apartar la vista de la escalera –Inés era capaz de bajar a buscarla–, luego la hizo rollito para guardarla en su bolsa y volvió a la mesa, poniendo su mejor cara de indigestión para justificar

haberse ausentado durante quince minutos. En realidad, los pretextos salían sobrando para Inés, que llevaba meses precupada por el estado físico de su prima, pero no se atrevía a preguntar si estaba durmiendo bien ni a señalarle que había empezado a perder los kilos que había subido en los últimos años.

De vuelta a casa, Francisca subió la escalera de caracol con las rodillas temblorosas. Al llegar a su habitación se quitó los zapatos, se sentó sobre la cama con las piernas cruzadas y buscó en el índice el capítulo dedicado a los alimentos a evitar. Ahí encontró, entre consejos de nutrición, un pequeño cuadro que enlistaba diez alimentos potencialmente tóxicos, incluso mortales, para un perro:

▪

1.Chocolate. Contiene teobromina, que puede causar daños irreveribles en el sistema nervioso de los perros. Ingerido en periodos prolongados de tiempo, resulta mortal.

2.Alcohol. Basta con una pequeña cantidad de etanol para causarle a un perro convulsiones, problemas respiratorios y del hígado.

3.Cebolla. El tiosulfato puede provocar anemia hemolítica.

4.Ajo. También contiene altos niveles de tiosulfato.

5.Cafeína. Al igual que el etanol (alcohol) y la teobromina (chocolate), la cafeína acelera el sistema cardiaco y nervioso pudiendo generar taquicardias.

6.Uvas. Su ingestión excesiva puede hacerles desarrollar insuficiencia renal a las 72 horas.

7.Aguacate. Contiene persin, una toxina fungicida que se encuentra en la fruta de aguacate y su piel. Tanto la fruta, hojas, semillas y corteza puede causarle a tu perro diarrea y vómitos.

8.Edulcorante. El consumo de xilitol (edulcorante utilizado en los chicles y caramelos sin azúcar) puede causarle a tu perro una caída en los niveles de azúcar en sangre, lo que resulta en insuficiencia hepática.

9.Nueces. Sobre todo, las de macadamia que afectan las capacidades motoras, provocando temblores musculares y, en grandes dosis, parálisis.

10.Pepitas de manzana. Contienen pequeñas dosis de cianuro, sustancia altamente tóxica.

▪

Decidió que debía actuar pronto si no quería arrepentirse, y al día siguiente empezó a ofrecerle un pedacito de chocolate a Troika cada mañana, cuando los niños estaban en la escuela y Josefina en el periódico. Tomó las mismas chispas Turín con las que preparaba panqués y galletas, de modo que ni siquiera tuvo que esconder los empaques, al menos no todos los días. Su estrategia requería solo de cierta constancia: cada vez que horneaba algo, separaba un guardadito en un rincón de la alacena. La única consecuencia práctica era que el chocolate aparecía con más frecuencia en la lista del supermercado. Por suerte, Francisca misma se encargaba de hacer las compras, y entre lentejas y Suavitel Josefina no habría notado la diferencia ni aunque le hubiera dado por revisar los recibos.

A menudo Francisca fantaseaba con el momento en que la perra, inteligente como era, empezara a asociar su malestar con el chocolate, dejara de aceptarlo y el cuento se acabó: tendría que seguir recorriendo en sueños aquel bosque espeso, contemplando la cabaña de luces encendidas, hasta que se presentaran otras oportunidades, otros venenos, futuros perros más fáciles de sacrificar.

Pero eso no pasó. Cada vez que abría la puerta de la alacena y la bolsa de plástico donde guardaba las provisiones crujía, Troika se acercaba moviendo la cola. Eventualmente, aquella dulce pausa de la mañana se hizo costumbre, y extender la mano cargada de chispas frente al hocico despeinado de la perra se volvió para Francisca un acto casi mecánico, como condimentar el arroz o coser los botones que se desprendían como frutas maduras de los uniformes escolares de los niños.

El olor a brownies y a galletas de chocochispas llegó hasta la esquina más recóndita de la casa. Andrea se acostumbró rápido a hacer la tarea entre masa y rodillos, ayudando a Francisca a batir huevos, tamizar harina o confirmar la dulzura exacta del betún. Josefina, por su parte, notó ese brote doméstico de interés en la repostería sin darle demasiada importancia. El derroche de azúcar no tardó en hacerse notar en los muslos y cachetes de Eduardo, cuyo cuerpo estaba adquiriendo dimensiones inesperadas incluso para su propia madre, que no tenía idea de dónde había sacado esos genes de basquetbolista. Fuera de eso, nada cambió en casa de los Sánchez

Castro.

Al menos no en apariencia. La teobromina empezó a hacer efecto de inmediato, pero avanzó tan discretamente en el tracto digestivo y en el hígado de Troika que los primeros síntomas se hicieron visibles hasta un par de meses después, cuando presentó algunos problemas estomacales leves que Josefina achacó a la ingesta de pasto y otros alimentos que el mundo entero insistía en darle a sus espaldas. Nadie notó que su corazón latía cada vez más rápido, como un tren que avanza con prisa para compensar siglos de retraso. Como era habitual que tuviera un poco de diarrea de vez en cuando, al principio decidieron no hacer nada. Pero el malestar volvía con persistencia, y después de algunas consultas médicas y tratamientos fallidos, el diagnóstico oficial fue una inflamación crónica de la mucosa gástrica causada por indiscreciones alimentarias: así decía la receta y a Josefina el término le sonó atinado. Bastaba con matenerla monitoreada.

En más de una ocasión fue Francisca la encargada de suministrar antibióticos y corticosteroides. Detestaba involucrarse en el tratamiento de Troika, y para evitar que Josefina le pidiera asistir a alguna consulta veterinaria, arguyó una serie de pretextos que iban desde cólicos agudos hasta una llamada impostergable con la maestra de Gerardo. Pero eventualmente se quedó sin excusas, y llegó el día en que tuvo que subirla ella misma a la plancha metálica en la que permaneció un rato tendida, su mirada cómplice. Francisca agradeció su acto de heroísmo en una voz que solo sonó entre ellas.

Para entonces la pérdida de peso de ambas se había vuelto evidente, y aunque Andrea se esforzaba por hacer las croquetas más apetitosas agregándoles un huevo o remojándolas en caldo de pollo, el plato a menudo quedaba intacto.

El horizonte que Francisca misma se había encargado de trazar quedaba ya tan fuera de su alcance que le empezó a costar trabajo asociar el declive de Troika con el chocolate. Para sacudirse la duda y probar su método, a mediados de septiembre puso en pausa el suministro de chispas durante algunas semanas para ver si los vómitos cesaban. Y cesaron, lo cual confirmó que el envenenamiento estaba surtiendo efecto y la puso frente a una encrucijada: tenía que frenar, o bien pisar el acelerador. Seguir con el ritmo que hasta entonces llevaba era demasiado cruel.

9.

A partir de ese día empezó a ofrecer la dosis por triplicado: un puñado de chispas por la mañana, otro por la tarde y un último antes de dormir. La perra empeoró en caída libre, literalmente: la noche del 26 de octubre, cuando los niños estaban lavándose los dientes, la escucharon rodar por las escaleras y estrellarse contra la mesita del recibidor. Andrea bajó corriendo, la boca llena de espuma de menta, y encontró a su amiga sacudiéndose sobre el piso ajedrezado.

Sospechando que aquel minuto de convulsiones descartaba el diagnóstico de gastritis, Josefina le pidió a Francisca que se quedara con los niños, tomó las llaves del Corsar y se dirigió al hospital con Troika, que esta vez no tiró el cenicero con la cola ni intentó asomar la cabeza por la ventana. Tras revisarla brevemente, el veterinario de guardia le recetó una terapia de líquidos para rehidratar, un analgésico para el dolor y ranitidina para proteger las mucosas. Su cuadro clínico era consistente con una intoxicación aguda, pero para determinar con precisión el tratamiento a seguir era indispensable practicarle un examen coproparasitológico y un estudio de bioquímica sanguínea que debía hacerse en ayunas. Era jueves. La cita para los análisis de laboratorio quedó agendada para la semana siguiente, pero nunca llegó a concretarse.

La noche del viernes, Josefina llamó para anunciar que llegaría tarde y pedirle a Francisca que se encargara de acostar a los niños. Cuando acabaron de cenar, les leyó el cuento del arca de Noé y los dejó viendo una película en la recámara de su madre para apresurarse a vaciar su cajonera y armario. Sus pertenencias cupieron sin problema en la misma maleta en la que habían llegado a la casa cinco años antes. Al terminar, bajó al altar de la sala, donde las veladoras alumbraban el rostro de Vicente entre los de otros difuntos que estarían de visita y a los que temió incomodar con su presencia. Tomó la foto de su hijo, una vela y el paliacate rojo. Luego pasó a la cocina por una cajita de cerillos, y de vuelta en su cuarto, colocó los objetos recolectados en la mesita de noche y encendió la vela. Esperó despierta, en silencio frente a la flama, hasta que escuchó el motor del coche. La pequeña galaxia del reloj despertador de su buró marcaba más de las doce.

Francisca no le vio sentido a ponerse la pijama. La perra moriría en

cualquier instante, ya había notado en ella el semblante de quien vislumbra el final, esa marca en común de los pacientes invadidos de tumores hasta la médula, los suicidas que escriben notas de despedida y las reses que avanzan en fila, sobre una cinta automatizada, hacia la cámara de aturdimiento. Animales, al fin y al cabo: el día más negro es igual para todos.

Al tenderse sobre la cama, un ejército de hormigas imaginarias le subió por las piernas, escaló sus nalgas y atravesó el llano de su espalda, joven y firme todavía, hasta instalarse en su cuero cabelludo. Un ligero velo de tul flotaba sobre ella y la observaba: un espectro desdoblado de sí misma.

Será que los muertos me vigilan, pensó, será que traigo la culpa atornillada en los huesos.

No se sentía particularmente cansada, pero para comunicarse con su hijo era indispensable dormir. Quería decirle que faltaba poco, mostrarle el tamaño del hueco que había dejado. Fijó la vista en una araña patona que había en el techo, colocó su mano en su vientre y se concentró en sentir sus respiraciones fundirse unas con otras como hielos olvidados en el congelador, un solo bloque transparente que no sirve para nada. Eso era su cuerpo entonces: un bloque helado e inútil. Inhaló y exhaló hasta que el alma le volvió al cuerpo, y con la escasa fuerza que le quedaba, jaló el cable del reloj para desconectarlo.

10.

La mañana del 2 de noviembre, al bajar la escalera, Francisca encontró una cocina sin perra y sin el aroma a café que solía perfumar la casa a esa hora. Se apresuró a apagar el fuego, extrañada de que Josefina hubiera dejado el pocillo vacío sobre la flama, y estaba por llevar el recipiente a la tarja cuando Eduardo entró corriendo por la puerta principal. Le aclaró el misterio con la cara descompuesta: su madre había salido corriendo al veterinario con Troika.

–Es que la encontró semimuerta en su cobija –explicó sin aflojar el paso.

–¿Cómo que semimuerta?

–Sí, hazte de cuenta que muerta, con los ojos cerrados y así, pero todavía respiraba un poquito. Hasta la tuve que cargar al coche.

La selección lingüística de Eduardo, que no solía ser tan trágico, revelaba la gravedad del asunto. Semimuerta: a Francisca la palabra le taladró la imaginación. Abrió la alacena y fingió analizar los ingredientes de un posible desayuno.

–Ah, muy bien, ya verás que no tardan. ¿Se les antoja pan francés? ¿O a lo mejor unos huevitos rancheros? –preguntó con la cabeza metida entre las repisas para que Eduardo no la viera temblar, pero para entonces él ya iba a media escalera rumbo al cuarto de su hermana. Sus enérgicos pasos sobre la duela del piso de arriba fueron para Francisca el último silbatazo del partido, la palabra FIN rodando por la pantalla.

Y es que, a pesar de toda la evidencia en contra, hasta ese momento ella todavía albergaba la esperanza de un desenlace distinto. Mientras tiraba a la basura las chispas Turín que quedaban en la alacena, pensó que el veneno para ratas habría sido una forma menos cruel de ayudar a Troika a cumplir su misión. Si se salvaba de milagro, sin duda volvería a la ferretería por el veneno de empaque amarillo que secaba a los roedores por dentro y le procuraría una muerte más repentina. La invadió un extraño rencor hacia Josefina, por no haberla descubierto antes. Deseó con todo su corazón que Troika llegara a ser una perra vieja y achacosa y deseó, sobre todo, no estar ahí para verla.

¿Qué clase de lance de dados de dios o del destino era que la perra se muriera en Día de Muertos? Sabía que los efectos de la teobromina terminarían por ser letales, pero imaginaba que el momento cumbre llegaría más adelante: en marzo o abril, cuando el verde de los árboles entrara por la pequeña ventana de su habitación y las banquetas de la ciudad estuvieran pintadas de jacarandas, no de cempasúchil. Aunque con el paso del tiempo el empalme de fechas dotó de sentido a la hazaña entera, de momento la culpa de que Andrea asociara esa tristeza con su día favorito del año le causó a Francisca un dolor imposible de esquivar.

Puso el pocillo en la tarja, subió a su recámara y se tendió en la cama, aturdida. Se sentía a la vez libre y condenada, y en ese estado vacilante permaneció hasta escuchar la puerta de la entrada abrirse y a Josefina subir por la escalera.

Consciente de esa última ventana de oportunidad, Francisca tomó la distancia necesaria para que el peso de sus razones se sobrepusiera a la culpa, una cosa muy difícil de hacer que sin embargo las personas hacemos todo el tiempo. No entendía mucho sobre cómo perdonar ni ser perdonada, pero sabía cómo poner un pie delante del otro hasta encontrarse en un lugar distinto. Y eso hizo.

Despedirse de los niños implicaba esconderse de Josefina y luego mentirles a ellos a la cara, cosa que no habría soportado. Ya se encargaría su madre o el futuro, o los golpes de la vida tan fuertes que se aproximaban a ellos a toda velocidad, de asentar lo sucedido en una narrativa coherente en la que, con un poco de suerte, ella no terminara como una loca mataperros. A veces la muerte es la única forma de que la vida siga, algo así les habría dicho a los niños, aunque no era necesario: tarde o temprano lo sabrían.

De modo que tomó su maleta, bajó la escalera de caracol tan sigilosamente como pudo y se marchó sin dejar atrás ni un calcetín. Salió sin hacer ruido y cuando cerró la puerta fue como si nunca hubiera estado ahí.

11.

La flama de una vela alumbraba con timidez la fotografía de Vicente y su familia sobre la mesita de noche: eso fue lo primero que vio Josefina al entrar al cuarto de servicio. Un paliacate rojo, enrollado y atado por los extremos, enmarcaba el resplandor y separaba al altar del mundo.

Fuera de eso la habitación parecía vacía, y para confirmarlo se asomó a cada uno de los cajones, revisó el armario repisa por repisa y sacudió las cortinas, de cuyos pliegues salieron dos arañas patonas que huyeron por un huequito de la ventana. Hasta se tomó el tiempo de abrir la caja de cartón en la que Francisca almacenaba ejemplares de la revista Vanidades debajo de la cama.

Si bien aquel cuarto había estado desocupado antes, el excesivo cuidado en la colocación del paliacate y la órbita de luz tenue de la veladora le otorgaron un decoro renovado. Acostumbrada a compartir la vida con un adolescente apestoso, una niña que amaba revolcarse en la tierra y una perra cuyos hábitos de higiene dejaban mucho que desear, la pulcritud del espacio le dio a Josefina una sensación de irrealidad, como si se encontrara en medio de una puesta en escena donde ella era la única intérprete. Era una actriz que había olvidado sus diálogos.

Al terminar su revisión y acercarse a aquel altar minimalista, le sorprendió notar que el paliacate era la prenda de Vicente que Francisca colocaba en la ofrenda cada año y que, según le había contado, era una de las posesiones más preciadas de su hijo. Imposible que lo haya olvidado, pensó. Y sin embargo ahí estaba.

Si no se hubiera detenido a comprar una cajetilla de cigarros en el camino de regreso del veterinario, Josefina habría pasado menos tiempo fumando en el patio y habría subido las escaleras de caracol diez minutos antes para encontrar a Francisca de espaldas, agachada sobre la cama, acomodando las últimas playeras en su maleta. La habría visto cerrar su equipaje y colocarlo en el piso, tender rápidamente la cama, pasar las palmas de las manos por los delantales percudidos para quitarles las arrugas.

Pero entró al cuarto cuando ya se había marchado, y el largo interrogatorio que habría tenido lugar de encontrarla ahí nunca

sucedió. Gracias a eso Josefina tuvo unos minutos para lamentar a solas la muerte de Troika y del mundo que con ella se desvanecía. No tenía del todo claro lo que había pasado, pero entendía lo necesario. Se sintió agradecida con Francisca por ahorrarle el enfrentamiento, y hasta aliviada de no tener que preguntarle sus razones ni buscar la manera de pedirle que se fuera.

Las recientes ojeras de Francisca y los ruidos extraños que se habían escuchado en casa durante todo el año cobraron repentino sentido, y Josefina pensó en la noche en que la había encontrado sentada entre tinieblas en la mesa del desayunador. Aunque en su momento no le había dado demasiada importancia, recordó haber subido en silencio las escaleras para no interrumpirla y haber considerado, a la mañana siguiente, la posibilidad de preguntarle si estaba bien. Pero no se lo preguntó entonces ni nunca, acaso para no avergonzarla ni poner en evidencia el extraño vínculo que las unía.

Mientras pensaba todo esto, Vicente la seguía con la mirada desde su foto en el altar iluminado.

Con el estómago todavía vacío, Josefina sopló con suavidad la flama, envolvió la veladora y la foto en el paliacate y guardó todo en el segundo cajón de la mesita, que dos años más tarde los Sánchez Castro dejarían atrás en la mudanza. El silencio que reinó entonces fue un último intento de comprensión entre dos mujeres que siempre resolvieron sus contradicciones esquivándose, y el momento se extendió hasta que Josefina notó la punzada del hambre en las tripas. Para evitar desvanecerse, se sentó en la cama y volteó a ver el jardín a través de la ventana. El fresco de la primera mañana había cedido definitivamente y el sol estrechaba sus rayos sobre el único juguete de Troika que Andrea se había olvidado de recoger.

Josefina pasó todavía un buen rato contemplando el atlas de pasto verde en el que las huellas de diarrea marcaban la ruta de los últimos días. Cuando se despabiló, el peso del día cayó de golpe sobre sus hombros. La sensación del sudor expandiéndose por los pliegues de su pijama y los pies palpitándole dentro de los tenis –apenas notaba que le quedaban demasiado chicos– la llevaron a posponer el desayuno unos minutos más. Sus hijos ya no eran unos bebés, pensó fantaseando con meter la cabeza bajo el chorro tibio de la regadera. Les vendrá bien esa dosis de soledad para procesar lo ocurrido antes de añadir la incógnita de la partida de Francisca a la ecuación.

Se puso de pie con calma para evitar marearse, estirando brazos y piernas en movimientos lentos. Nunca había notado que el techo era

tan bajo que podía rozarlo con la punta de los dedos sin tener que pararse de puntitas. Al salir, le metió llave a la puerta por fuera, sepultando el recuerdo de Francisca entre esas cuatro paredes. Jamás vuelvo a contratar a alguien de planta, pensó al pisar el escalón suelto, segura de que alguien le sonreía desde el otro lado de la puerta oxidada.

12.

Francisca permaneció en la casa donde trabajaba Inés apenas el tiempo indispensable para tomar un respiro y planear su regreso a Tlacotalpan. Quería evitar que los patrones empezaran a hacer preguntas, aunque en realidad la propiedad era tan grande, los señores tan viejos y el cuarto de servicio estaba tan separado de la casa principal que no había modo de que ellos notaran su presencia. Su prima en cambio sí la cuestionó, intuyendo que los supuestos motivos de su repentina renuncia eran, si no del todo falsos, al menos incompletos.

Se ve fatal, fue lo primero que pensó Inés al verla parada del otro lado de la reja. Estaba inusualmente despeinada, y en la mano llevaba la misma maleta con la que la había recibido en la estación. Cuando abrió la puerta y la abrazó, Francisca se quedó en sus brazos un momento breve, pero suficiente para saber que estaba rota. Esas cosas tardan poco en revelarse.

–¿Qué pasó? –le preguntó Inés cuando se separaron, sin soltarle los hombros. Habló bajito, como en secreto, aunque no había nadie alrededor que pudiera escucharlas.

–Nada, es que este domingo me regreso con mi mamá –respondió Francisca sin levantar la mirada.

–¿Cómo que este domingo?

–Este domingo, sí. Si se puede antes, antes –pensando que había escuchado mal, Inés inclinó la cabeza para afinar el oído y frunció el ceño como pidiéndole a su prima que repitiera lo que había dicho. Francisca guardó silencio.

–No entiendo, ¿pasó algo?

–¿Algo como qué?

–No sé, ¿te hicieron algo? –otra vez el ceño fruncido–. Dime si te hicieron algo.

–Nada, Inés. No me hicieron nada. Llevo mucho tiempo lejos de mi mamá y de Gerardo, los extraño. ¿No puedes entender eso?

Eso lo entendía, lo que no entendía era por qué era la última en enterarse, si se veían todos los fines de semana y hablaban por teléfono casi diario. Pensó muy bien su siguiente pregunta:

–Bueno, pero ¿cuándo lo decidiste?

–Ahorita, lo decidí ahorita. Por favor, déjame en paz. ¿Puedo quedarme en tu cuarto unos días? –ahora sí, Francisca le buscó la mirada y le mostró sus ojos hinchados, las ojeras.

–Claro, perdón, pásale –apenada de no haberla invitado a entrar antes, Inés prácticamente le arrebató la maleta de las manos y la cargó por el pasillo. Los lengüetazos de Tommy, una cruza de salchicha con chihuahua que iba jadeando detrás de ellas muy quitado de la pena, le dolieron a Francisca como patadas en el estómago.

Ya en la cocina, Inés preparó dos lecheros y puso una bolsa llena de pan dulce sobre la mesa. Aprovechó que su prima le daba una mordida a su concha de vainilla para seguir con el interrogatorio, pero fingiendo interés en la entrevista que César Costa le hacía a Yuri en la televisión, Francisca incrustó la mirada en la pantalla y dejó de responder. Cuando se terminó el pan y el café, la abrazó otra vez, sin preguntas de por medio. La llevó a su cuarto y le dio una toalla limpia por si quería meterse a bañar.

Francisca pasó jueves, viernes y sábado metida entre las cobijas. No se levantó más que para ir al baño y hablaba solo para darle las gracias a Inés cuando le subía un sándwich o un jugo de naranja. Durante estos días los sueños le dieron tregua y pudo dormir a pierna suelta, como si no hubiera descansado en años (lo cual era cierto, de algún modo) o como si fuera madre de un recién nacido (que tampoco era del todo falso).

La imagen de una flama que llega arrastrándose a la orilla, atraviesa el río y continúa brillando del otro lado se aparecía constantemente en su cabeza.

El domingo amaneció mucho mejor y hasta tuvo ánimos de bajar a desayunar a la cocina antes de salir con su prima al centro, donde pasaron la mañana buscando estambres para el grupo de tejido de su madre y regalos de Navidad para Gerardo. Aunque nadie mencionó la palabra despedida, ambas estaban cabizbajas al pedir sus tortas de milanesa en la Tortería Armando. Se las comieron rápido, enchilándose con un jalapeño tras otro y haciendo pausas solo para

tomar del mismo refresco de vidrio con dos popotes, como en una caricatura de la felicidad. Llegaron derrapando a la terminal, y para las siete y media Francisca ya iba en un autobús rumbo a su vida pasada.

Con el asiento de junto desocupado, pudo sentarse a sus anchas y no pronunciar palabra durante el trayecto: no hubo conversaciones forzadas ni sonidos que la distrajeran. Pensó en su madre, a quien apenas había tenido tiempo de avisarle que volvería, y se imaginó recorriendo con ella el camino entre su casa y el colegio de Gerardo al lunes siguiente. Por teléfono ambos sonaban felices con la noticia de su regreso, pero en el fondo Francisca sabía que verla aparecerse del mismo modo intempestivo en que se había marchado sería confuso para su hijo.

La posibilidad de marcharse de la ciudad llevaba dándole vueltas en la cabeza desde aquella primera visita a la ferretería raticida, pero hasta entonces no se había detenido a considerar las implicaciones prácticas de volver a casa. ¿Sería capaz de instalarse en su recámara de antes, de acomodar su ropa en el clóset en el que las camisas de su difunto esposo llevaban casi seis años acumulando polvo? ¿Se decepcionaría Gerardo de que fuera ella y no su abuela quien lo recogiera cada tarde del colegio? ¿Qué clase de empleo podría conseguir ahora, que había cortado comunicación con tantos de sus viejos conocidos?

Esa ola de preguntas la hizo entender lo mucho que precisaba aquel espacio vacío: el asiento de junto, sí, y también la noche inmensa que se extendía en la carretera sin romperse. Tras escuchar los anuncios iniciales del chofer, apoyó su cabeza en la chamarra gastada que Inés le había regalado y se quedó mirando fijamente por la ventana, como intentando armar el rompecabezas del futuro. Los últimos cinco años le parecieron entonces un paréntesis, una digresión, un rodeo.

En algún punto dejó de distinguir los radios de baterías que algunos pasajeros llevaban para amenizar la ruta, y sus frecuencias se mezclaron en su cabeza en algo parecido a un arrullo. No supo en qué momento se quedó dormida.

13.

La madre de Francisca madrugó para poner sábanas y cobijas recién lavadas en la recámara que llevaba años vacía. La decisión tan repentina de su hija la había desconcertado, pero se sentía feliz y aliviada de tenerla de regreso. Confiaba en que había cambiado para bien –la imaginaba más abierta, menos rígida– y pensaba con ilusión en las puertas que se abrirían para ella.

Le pidió a Gerardo que se pusiera su mejor atuendo y caminaron las pocas cuadras entre su casa y la terminal. No llevaban ni quince minutos esperando cuando vieron a Francisca bajar del autobús, a pasitos lentos porque tenía las piernas entumidas por las horas de estar sentada. Al reconocerlos entre la gente, ella levantó la cara y abrió exageradamente los ojos, asombrada de verlos: fue entonces que Graciela advirtió en sus pómulos lo mucho que había adelgazado, lucía muy parecida a cuando se había ido. Apretó fuerte la mano de su nieto y notó que estaba húmeda.

De tanto fantasear con ese momento, Gerardo sentía que había estado en esas sillas de plástico azul muchas veces antes y que en el futuro volvería a estarlo, porque le costaba trabajo creer que su madre estaba regresando de verdad. Tenía un tesoro entre sus manos y no sabía qué hacer con él.

En el camino de vuelta, a Francisca le pareció que la profusión de colores del centro le daba a Tlacotalpan la pinta de ser un lugar más próspero de lo que recordaba. El sol brillaba con fuerza y los vecinos, entre curiosos y alegres de verla, le hacían saludos tontos con la mano desde el otro lado de la calle como si fueran amigos de toda la vida. Tal vez lo eran y ella lo había olvidado.

Al llegar a casa y entregarle a su madre los estambres que le había comprado, las dos se dispusieron a preparar un huachinango con arroz blanco, plátanos fritos y flan napolitano. Cocinaron durante un par de horas en un silencio tan plácido que Francisca se sentó a comer relajada y les contó cómo se había enchilado en las tortas del día anterior. Incluso Gerardo, que había mirado a su madre con recelo durante toda la mañana, terminó celebrando su presencia cuando llegó la hora del café.

Sobrevivir a la culpa requiere disciplina, y con el tiempo los recuerdos de la familia Sánchez Castro adquirieron para Francisca una frondosidad que debía podar con quirúrgica precisión. Así lo hizo hasta que las imágenes de Andrea ladrando su idioma inventado, las carcajadas escandalosas de Eduardo y las ganas de estornudar que le provocaba el aroma del perfume dulzón de Josefina perdieron nitidez y la bruma de esa otra vida terminó por disiparse.

Lo único que Francisca dejó crecer cual silvestre matorral fue la memoria de Troika, cuya fotografía llevaba siempre en su cartera. La imagen, que había robado de uno de los álbumes familiares, mostraba a la perra entusiasmada con el chorro de agua que brotaba de una manguera, como si se tratara de la fuente de la eterna juventud. Capturado apenas unos días antes de que iniciara su periodo de declive más pronunciado, ese trozo de papel cubierto por una emulsión de bromuro de plata sintetizaba, con honestidad brutal, los años de amor bienaventurado y los últimos meses de pesadumbre que habían compartido.

Pero al margen de esos ratos atravesando la maleza, los días se fueron convirtiendo en un juego de Tetris que Francisca ganó de último momento. Los meses se amontaron uno sobre otro y quedaron atrás, dándole uno de los regalos más grandes que existen: una pantalla en blanco. Para cuando Andrea pasó a segundo de primaria a quinientos kilómetros de distancia, ella ya había recuperado su relación con Gerardo y había conseguido trabajo de camarista en la Posada Doña Lala, un hotel fundado en los años treinta a unos pasos del río Papaloapan.

14.

Los años con Troika le hicieron sentir a Francisca que el mundo era un lugar en el que las partes que se necesitan pueden, eventualmente, encontrarse. Y aunque al principio la culpa hacía tambalear esa certeza, a los pocos meses de trabajar en Doña Lala sucedió algo que la afianzó: un huésped tapatío con el pelo atado en una minúscula cola de caballo la invitó a salir.

El músculo romántico de Francisca llevaba tanto sin ejercitarse que cuando aquel hombre le propuso que fueran a tomar algo, ella se ruborizó y apenas pudo balbucear un no antes de apresurarse hacia la salida. Sintió una sonrisa entre indignada y boba dibujarse en su cara y se desató el delantal solo para tener algo que hacer con las manos. Hubo un segundo y tercer intento, y a la cuarta vez que se lo preguntó (ahora por escrito, con caligrafía impecable), ella terminó por aceptar, acaso más por curiosidad que por auténtico interés.

A pesar de su controvertido peinado, aquel hombre que por trabajo pasaba una temporada larga en el hotel resultó amable, incluso simpático. A Francisca le gustó la sensación de pasar la tarde tomando cerveza fría junto a alguien que se esforzaba por hacerla reír. Sus carcajadas rompieron una capa más de su témpano interior, y de poco sirvió que se aferrara a su autoimpuesta soltería: una tarde, frente a un plato de chicharrones con salsa, todo en él le pareció confiable, empezando por su nombre: Javier Franco.

A excepción de los domingos, que Francisca no trabajaba, y de una semana en Navidad que Javier pasó en Guadalajara con sus padres, ninguno de los dos faltó nunca a la cita. Ella se acostumbró a verlo cada tarde forjando un cigarro mientras la esperaba apoyado en el farol frente al hotel, completamente seguro de que aceptaría, una vez más, sentarse con él en alguna terraza de la Plaza Zaragoza. Se acostumbró al sabor amargo que dejaba la cerveza en su boca, a caminar las seis cuadras de regreso a casa a su lado y a que, al llegar al portón, la despidiera con un beso en la mano que la hacía sentir como de otra época, una época mejor. Se acostumbró incluso al aroma a sudor mezclado con tabaco de buena calidad y a las curvas de entonación descendente de su acento. Se acostumbró a tantas cosas que, sin darse cuenta, esa serie de rutinas acumuladas adquirieron una forma que no tardó en identificar como la herida limpia del amor.

En febrero, Francisca aprovechó que Inés estaba de visita por la Feria de la Candelaria para organizar en su patio trasero, donde cabían al menos quince personas sentadas, una comida para que Javier conociera a su familia. Invitó también a algunos vecinos y a un par de compañeras de trabajo.

No era una mujer festiva, pero por algún motivo la idea de presentar a su novio –la sola palabra la agobiaba inmensamente– con las tres personas más importantes de su familia al mismo tiempo era menos estresante que programar encuentros separados en los que toda la atención estaría centrada en ella. La noticia de su relación se disolvería entre tanta gente, esa era su esperanza. Subestimó el entusiasmo de su prima, que tras años de insistir en lo bien que le haría volver a tener pareja, vio en esa tarde la oportunidad ideal para impulsar su agenda. Es ahora o nunca, pensó, posiblemente con razón.

Desde que llegaron los primeros invitados, a eso de la una de la tarde, Inés se soltó hablando de los años que Francisca y ella habían pasado juntas en México y rememorando anécdotas que, en la frontera entre la verdad y la ficción, ensalzaban las virtudes de su anfitriona. Tras pasar un rato hablando de lo querida que era su prima en el barrio y la multitud de hombres que ahí la pretendían, hizo una pausa para describir a detalle su relación con Troika, prueba de su temperamento bucólico y su amor por la naturaleza. Aunque la perra jamás le interesó en vida, habló de ella con un entusiasmo que divirtió a la concurrencia en la misma medida en que mortificó a Francisca, que aprovechó la distracción para salir a la tienda por más refresco. Pero su ausencia no impidió que Inés, perseverante, continuara con elogios que colocaron a su prima bajo una luz tan favorable que en cosa de unas horas el enamoramiento del tapatío había terminado de cuajar.

Y las cosas tomaron vuelo. A partir de esa tarde, Javier empezó a recoger a Gerardo los domingos a las 9:45 de la mañana, siempre puntual, para llevarlo a sus partidos de futbol, luego pasaban por su madre y abuela y comían todos juntos en el restaurante La Flecha. El anillo de compromiso llegó a los cuatro meses, y con él una nueva serie de desgracias familiares igual de devastadoras, pero más discretas que el accidente de la década anterior.

El día de septiembre que se casaron bajo la bóveda de coral del templo de la Virgen de la Candelaria ya se multiplicaban, en las vías biliares de Graciela, las células cancerosas que formarían un

colangiocarcinoma resistente a varios ciclos de quimioterapia. Unos meses más tarde, su muerte coincidió con que Gerardo fuera aceptado en una preparatoria del Distrito Federal. Aliviado de no tener que vivir en un Tlacotalpan sin su abuela, metió todas sus cosas en una maleta y se marchó con su tía Inés. Llamarlo venganza sería excesivo, y seguramente él no lo pensó jamás en esos términos, pero puede ser que por su cerebro adolescente haya pasado una satisfacción vaga, más parecida al sentido de justicia.

Lo que Francisca conocía como vida cotidiana se fue disolviendo con los meses, y los pasos del animal lento en que se había convertido su madre fueron sustituídos por el andar de su marido, que jamás se atrevió a mover de lugar las fotografías, adornos y floreros de su difunta suegra. A pesar de sus históricos esfuerzos por evitarlo, había vuelto a compartir la casa con fantasmas.

Si bien estas nuevas ausencias eran más soportables que las anteriores –Graciela era mayor y llevaba meses muy enferma, Gerardo no estaba muerto sino todo lo contrario: recorría feliz las calles de una ciudad nueva–, el duelo fue demasiado para Francisca. Las noches en que Javier estaba de viaje, ella se quedaba largo rato viendo los álbumes que constituían su única herencia, en los que, además de fotos, su madre había reunido dibujos de los niños, invitaciones a sus bautizos y cumpleaños, la esquela de la muerte de los Vicentes. Era un museo sencillo, un himno mudo que no bastaba para consolarla. Por más que lo intentó, no pudo sacarse de la cabeza la vieja y conocida fórmula de salir huyendo. Renunció a Doña Lala y decidió irse con Javier a Alvarado, donde unos parientes lejanos les ayudarían a establecerse.

Se mudaron pocas semanas después, y de camino aprovecharon que la carretera iba despejada para hacer una breve parada en el sitio del accidente. Javier nunca había estado ahí. Francisca hablaba poco del tema, y aunque al principio su esposo hacía preguntas, con el tiempo se acostumbró a respetar el silencio y se limitó a escuchar las anécdotas que su suegra le contaba, apuntando con el dedo a las fotografías colgadas en las paredes.

Francisca le indicó a su esposo el punto exacto donde debía orillarse con un suave movimiento de la mano –los pedazos de madera pintados de blanco apenas se distinguían entre las ramas– y bajó del auto para despejar el follaje y cerciorarse de que la cruz siguiera en pie. Sonrió al notar que los nombres aún podían leerse sin dificultad.

Fue una visita cargada de futuro, como si fuera ella el espectro que

llevaba años atrapado en esa curva de asfalto y apenas entonces –mejor dicho, exactamente entonces– decidiera apostar por la vida. Permaneció ahí un instante que le pareció larguísimo, hipnotizada por la extraña tregua que el tráfico de la carretera le concedió. Cuando el rugido lejano de un motor la hizo apresurarse de vuelta al auto, apretó tanto el paso que sus zapatos levantaron el polvo, formando una lápida de aire. "Están bien", le dijo a Javier. Al alejarse, le pareció ver por el espejo retrovisor a un perro medio cojo olisqueando aquella tierra removida.

15.

A cambio de recibir en su casa a Gerardo, Francisca le ofreció a su prima un monto fijo al mes, algo simbólico. Aunque sabía que no era ni de cerca lo suficiente como para solventar los gastos que la presencia de un chico de quince años impondría en su presupuesto, no le sorprendió que ella aceptara sin titubear: la conocía lo suficiente como para saber que estaría encantada con la posibilidad de cocinar para dos y de tener con quién comentar las noticias.

Unos años antes, tras una larga temporada de trabajo doméstico, la pareja de ancianos en cuya casa vivía había decidido mudarse a Mérida con su hija mayor. La puerta estaba abierta si quería irse con ellos, por supuesto, y sin Francisca en la ciudad la oferta le resultó tentadora. Le daba curiosidad cómo sería vivir bajo un sol tan necio y volver a comer helado todos los días, como hacía de niña en Veracruz, pero al mismo tiempo estaba cansada de fregar calzones y picar el queso panela en cuadritos minúsculos para la sopa. ¿Los señores seguirían comiendo tanta sopa, incluso en ese calor? ¿O se aficionarían al helado como ella? No tenía ganas de averiguarlo. Cuando anunció oficialmente que prefería permanecer en la ciudad, varios amigos de la familia le ofrecieron emplearla en sus casas, pero para ese momento ella ya había llenado una solicitud para convertirse en empleada de una tienda departamental en un enorme centro comercial al sur de la ciudad.

Empezó como auxiliar de bodega, el puesto con requisitos menos exigentes o al menos más imprecisos –secundaria trunca, disponibilidad de horario, capacidad de trabajo en equipo y actitud de servicio– y fue ascendiendo hasta convertirse en la demostradora de perfumería estrella del almacén: ese era su puesto cuando Gerardo llegó a vivir con ella. Su labor consistía en acercarse, con una mezcla de arrojo y tacto, a las mujeres ricas que paseaban por la tienda. Debía leer en sus gestos y en su atuendo qué tipo de fragancia podría gustarles y lanzar un par de preguntas inofensivas –¿Buscaba algún aroma en especial? ¿Para un regalo o para usted? ¿Prefiere algo floral o amaderado, cítrico o herbal? ¿Ya conoce la nueva fragancia de Estée Lauder?– para que se sintieran cómodas al oler un perfume aplicado en una tira olfativa, o si la clienta se mostraba dispuesta, directamente en el lado interior de su muñeca. Una vez que contaba con su atención, había de animarlas a escuchar más de cierta marca y sacar la

artillería pesada: notas olfativas del perfume, la ocasión ideal para usarlo, la oferta que incluía una cosmetiquera con muestras de cremas faciales.

Con un poco de suerte y la sonrisa adecuada, lograba venderles algo. Y ella siempre tenía ambas cosas.

El sueldo base era más bajo de lo que ganaba como empleada del hogar, pero Inés mostraba tal solidez y capacidad de persuasión que las comisiones lo compensaban por mucho, de modo que cada mes obtenía casi el doble que en su anterior trabajo. Sin responsabilidades económicas más allá de sí misma, había podido empezar a pagar una renta modesta, y –gracias a sus prestaciones laborales– hasta contemplaba un futuro no tan lejano con casa propia.

Como si su repentina presencia en el departamento de una estancia fuera poco, Gerardo a menudo llegaba acompañado de animales que él o alguno de sus compañeros de la preparatoria encontraban en la calle, incluyendo un perico medio desplumado y una familia de tlacuaches turulatos que su amiga Bety había recogido –rescatado, insistía ella– cerca del mercado y que se fueron muriendo uno por uno a causa de una infección que el veterinario no supo identificar. Inés fingió lamentar dichos fallecimientos, pero en el fondo se sintió aliviada. Sus colmillitos minúsculos y filosos le daban un poco de miedo.

“Tienes la casa hecha un muladar”, se quejaba con falsa indignación; sin embargo, en el fondo disfrutaba la compañía de esas infelices criaturas y la conmovía el esmero con que su sobrino las atendía. Tenerlo cerca extendía de algún modo la presencia de su prima en su vida y era el pretexto perfecto para hablar con ella por teléfono cada semana y darle un informe detallado de sus calificaciones y comportamiento general, que siempre reportaba como excelente. Le gustaba ver repetidas en él las virtudes de Francisca, sin sus defectos: había heredado la inteligencia y estabilidad de ánimo de su madre, pero a él sí le gustaba desvelarse platicando, perderse entre las multitudes, hacer planes poco realistas sin importar que nunca llegaran a realizarse. Después de años de búsqueda romántica infructuosa, encontró en su sobrino al compañero perfecto.

Cuando llegó el momento de elegir carrera, Gerardo no dudó en decidirse por Veterinaria. Como si fuera un niño a punto de entrar a la primaria, el fin de semana antes de su primer día de clases Inés le

preparó un paquete con cuadernos, plumas y hasta unos lápices de colores que según ella le serían muy útiles para los diagramas anatómicos que tendría que memorizar.

Gerardo ganó confianza en su propia vocación a medida que avanzaban las clases. Rescatar pajaritos que se habían caído del nido o curarle las heridas a algún gato pendenciero empezó a parecerle poca cosa, y se fue atreviendo a llevar a casa animales en condiciones más y más adversas. Una noche, mientras rallaba el queso fresco para las enfrijoladas, Inés lo vio llegar cargando a una perra tipo french poodle con las tetas a reventar y el pelaje sembrado de nudos de mugre: estaba decidido a atender su primer parto. En el transcurso de las siguientes doce horas le nacieron entre las manos ocho rosadas criaturas, más parecidas a ratas que a perros, que fueron bautizando una a una, entre aterrados y conmovidos.

A la mañana siguiente, sin haber dormido, Inés se dio un regaderazo para eliminar cualquier rastro de sangre, y antes de irse a trabajar hizo un nido con trapos viejos en la cocina y depositó ahí a la madre con sus cachorros. De once a siete, mientras Gerardo se concentraba en los pormenores de la alimentación del ganado bovino, su tía se encargó de repartir tiras olfativas excesivamente empapadas de perfume mientras pensaba en qué hacer con los ocho cachorros que la esperaban en su departamento. A las siete en punto se despidió de sus compañeras con el entusiasmo de siempre, se levantó el pelo en una cola de caballo, cambió sus zapatos altos por unos tenis y pasó al súper a conseguir cajas de cartón.

Al llegar a casa se alegró de encontrar a los perritos vivos, y aunque se le cerraban los ojos de sueño, se las arregló para esperar despierta a Gerardo recortando tiras de papel periódico con las que construyó unos maravillosos nidos pachones que no duraron ni cinco minutos secos.

Los cachorros se fueron llenando de pelos y dientes hasta convertirse en criaturas adorables. En cuanto eso sucedió, Inés y Gerardo aprovecharon una mañana de sábado para comprar en la papelería un paquete de moños con puntitos de colores, amarrárselos al cuello y organizar una sesión de fotos con una cámara prestada. Lograron capturar gestos encantadores de al menos la mitad de los miembros de la camada, pero eso no lo supieron hasta varios días después, al recoger el rollo revelado.

ADOPTA UN AMIGO, escribió Inés con su mejor letra de molde en una hoja en blanco a la cual añadió luego las fotos de los perros, su

número telefónico y al final un paréntesis, por si acaso: NO HAY CUOTA DE RECUPERACIÓN. Luego pegaron las mejores fotos en el cartel y volvieron a la papelería a sacar fotocopias para ponerlas en cada rincón del barrio y en el pizarrón de avisos de la Facultad de Veterinaria. Colocaron a todos los cachorros al cabo de un par de semanas, pero cuando alguien llamó para preguntarles por la madre, Gerardo dijo muy seguro que ella no estaba en adopción y su tía no lo contradijo.

Para comprender el estrecho vínculo de complicidad que se forjó entre Inés y Gerardo habría que hablar de esas noches de retoños de ojos cerrados reptando hacia los pezones de su madre, de tardes transcurridas pegando carteles en casetas telefónicas y tienditas de abarrotes. Con el paso de los años Inés vio a su sobrino convertirse en un médico de verdad, su nombre completo bordado en azul marino sobre su bata blanca. Ser testigo de cómo manejaba a los animales con destreza, suturando con habilidad y limpiando vómitos y diarreas sin el menor asomo de asco, la hacía sentir tan orgullosa como si fuera su propio hijo.

Me voy a morir cuando se vaya, pensaba, no en un sentido retórico sino de veras creyendo que no sería capaz de vivir sin su compañía. Por suerte faltaba tiempo para eso, e Inés tenía la envidiable capacidad de verle a las cosas el lado bueno y no preocuparse demasiado por el futuro. Podría decirse que la estrategia funcionó: sobrevivió a su ausencia porque nunca se quedó del todo sola. Cuando Gerardo se graduó y decidió alcanzar a Francisca en Alvarado para abrir su propia clínica, dejó en casa de su tía dos gatos y una perra chimuela que se negaba a comer nada que no fuera arroz con caldo de pollo, sin zanahorias.

16.

En Alvarado, Francisca y Javier tuvieron un patio nuevo con sus macetas y sus pájaros. Las plantas crecieron, verduras entraron y salieron del refrigerador, de la licuadora, de la olla de la sopa. Vendedores tocaron a la puerta, hubo gripas, luces de Navidad, peleas y disculpas más o menos sinceras. Se silbaron melodías inventadas y aprendidas, sonó el radio, el teléfono, la campana del camión recolector de basura que a veces había que perseguir corriendo varias cuadras. El rechinido de las puertas de madera de su casa, que al principio intentaron erradicar con Aceite 3-en-1, se volvió tan cotidiano que dejó de molestarles.

Cuando Gerardo llamó a su madre para anunciarle la fecha de su ceremonia de graduación, no contó con que ella haría hasta lo imposible por evitar el viaje al Distrito Federal. Francisca se concentró más bien en decirle lo orgullosa que estaba de él y le habló de algunos locales que tenía vistos para que pudiera abrir ahí una pequeña clínica. Sí, todos estaban muy bien localizados. Con espacio suficiente para un quirófano, por supuesto. Claro que Javier se encargaría con gusto de pedir precios y cotizar el material que iba a necesitar en caso de alguna remodelación. ¿Qué tal le parecía el nombre Mr. Dog?

Francisca habló de estetoscopios y gasas con un entusiasmo digno de mejor causa, hasta que su hijo la interrumpió para ofrecerse a comprarle su boleto de autobús.

–¿Prefieres viajar de día o de noche? –le preguntó, evadiendo el tema de Mr. Dog.

–¿Y si mejor te hacemos una fiestecita acá? –con la palabra fiestecita, Francisca intentó dotar a su propuesta de una naturalidad que por supuesto no tenía.

–Está difícil que mis compañeros vayan a una fiestecita a Alvarado –le respondió su hijo, afligido de tener que insistirle a su mamá en algo tan básico como celebrar que se graduaba.

–Yo decía algo más familiar.

–No conozco a nadie allá, ma. ¿Quiénes estaríamos? ¿Javier, tú y yo comiendo sabritones en toga y birrete? –la imagen le pareció a

Francisca lo suficientemente patética como para dar su brazo a torcer. No tenía alternativa: desde la muerte de Vicente había puesto en segundo plano a su hijo menor, y sabía que negarse a acompañarlo pondría en riesgo un futuro cerca de él.

Adiós clínica Mr. Dog con espacio suficiente para quirófano, adiós nietos creciéndole a los pies como había crecido el jardín de su casa en Alvarado, cada pequeño pasto convencido de que su sitio en el mundo era precisamente ese.

Francisca se sintó tan culpable que no solo accedió a estar en la ceremonia de graduación, sino que aceptó quedarse toda la semana para ayudar a Gerardo a hacer las cajas de su mudanza y de paso conocer el nuevo departamento de Inés. Tuvo ganas de ser esa mujer que se pinta los labios de rojo y se viste de gala para tomarse fotos junto a su hijo graduado, la que se sienta a celebrar con las demás familias y bebe demasiadas cubas y baila y aplaude y baila un poco más, hasta que termina contando anécdotas de infancia en la madrugada.

Si no se acordaba de alguna buena historia sobre el gusto de Gerardo por los animales, se la inventaría. El primer paso era subirse a ese autobús, estar presente. Compraron su boleto esa misma noche.

17.

En verano de 2006, Josefina tuvo que ir a recoger unos libros a casa de una exvecina en Coyoacán. El camino desde Tlalpuente era largo, y como no solía vistar sus viejos rumbos, aprovechó para sentarse a leer en una cafetería de la plaza. Ahí estaba, disolviendo dos cubos de azúcar con una cucharita de metal en su capuchino humeante, cuando una figura conocida atravesó la plaza con un vaso grande de esquites en la mano y se sentó al borde de la Fuente de los Coyotes, mirando una y otra vez su reloj, como si esperara a alguien. Era Francisca.

Fuera de los tenues surcos que se empezaban a marcar entre sus cejas pobladas, casi no había cambiado. Seguía sin usar maquillaje (en eso se parecían) y un perfecto chongo de pelo negro se levantaba todavía en su cabeza, con el estoicismo de ciertos peinados. De la falda vaporosa a media pantorrilla se asomaban unos zapatos abiertos y sin tacón que Josefina reconoció de muchos veranos. Al verlos se sintió de golpe fatigada.

Por el rostro de Francisca habían pasado diez años, sí, pero diez años buenos o felices o serenos que llevaron a Josefina a observarse con un rigor que solía reservar para otras personas. Se preguntó qué pensaría aquella mujer al ver las abundantes canas que iluminaban su cabello castaño claro, su espalda cada vez más arqueada, la barriga remanente de su tercer embarazo que se esforzaba en ocultar con pantalones de pinzas y blusas holgadas. Hasta le dio pudor que Francisca escuchara su voz, vuelta ríspida por el tabaco.

Con el campo de visión abierto y suficiente rato libre, Josefina cerró La casa de los espíritus y se entregó de lleno a contemplar la aparición sin saber si Francisca la habría reconocido también a la distancia. Durante cinco años de vivir con ella le conoció una amplia variedad de semblantes –la vio agripada, dichosa, maldormida, paciente y exasperada; vio incluso cómo hablaba con los muertos–, pero tuvo que suceder ese encuentro casual, tanto tiempo después y fuera del ámbito doméstico, para que pudiera de verdad mirarla. Le cayó entonces el veinte de que el afecto que guardaba por ella estaba intacto, a pesar de los últimos meses de verla ojerosa y malencarada, preparando pasteles todo el santo día.

Inspirada por la historia del perro Barrabás, que en su lectura de ese día acababa de ser herido de muerte por un cuchillo de carnicero

el día de la boda de su ama, y posteriormente convertido en una alfombra, pensó que ese era el momento perfecto para acercarse a hablar con Francisca de lo que había pasado con Troika. No el perfecto: el único posible.

Apresuró el último trago al café y guardó los cubitos de azúcar restantes en su bolsa, una manía que tenía de siempre y que provocaba que sus cosas estuvieran perpetuamente pegajosas y cubiertas de polvo blanco. Mirarse en un pequeño espejo de bolsillo le tomó apenas unos segundos, pero en cuanto levantó la vista y buscó al mesero para pedir la cuenta, vio cómo un muchacho en uniforme médico color menta, muy parecido a Francisca, se acercaba a saludarla. Es Gerardo, pensó. Aunque nunca lo conoció, recordaba su nombre, y extrañamente la persona de carne y hueso se parecía a lo que había dibujado en su imaginación. Para ahorrar tiempo, buscó en su cartera monedas que cubrieran el monto exacto del capuchino. Cuando llegó a la mesa la charolita de plástico con la cuenta y dos caramelos de canela, madre e hijo desaparecieron caminando por Aguayo.

No tenía demasiada esperanza en encontrarlos, pero igual Josefina anduvo siguiéndolos un largo rato por su antigua colonia, pensando en si debía o no mencionar a sus hijos el encuentro. Pasó frente a la casa donde solía trabajar Inés, donde Troika había olfateado a Andrea la mañana de los tamales, y por un segundo hasta consideró buscar a Tommy, el perro salchicha, que haciendo cuentas bien podría estar vivo todavía. Luego cedió a la tentación de asomarse por la reja de su vieja casa, para ver qué perro orinaba ese reino ahora.

–¿Le puedo ayudar en algo? –preguntó un muchacho al ver una cabeza desconocida prácticamente dentro de su propiedad, sin perder el control del balón de básquetbol que giraba sobre su dedo índice.

–Hola. Yo vivo aquí. Digo, viví. Viví aquí hace años –al pronunciar esas palabras le punzó la cabeza y comenzó a sentirse desubicada. Haber visto a Francisca y estar ahora en el patio de la casa, con sus macetas nuevas, la había instalado tan de lleno en el pasado que casi podía escuchar a Troika ladrar en la cocina.

–Me llamo Josefina Castro –alcanzó a decirle al chico, que para entonces ya se había dado por vencido con el balón y la observaba más preocupado que ofendido.

–Sí, mucho gusto. ¿La puedo ayudar en algo?

–¿Cómo te llamas? ¿Y qué haces en mi casa? –preguntó Josefina con firmeza, pero también con cierta dulzura, una parte de su cerebro aferrándose a la realidad–. ¿Dónde anda la Pérez Troika?

–Esta es mi casa, señora. ¿Se siente bien? ¿Necesita que le llame a alguien? –y así como había llegado, la neblina empezó a disiparse y Josefina se alejó a paso veloz, entre asustada y avergonzada. Caminó quién sabe cuánto tiempo sin saber dónde estaba, y justo empezaba a dolerle el cuerpo, la bolsa con los libros que había ido a recoger pesándole en el hombro, cuando un mensaje de Jaime la hizo percatarse de la hora: "Hola mi amor, ¿dónde andas? Me tienes preocupado, porfa llámame".

Eran más de las cuatro de la tarde, estaba a punto de empezar a llover y por más que se esforzó, Josefina no logró sujetar el celular con sus dedos. De haber podido oprimir las teclas y responder la pregunta, su mensaje habría dicho: "No sé dónde estoy".

18.

Cuando Josefina los vio desaparecer por Aguayo, Francisca y Gerardo se dirigían hacia Eje Central para tomar el microbús hasta la colonia Postal. Iban a conocer el departamento nuevo de Inés, un chorizo de cincuenta metros cuadrados para el que había ahorrado casi veinte años para comprar a crédito, movida en parte por la inminente partida de Gerardo, que ya tenía el espacio para su clínica en Alvarado, y en parte por la convicción de que una vida en familia ya no era algo que le interesara buscar. La ceremonia de graduación había sucedido un par de días antes sin contratiempos, más allá del que representó para Francisca sacar a su hijo y a su prima del salón de fiestas donde se tropezaban –bailaban, dirían ellos– al ritmo de "Payaso de rodeo".

Aunque era más amplio que su casa anterior, las cajas de la mudanza apiladas junto a la estufa y el polvo acumulado en las ventanas le daban al departamento una sensación asfixiante que Francisca intentó evadir pensando en cómo el sol iluminaba su pequeño patio de Alvarado. Abrumada, decidió no mencionarle a su familia que había visto de lejos a Josefina: le habrían dicho que eso le pasaba por querer satisfacer su antojo de esquites de cierto puesto de la plaza de Coyoacán. No dijo nada, pero igual Inés y Gerardo la notaron rara mientras acomodaba los frascos de condimentos en la alacena. Esa noche estrenó la regadera, donde se talló el cuerpo con un zacate hasta dejarse la piel roja. Al salir, se puso la pijama y se acostó sobre el colchón pelón del cuarto de visitas a ver el techo.

De haber sabido que los restos de Troika estaban enterrados en el Desierto de los Leones, habría ido a verlos. Pero tenía solo una vaga imagen de esos días, una postal parecida a esas fotografías de lugares abandonados por los seres humanos y posteriormente recuperados por la naturaleza: castillos, teatros, parques de diversiones en los que apenas se distinguen, entre la espesa vegetación, las estructuras oxidadas de una montaña rusa. Y hacia esa sepultura imaginaria se dirigió: pensó en el consultorio del veterinario, en la plancha a la que alguna vez había tenido que sujetar a Troika, sosteniéndole la mirada mientras la inyectaban, y se preguntó si aquel Día de Muertos habría llegado viva a esa superficie de metal, si la habrían enterrado en el jardín y en qué rincón, a la sombra de qué árbol.

Pensó en Andrea sacando caracoles de entre los helechos para entregárselos a la perra, una última ofrenda a su dios peludo y terrenal. Estuvo reconstruyendo ese jardín y esquivando las preguntas que se escondían debajo de sus piedras, hasta que logró concentrarse en el zumbido de un mosquito y se quedó dormida.

Inés, que había perdido la costumbre de tratar con su prima cuando se ponía así, estuvo casi todo ese tiempo dando vueltas de un lado a otro de la sala, torciendo la boca y respirando grandes bocanadas de aire que soltaba después en un sonoro gemido.

–¿No se te hace que aquí en la ciudad tu mamá como que se transforma? –le preguntó finalmente a Gerardo mientras él sacaba el queso oaxaca de la hielera donde la mudanza había transportado las cosas que quedaban en el refrigerador de su antiguo departamento.

–Sí, bien raro. Hace rato estaba normal, hasta la encontré comiéndose un esquite grandote, lo que nunca –respondió él.

–¿Le preguntamos si se le antojan unas quesadillas? –aunque en el fondo sabía que era mejor dejarla descansar, a Inés le escandalizaba que la gente se fuera a dormir sin cenar. Se acercó de puntitas a la puerta y susurró un discreto "¿ya te dormiste?", que por supuesto no obtuvo respuesta.

–Mejor déjala, tía –dijo Gerardo en un volumen normal desde la sala, ya con la tele prendida y a punto de quitarse los zapatos. Inés se dispuso entonces a preparar una salsa verde para acompañar las quesadillas que se comieron viendo el noticiero, que esa noche reportaba un suceso histórico. Unas horas antes, Andres Manuel López Obrador había anunciado la instalación de 47 campamentos de resistencia civil en la ciudad. "Propongo que nos quedemos aquí en asamblea permanente hasta que resuelva el Tribunal, que permanezcamos día y noche hasta que se cuenten los votos y tengamos un presidente electo, con la legalidad mínima que nos merecemos los mexicanos", pronunció ante un Zócalo atiborrado de personas que no solo exigían un nuevo conteo total de votos, también tomaban talleres, bailaban, preparaban tacos de guisado que ofrecían a los que pasaban caminando. Disculpe las molestias, estamos construyendo la democracia.

–¿Qué tal este? –preguntó Inés mientras abría su primera quesadilla para ponerle copiosas cucharadas de salsa.

–Hasta eso se me hace simpático el señor. ¿Y si nos lanzamos mañana a Reforma? En una de esas nos toca verlo, dicen que ahí mismo tiene su tienda de campaña –propuso Gerardo con su sonrisa

cómplice, y a Inés eso le bastó para contagiarse de entusiasmo.

Ajena a plantones y controversias electorales, al día siguiente Francisca amaneció en la misma posición: bocarriba, con los brazos cruzados por encima del pecho como una momia. Dijo que se sentía bien, pero igual no quiso acompañarlos al centro y se quedó en la minúscula cocina del departamento, donde sabrá dios cómo se las arregló para preparar un pollo en mole y un arroz con plátanos fritos para cuando volvieran.

Su regreso a Alvarado estaba programado para el siguiente fin de semana, pero el martes, cuando volvió de trabajar, Inés encontró a Francisca con las maletas hechas. Ni siquiera se molestó en inventar un pretexto demasiado elaborado.

—Quería decirte que me voy a tener que ir mañana temprano. Está muy bonita tu casa, pero fíjate que a Javier le salió un viaje de emergencia y tengo que regresar a cuidar la casa –dijo muy segura de sí misma, como si la casa necesitara alguien que le preparara de desayunar o le pusiera croquetas frescas cada mañana.

–Está bien –Inés contuvo las ganas de interrogarla y mejor cambió de tema–. Qué calor hizo hoy, ¿no?

–Sí, caray –agregó Francisca mientras sacaba del refrigerador dos cervezas y le ofreció una en actitud de disculpa–. Pero no me cambies de tema: hace rato hablé con Gerardo y me dijo que él sí se queda hasta el otro sábado.

Inés no supo qué decir, cosa rara en ella, pero al acercarse a tomar la lata helada notó la tristeza en los ojos de su prima y sintió una punzada de vergüenza por haberle insistido en que fuera a visitarla.

19.

En ese momento no lo supo, pero mientras asustaba al pobre muchacho que ahora ocupaba su antigua casa de Coyoacán, Josefina sufrió un infarto cerebral silencioso –el primero de muchos– que a la larga derivaría en demencia vascular, consecuencia de una hipertensión arterial crónica que ni ella misma estaba consciente de padecer.

Durante semanas persistió una vaga sensación de angustia que intentó ocultar con muy poco éxito. El tiempo se había acelerado, y tras años de no pensar en la muerte de Troika, ahora se arrepentía de no haberle contado a sus hijos lo que vio la mañana del 2 de noviembre en la recámara de Francisca ni haberles revelado sus sospechas de que los incidentes paranormales de aquella época habían sido provocados por el muchacho que la miraba desde ese altar improvisado.

Desesperada, se le ocurrió aprovechar que su hija estaba de viaje del otro lado del océano para deslizarle la verdad discretamente sin tener que montar ante ella un falso espectáculo, al menos no en persona. La distancia le permitiría fingir demencia (vaya ironía), y quizá tendría la suerte de que Andrea no le diera demasiada importancia al asunto. Quería que el mal trago pasara lo más pronto posible, por supuesto, pero cada vez que estaba frente a la pantalla en blanco de la computadora, se echaba para atrás. ¿Cómo era posible querer redimirse de una mentira a través de una segunda mentira? ¿No era preferible dejar las cosas como estaban?

Las palabras adolescentes de su hijo –se trata de saber la verdad– le vinieron como un soplo y ya no se pudo sacar de la cabeza que su hija merecía saber lo que había pasado con su perra. Hablar de esa historia sanaría el montón de heridas acumuladas, cicatrizando una sobre otra cual capas de pintura en un edificio viejo. Con el mismo ímpetu con que durante años evitó hablar del tema, revelar las partes ocultas de la historia de Troika se volvió de pronto una obsesión.

Un domingo durante la comida familiar, cuando Jaime y Paulina salieron al jardín y ellos se quedaron en la cocina preparando el café, Eduardo terminó de darle el empujón que necesitaba.

Subida en el banquito de madera que usaba para bajar la cafetera

grande de la repisa, los centímetros extra de altura le dieron a Josefina el valor de contarle todo, y la charla le permitió reacomodar ese día en su memoria, que para entonces ya empezaba a perder color. Al describir la habitación vacía de Francisca, pudo sentir en sus brazos las arañas pasando sus largas patas de una en una por el hueco de la ventana, el jardín con sus helechos perfectos.

–¿Qué dices? ¿Crees que debo contarle esto a tu hermana? –preguntó, vertiendo el agua caliente en la prensa francesa. Que Eduardo no fuera un ejemplo de sensatez le daba igual: para ella no había nada que igualara en relevancia a la opinión de su hijo mayor.

–Acuérdate de que todo lo que tenga que ver con Troika le importa mucho. ¿No ves que hasta hace poco todavía estaba duro y dale con eso? La verdad yo creo que va a reaccionar mal, para qué te miento. Mejor prepárate, ma –le advirtió.

Josefina revolvió el café demasiado tiempo con una cucharita de madera, acercando tanto la cara a la cafetera que el vapor le empañó los lentes.

–Pero pues ni modo de no decirle, ¿no? –insistió Eduardo al ver cómo se dibujaba la duda en el rostro de su madre.

–¡Tráiganse el agua mineral y dos vasos con hielo, porfaaa! –gritó Paulina desde el jardín, interrumpiendo la conversación. Cuando Eduardo salió de la alacena con una botella de Peñafiel en la mano, su madre ya iba caminando hacia afuera con sus dos perros siguiéndole los pasos.

Unos días más tarde, Josefina esperó a que la casa estuviera en silencio y se sentó por enésima vez frente a la computadora, decidida ahora sí a terminar con el asunto. Escogió cada palabra cuidadosamente para que su correo sonara espontáneo, y antes de enviarlo lo leyó varias veces con la mirada fija en la pantalla. Tenía la esperanza de recibir de vuelta algunas líneas de su hija, algo que le hiciera saber que podía dar por cerrado el tema, sin reproches, o que abriera la puerta a una conversación más larga y sanadora. “Claro que me acuerdo de Francis, ma, qué chistoso que te la encontraste. ¿Y Gerardo es como te lo imaginabas?”. Pero pasaron semanas y su mensaje se quedó sin respuesta.

20.

Después de ver a Josefina esa tarde en Coyoacán, Francisca esperaba soñar con Vicente corriendo de la mano de Andrea o de Gerardo. Esperaba ver a Troika, sus patas peludas desordenando la tierra y elevándola hasta hacerlos desaparecer. Llevaba años deseando escucharla ladrar de gusto, cual fantasma que ha cumplido su misión: un ladrido que le espantara el remordimiento. Pero en esa habitación oscura lo único que sonaba era su estómago, que en todo el día solo había recibido una taza de café con leche y esquites en un vaso de unicel.

En otra época dormir le había traído respuestas, y cerró los ojos para ver el camino con claridad nueva. Pero el mundo estaba limpio, las huellas se habían borrado: esa noche, en el departamento nuevo de Inés, Francisca no soñó.

Epílogo

¿Qué sucedió para que esta historia llegara a convertirse en la historia de mi infancia? Sucedió la memoria. Quise crecer y se me atraversaron los fantasmas. Dicen que las primeras personas que tocan tu corazón lo cauterizan, y luego queda solo la cicatriz.

¿Serán más verdaderos los recuerdos felices o los infelices? Me he esforzado por mantener esos días vivos para intentar responder esa pregunta, pero sé que el pasado se teje alrededor de sus propios huecos. Empecé intentando escribir la realidad, y luego me di cuenta de que era precisamente la realidad la que me deslumbraba, al punto de obligarme a desviarle la mirada.

Imaginé el lado al sol de esta historia porque nunca pude contestar el correo electrónico de mi madre, y para ello tuve que inventar lo que mis ojos no pudieron ver: floté en el aire fuera de mi propio cuerpo, elevándome hasta un lugar más libre y también más difuso. Me alejé tanto, que incluso los bordes de lo que sí vi terminaron por desdibujarse, y al final lo que pasó se fusionó con lo que pudo haber pasado.

La red de pesca carcomida que sostengo ahora captura apenas unas gotas de agua y sal.

Los años con Troika fueron el prólogo a una vida de merma y desgaste; es decir, una vida como todas. He ido perfeccionando con relativo éxito el arte de perder, y cuando la infelicidad es mucha, navego en el jardín de mi infancia viendo a la imaginación agitar su cola de pez bajo el agua. Entonces vuelve la imagen de mi perra corriendo en el parque con Francisca: sus miradas escarchadas, sus sonrisas mudas, la correa de cuero tirada en el pasto cual serpiente feliz, porque no era necesaria para mantenernos unidas.

Me tiro bocarriba en ese verde antiguo y siento la humedad de la tierra subiendo por mi uniforme de karate, que mi madre siempre me regañó por llevar manchado.

El tiempo avanza a toda velocidad y yo en pausa, estancada y dichosa como agua quieta. Escribo esto para quedarme echada en la hierba, atenta solo a la campana del carrito de los helados. Escribo para que mi perra siga viva. Escribo y estiro la mano hacia la memoria, esa estatua que tocamos en el mismo punto una y otra vez, para tener buena suerte o para garantizar que volveremos a cierta ciudad. Al tocarla la hago brillar, inútilmente.

DEUDAS Y AGRADECIMIENTOS

En este libro suenan ecos de otros. Aparece un remix del epitafio de Boatswain, el terranova de Lord Byron. “La memoria es una segunda oportunidad” es una frase de En la tierra somos fugazmente grandiosos, de Ocean Vuong. A propósito de las virtudes de pasear sin acompañantes, escribe William Hazlitt en su célebre ensayo sobre el arte de caminar: “Nunca estoy menos solo que cuando estoy solo”. En Todos los perros de mi vida, Elizabeth von Arnim declara: “Los padres, los esposos, los hijos, los amantes, los amigos están muy bien, pero no son perros”, a lo cual suscribo. Y así sucesivamente.

Estoy también en deuda con quienes se tomaron el tiempo de contestar mis preguntas sobre temas tan variados como fisiología canina, infartos cerebrales silenciosos y plantas que crecen a orillas del río Papaloapan: la veterinaria Paulina Marruenda Trujillo, el médico Jesús Ramírez Bermúdez y mi jarocha favorita, Alaíde Ventura. Espero que también Gildardo Lili, del otro lado del río, sepa que estoy agradecida por su ayuda. La traducción del epígrafe de Sandra Lim es de Ezequiel Zaidenwerg, gracias.

Los momentos de alto vuelo que mi escritura pudiera alcanzar se deben a la lectura atenta de mis amigas y amigos: Marina Álamo, Jazmina Barrera, Jorge Comensal, Julián Herbert, Emilio Hinojosa, Eloísa Nava, César Tejeda, Mauricio Patrón, Romeo Tello y Alejandro Zambra. Llevo esa deuda al centro del pecho. Gracias también al Fondo Ventura y a la Feria Internacional del Libro de Oaxaca, cuyo laboratorio de terminación de obra “Punto final” resultó esencial para alcanzar ese punto final que durante tantos años me pareció una criatura mitológica. Gracias en especial a Juan Pablo Villalobos y a mis compañeras del programa –Ana Emilia Felker, Iveth Luna Flores y Olivia Teroba–, por cumplir con la espinosa e invaluable función de hacerme notar mis puntos ciegos.

El enigma compartido con Daniel Miranda es impulso dentro y fuera de estas páginas. Espero no alcanzar nunca a descifrarlo.

Por último, pero siempre en primer lugar, gracias a mi hija Aurelia por mostrarme el ritmo. A su lado he cruzado mares enteros.

Isabel Zapata (Ciudad de México, 1984) es autora de los libros Las noches son así, Una ballena es un país, Alberca vacía, In vitro y Troika. En 2015 fundó Ediciones Antílope con cuatro amigas.

TROIKA

de Isabel Zapata.

Para su composición tipográfica se empleó la familia Bell Centennial.

El diseño es de Alejandro Magallanes.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Dulce Aguirre.

La formación de los interiores la realizó Ana Paula Dávila.